

LUIS ÓRTS

VIDA HUERTANA

Artículos de costumbres * * * *

* * * * de la Vega de Murcia

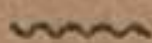
2.^a SERIE



1909

Tip. de EL TIEMPO, Polo de Medina, 2.
MURCIA

LUIS ORTS



VIDA HUERTANA

Artículos de costumbres * * * *
* * * * de la Vega de Murcia

2.^a SERIE



1909

Tip. de EL TIEMPO, Polo de Medina, 2.
MURCIA

R 387-452



DMO
2058

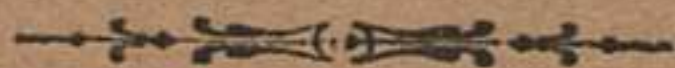
II

Int. 30484

CR. 142668



Las cruces en la Huerta



Á la Exema. Sra. Baronesa del Solar

I

La Torre de los Trillaores se levanta en la orilla de la carretera de Espinardo, casi enfrente del antiguo Recreative Garden, bajo la sombra de los hermosos plátanos que bordean el camino, resguardándola en los meses de verano, de los ardientes rayos del sol. Dos filas de robustas moreras la adornan y embellecen por uno y otro costado, sin mencionar las grandss piezas de trigos y hortalizas que llegan hasta el pie de sus muros. En el ancho corralón, cercado de cañizos, que tiene á la espalda, levanta sus brazos seculares, por encima de los tejados, una frondosa higuera de las que llaman de pellejo de toro y delante de la fachada principal que mira á la ca-

retera, se extiende, hasta la orilla del vaden, una ancha replaceta con circuitos de poyos de ladrillo y dos entradas laterales, sin más emparrado ni más follaje que los tiestos de geráneos y claveles colocados sobre los asientos y los golpes de enredaderas, con campanillas moradas y blancas, que viven junto al portal de la vivienda y trepan hácia el balcón, agarrándose á unos hilos bramantes.

A juzgar por su construcción, la Torre de los Trillaores es uno de los más antiguos edificios de la huerta. Gruesos muros de tapiales costreados de cal se levantan sobre robustos cimientos de hormigón y cantos rodados, hasta la altura de las primeras maderas y de aquí para arriba continúa la obra de ladrillo descubierto, entre anchas capas de algamasa, que la acción de los años no ha conseguido desmoronar ni siquiera en la superficie.

Encima de la puerta de entrada hay un hueco de balcón, poco menos alto que ancho, rematando la vetusta fachada con una serie de azoteas perfectamente arqueadas, que reciben y soportan con inquebrantable fortaleza el peso abrumador de la techumbre.

El minucioso y complicado barramento de puertas y ventanas nos recuerda esas construcciones enrevesadas y habilidosas de carpintería que se ven en algunos edificios antiguos y sobre todo en los conventos de la Edad Media, no sien-

do aventurada la afirmación de que todas las maderas de la casa de los Trillaores proceden de los grandes pinares que hubo en otro tiempo en los campos de Molina y Espinardo.

En la época á que se refiere nuestra historia, habitaba la antigua y espaciosa vivienda un huertano viejo, llamado el tío Pacorro, último vástago de la honrada familia de los Trillaores, en compañía de sus dos hijas gemelas y solteronas, Rosario y Encarnación, y de un hijo mozo llamado Andrés, de menor edad que sus hermanas; pero de tan excelentes disposiciones, que á pesar de su inexperiencia, corrian á su cargo todas las tahullas de la casa y aún le quedaba tiempo para echar una temporadita de trilla en los campos de San Javier y Pacheco. Continuando la costumbre de sus antepasados, Andrés emprendía el viaje á comedios de la primavera, y ya no regresaba á su casa hasta vísperas de San Juan, cuando estaban segados y engalverados los trigos de la huerta.

El día primero de Mayo de 190... era el señalado por Andrés, de acuerdo con su anciano padre, para emprender la marcha; pero he aquí que sus hermanas tenían proyectada para el día de la Cruz una de esas fiestas caseras y regocijadas que se improvisan en dicha festividad en los caseríos de la huerta, y no les parecía bien que el mozo se privase de tan sencillas diversiones, cuando lo mismo había de resultarle el viaje

dos días antes que dos días después. El trillador accedió con mucho gusto á los ruegos de sus hermanas y allí quedaron las yeguas con su hartazón de pienso y el trillo con sus cortantes eslabones de pedernal.

Llegó el día de la Santa Cruz y las hijas del tío Pacorro estuvieron tan afanosas y diligentes en los quehaceres de la casa, que á la hora del almuerzo ya la habían deshollinado y aseado de arriba á abajo, sin olvidarse de encharcar muy bien el tinajero y el piso de la entrada. Después empinaron la puchera en una hornilla de carbón y no de leña, para que fuesen cociéndose las habichuelas sin necesidad de atizar la lumbre á cada instante, quedándoles con el resto de la mañana tiempo de sobra para hacer la Cruz más hermosa y mejor adornada que se ha conocido en aquellos contornos.

Con la ayuda de Andrés pusieron manos á la obra, principiando por clavar en la pared de la entrada, enfrente de la puerta de la calle, para que se viese desde el camino, una cubierta de cama, de cretona encarnada con estampados en blanco, que caía extendida en forma de dosel, desde la altura de los revoltones hasta media vara del suelo. En el promedio del fondo y completamente adosados al muro, colocaron un juego de tres mesas de cocina de diferentes dimensiones, una encima de otra, de mayor á menor, formando por el frente, lo mismo que por los

costados, una gradería de altar un tanto desproporcionada, que cubrieron después con las mejores sábanas que tenían en la casa. Por medio de alfileres y puntos de aguja simularon muy bien los ángulos y aristas de los tres cuerpos escalonados, de modo que se quedó el conjunto tan concluido y perfecto como si fuese de arquitectura.

Hecho esto, procedieron á la ornamentación y adorno del altar, sin prescindir nunca del concurso de Andrés, que habia de subírse al perígallo para colocar en sitio conveniente las mil chucherías y vistosos colorines que sus hermanas tenían preparados al efecto. Lo primero que salió á relucir fué una variada colección de pañuelos de seda, de todos los gustos y de todas las épocas, entre los que predominaban los de colores encendidos y chillones. Uno de los más grandes y hermosos, preciada reliquia de las *Trillaoras* que fueron y al que las muchachas distinguían con la denominación de pañuelo de San Martín, porque sus franjas sobre fondo azul imitaban el arco iris, fué colocado en la parte superior del dosel, formando, entre graciosos prendidos, una série de ondas vaporosas y movibles con flecos de torzal, que medían próximamente media vara de largos.

Los bordes de la cubierta, lo mismo que los contornos del altar, se guarnecieron con muchos pañuelos multicolores de los que usan las huer-

tananas para la cabeza, haciendo como un abullonado pintoresco, de rara originalidad.

Después entraron en turno otras prendas y alhajas, tales como puntillas finas y lazos azules y encarnados de los que, en otro tiempo, llevaron en el moño las mozas de la huerta; collares antiguos de tres hilos ó rastras de perlas, sujetas de trecho en trecho, por medio de un atado sutil y con su crucecita de nácar en el centro; pequeñas guirnaldas y prendidos de rosas y flores artificiales para los rizos y para el pecho; cadenas doradas y plateadas, de las que usan ahora nuestras jóvenes labradoras para colgarse el abanico y multitud de monerías que salpicaron y embellecieron el artificio de la cruz, con esa estética rudimentaria, pero siempre vistosa y agradable, que predomina entre las gentes de la huerta.

Al frente del segundo cuerpo de altar, pusieron un magnífico rosario de cuentas de nácar, formando cierta figura simétrica, tan proporcionada y tan bonita, que era lo que había que ver, y en la grada superior colocaron dos hermosos escapularios de la Purísima, guarnecidos de brillantes lentejuelas y combinados de tal modo, que figuraban con sus cintas azules, una María delicadísima é irreprochable.

Por último clavaron dos puntas de París en las maderas del techo, en el sitio más céntrico del altar, dejando un revoltón en medio y en ellas prendieron los extremos de la preciosa cinta de

moaré rosada que habia de suspender, formando un ángulo agudo invertido de unos tres palmos de lado, la venerable y piadosa Cruz de Caravaca, sumergida en un vaso de agua cristalina, puesto en la parte superior del altar.

Andrés quitó el perigallo de en medió para que sus hermanas repasaran el conjunto desde cierta distancia y después de enderezar dos pomos de rosas artificiales que se habian torcido un poco, refrendaron su obra con el visto bueno de un ¡ajajá! muy expresivo y satisfactorio.

—¿Pero no estás viendo, Rosariquio, qué re-tebien que se ha queao? —exclamó Encarnación.

—Lo que me parece á mí es que esta crus está como si fuera de dulce y que no se verá otra tan boniquia en denguna parte.

—Claro que no. Como que pa eso se nesecita que tengan las demás tantos avios como nosotras y ya comprenderás tú que eso no es tan fácil.

—¡Recontre! Sí que se ha quedao que ni pintá de tó y por tó. —Añadió Andrés, tomando parte en la conversación.

—Y eso queavía no está rematá—continuó diciendo Encarnación.—Deja que le pongamos bastantes jarros de azadar y de rosas y tó bien arrodeao de álamo, y á la noche el belón y los dos quinqueses, y ya vereis gusotros cosa güena.

—Pa mí—continuó Andrés—que vá á chocar muncho á tuiquio el que la vea, y no, la que hicieron las Geromas el año pasao, que por tó

adorno le pusieron unos manojiquios de panochas de flores con las perfolliquias rizás y sin más lus que un triste candil, que paecía aquello propiamente el cuadro de las Animas.

—¡Probetiquias Geromas, cuánta vergüenza pasarían aquella noche!—dijo compasivamente Rosario.

—¿Y quién les manda á las muy fantesiosas meterse en esos trotes de hacer la crus, sino tienen de ande les venga?—respondió Andrés— Por eso diré yo siempre que naide se salga de palva y el que no pueda levantar más que dos, que no se empeñe en levantar como cuatro. Así se jueran ahorrao, que el tocaor y tos los mozos que juimos pa la música y pa el baile, las pusiéramos de güelta y media.

—Mira, Andrés, desimula lo que voy á decirte —interrumpió Encarnación— Pero en eso creo que desageras algo; porque como tú llevas por dentro tu punchiquia de si te despreció ó no te hizo cara la Geroma chica... ¡claro!... tú ahora te desahogas á tu busto.

—¿Pero es que tavía estais con la retagila de que yo me he llegao á denguna moza á pedirle compromiso y menos á la que estais mentando? Eso lo habrán movío ellas mismas por sus miras particulares, que lo que es á mí no me ha pasao nunca por lá tela del juicio el icirle por ahí te pudras.

—Pos lo que es ella, bien que se dá lustre de

que tú estabas sinsato por quererla.—contestó Encarnación.

—¡Toma!—continuó Rosario— ¡y si no fuera más que eso!... ¡Pos si han tenío valor pa icir que ha habio en la casa las guerras ceviles por que tú bebias los aires por ella y nosotras te lo quitábamos de la cabeza, y que entonces le mandastes una razón pa sacarla!

—¡Qué barbaridá.—replicó Andrés con muestras de indignación.—¿Pero cómo se pueden mover esas embusterías?

—Ahi verás tú—contestó Encarnación.

—Yo, lo que me dice el paire y na más. «Mira, Andrés, no pienses en noviajes ni casorios dista que encuentres una güena proporción. Pa cargar con una probetiquia que no tenga ni ande caerse muerta, siempre estamos á tiempo.» Asin es que la chica la Geroma puede esperarme sentá.

—Y en eso yo te alabo el gusto;—contestó Rosario—porque tú te mereces otra cosa, sin que por esto tenga yo que tachar á esa en tanto así.

—¡Ah, no! Si yo no me aparto de eso—continuó Andrés.—Pero quié icil que si me pongo en estao el dia de mañana y llevo, pongo por caso, cuatro tahullas propias, güeno será que ella traya tambien su remijoniquio pa ir ayudando.

A estas alturas llegaba la conversación de los tres hermanos, cuando el tio Pacorro entró en la casa, con un buen brazado de trébol, arranca-

do en los trigos de su propiedad, para que estas malezas no chupen el jugo de la tierra, y al ver aquella exposición de monerías que se le presentó á la vista, dijo agradab'emente sorprendido:

—¡Caballeros.! Qué zagalas estas. Justiquiamente me se antoja la cruz un escaparate de esos de la calle de las t endas, ande hay de tuiquio lo nació.

—¿Le gusta á osté,paire? ¿No es verdad que está muy preciosa—se apresuraron á preguntarle las dos muchachas.

—¡Sí que está maja del tó!—respondió el tío Pacorro, mientras colocaba la hierba en un rincón del tinajero.—Lo que yo siento es el trajín de gente que se va á remover esta noche en la casa.

—Pos ahora tiene Andrés que ir á por álamo á la orilla de la cieca y nosotras á traer flores y ramos de azadar pa hermosearla toa muy rebien y... si á osté le paece...

—Como queráis. Yo me quearé al cudiao de la casa y que golvaís presto pa arreglar la comia—contestó cariñosamente el tío Pacorro.

—Pos entonces—añadió Encarnación, dirigiéndose á su hermana—echa tú una miraiquia á la hornilla mientras quito yo estos enreos de la entrá por si viene alguién y el nene ya se puede ir cuanto antes por el álamo y que no se le olvide

lo del tocaor, pa que á la noche trayan un güen golpe de música. ¿Lo oyes Andresiquio?

Y obedeciéndolo las indicaciones de su hermana, cogió Andrés un corvillón de escarda y una soga de recincho y con los pies descalzos y en mangas de camisa, conforme se encontraba en su casa, salió, atravesando sendas y bancales, hácia un grupo de álamos y chopos muy altos que á bastaste distancia de allí, en la orilla de la acequia, se veían.

Momentos después se dirigieron las dos hermanas, cogidas del brazo, muy alegres y retozonas, al otro lado de la carretera, donde tenían un hermoso huerto lleno de naranjos y rosales, mientras el tío Pacorro, sentado en la entrada de su vivienda, acometió la operación, para él interminable y cachazuda, de liar y encender un cigarro.

II

Mientras sucedía todo esto en la Torre de los Trillaores, bajaba por la carretera de Molina á Espinardo, cierta familia de segadores de la Mancha, compuesta del tío Gumersindo y la tía María Nieves, matrimonio relativamente joven; de una hija casadera llamada Sacramento, de muy buen parecer aunque el aire y el sol de los caminos habían ennegrecido su rostro; de un muchachon robusto como un roble, que no pasaria de los quince años, y de una niña pequeña, todavía

en mantillas, que iba muy bien acomodada en las aguaderas de una borrica, asomando su cabecita rubia entre los cacharros de cocina, envoltorios de ropa y demás trevejos que constituían la carga.

Como en las tierras de la Mancha aun se dejan sentir mucho los fríos en los meses de primavera, toda la familia salió de su pueblo abrigada con pesadas ropas de paño, contribuyendo esto á que la caminata fuese más trabajosa y agoviadora á medida que abanzaba la estación y se sentían más de lleno los efectos de nuestro clima.

Cuando llegaron á lo alto de la cuesta que hay un poco más arriba de Nuestro Padre Jesús, Sacramento particularmente iba tan rendida de cansancio que de buena gana hubiese acampado allí mismo, á la sombra de los grandes olivos que pueblan aquellos matorrales; pero las cariñosas exhortaciones de su padre para que continuára la marcha hasta llegar á sitio más pintoresco y apropósito para el descanso, y sobre todo el magnífico panorama de la huerta, que se ofrecía á su contemplación, allá en la hondonada. con todos los encantos y bellezas de la primavera, comunicáronle nuevos alientos y nuevas energías y la pequeña caravana continuó la marcha, por la carretera abajo, siguiendo el paso tardo de la borriquilla y recibiendo de cara los ardorosos rayos del sol, que á principios de Mayo se dejan sentir muy bien en las tierras de Murcia.

A la salida de Espinardo, después de dejar á la izquierda el grupo de ventorrillos que prosperan allí más cada día, gracias al diario contingente de bebedores que proporcionan los entierros de la ciudad, porque en estos tiempos alcohólicos que atravesamos, los taberneros hacen negocio hasta con los muertos, la familia del tío Gumersindo bajó, en torno de la borriquilla, la cuesta que se desliza entre los terraplenes del *Recreative* y la fábrica de seda, haciendo alto enfrente de la casa del tío Pacorro, muy cerca de un egido limpio y ameno que á la sombra de los plátanos se distinguía.

La mañana era espléndida y calurosa, sin un suspiro de viento que estremeciese las hojas de los árboles; un hermoso caudal de agua cristalina discurría por el baden de la carretera, besando los raigones descubiertos de los plátanos, y las primeras cigarras entonaban su monótono chirrido, entre el follaje de las moreras, produciendo deserezos de siesta en el ánimo de nuestras fatigadas segadores.

El tío Pacorro el Trillaor continuaba en la puerta de su vivienda, con el sombrero caído en el suelo y la bolsa de los artes entre manos para encender su cigarrillo, cuando el padre de Sacramento se dirigió á él, con toda la cortesía de un lugareño bien portado.

—Que Dios guarde á V., buen hombre.

—Lo mesmo le digo yo y que osté mande lo que se le ofrezca, amigo:

— Pues es el caso que vamos de camino para el campo de Cartagena y el calor es mucho en esta tierra y yo le he dicho á mi mujer y á los hijos: «Si ese buen hombre nos quisiera dejar que descansáramos hasta mañana en ese rincón de al lado de su casa, se lo agradeceríamos todos.»

—¿Qué quie oste que le diga? Ese cornijal lo tenemos pa enreos de leña y anchuras de la casa; pero como ahora está desocupao, se puen ostés arrecoger ahí to el tiempo que les paezca.

—Muchas gracias, buen hombre. No sabe V. lo que me alegro, porque la chica no está acostumbrada á los caminos y va que no puede andar un paso.

—Son ustés muchos de familia...?

—Véalos usted allí. Los que hay al rededor de la borrica y nada más.

—La suerte es que ya habemos éntrao en el güen tiempo y en cualquiera parte hace uno rosca y á dormir con tó el busto del mundo.

—Tiene V. muchísima razón. Aquí ya se vive como en el lleno del verano.

—Y que lo diga osté, güen amigo. Ves tú ese portal de la entrá? Pos yá me está sirviendo á mi de cabezera hace más de una semana, sinó digo de quince días. Lo malo es en el invierno, que hay que recojerse pa dentro y buscar el abrigo; pero pa eso tengo yo el pajar á la regüelta, encima de la cuadra, que está como un alcabol de abrigaiquo. Asín es que si conforme estamos

abocaos al verano, como aquel que dice, estuviéramos en los fríos, no tenían ostés que apurarse tampoco, que ande hay una güena voluntá pa los probes y una cámara mu grande recarcá de paja, pa hacer cama reonda, no hay que apurarse.

—Pues mire usted lo que me figuro yo; que si todos los hombres nos lleváramos esa mira, el mundo sería la paz de Dios.

—Pue osté asegurar que sería puntiquio menos que la gloria. Yo he pensao en esto munchas veces y no hay naide que me saque de mi manía. Quítele osté á las presonas el ese de la caridá y el güen corazón, lo mesmo pa el negro que pa el blanco, y ya no tenemos á naide.

—Y tanto que es así. Yo por mi parte soy de la misma conformidad.

—Naturalmente. ¡Y al que piense de otra manera le digo yo que vá lo que se llama mu equivocao y lo demás son cartillas y silabarios.

Mediaron entre los dos hombres nuevas explicaciones sobre el mismo tema, hasta que el tío Gumersindo, invitado por su interlocutor, marchóse muy contento por su familia, pensando para sus adentros que, al encontrarse con el tío Pacorro, había dado con un hombre bueno hasta más no poder. El Trillaor, por su parte, formó también excelente juicio de las prendas y cualidades del manchego.

Diríase que en la brevedad de la conversación,

se entablaron entre ambos mutuas corrientes de verdadera simpatía, que al correr del tiempo, pudiera convertirse en buenos lazos de amistad ó tal vez en estrechos vínculos de parentesco.

El pequeño descanso de los segadores fué bastante para que los piés y las manos de la borriquilla criaran tan hondas raíces en el polvo y aun en el firme de la carretera, que fueron menester más de dos tirones del ramal y más de dos caricias con la vara, para que rompiese de nuevo la marcha y subiera la pequeña cuesta, abierta diagonalmente en el declive del terraplén, que entre el camino y la casa de los Trillaores se levanta. Hicieron alto en un anchurón que se ve junto á la Torre; Sacramento cogió en sus brazos á la niña, que iba encajada en las aguaderas como piojo en costura, mientras que su madre y el muchacho fueron descargando la borrica y colocando la impedimenta sobre la hierba, que espontáneamente crecía en toda la superficie del egido.

Dos ó tres piedras gruesas sirvieron para improvisar una hornilla al aire libre, y poco después humeaba el puchero, despidiendo succulentos vapores de tasajo.

El muchacho del segador se sentó con su hermanita en la orilla del baden, á jugar con el agua de la corriente y la bella Sacramento, más atenta al aseo y á los cuidados de sus gracias encantadoras que al alivio y descanso de la caminata, se dedicó á despolvar muy bien sus vestidos;

á lavarse la cara, teñida por el polvo y el calor, y al arreglo de su abundante y luenga cabellera, sentada en medio del rancho, á la fresca sombra de los plátanos.

Mientras tanto el tío Pacorro, movido de curiosidad, se había aproximado al grupo de los segadores y como viera que la borriquilla, que desaparejaba el tío Gumersindo, no podía tenerse de pié de puro desmayada, no gastó más tiempo que traerse una buena gavilla de hierba, de la que había dejado antes en el tinajero.

—¿Pero no está osté viendo que ese probe animal está muerteciquio de hambre y por muncho que abre las patas no puede mantenerse derecho? —le decía al segador á tiempo de entregarle la hierba—Arrímele osté comía cuanti antes si no quiere que emprencipie á dar las últimas boqueas.

—Lo que me parece á mi —contestó el tío Gumersindo—es que hasta para los animales tiene uste buen corazón.

—No es eso. Es que las bestias no saben pedir como las presonas y el ojo del amo está pa eso, pa advinar lo que les haga falta, y el remedio al contao. Y ahora véngase osté si quiere pa la casa y echaremos un cigarro y platicaremos un rato.

—Con mucho gusto, buen amigo. Con hombres como usted voy yo á cualesquiera parte.

—Y si es cosa que la mujery los zagales quie

ren venirse, no le digo á osté ná. Me paece á mí que cojeremos tuiquios.

—¡Vaya! Como que la casa es muy grande! Pero ahora cada uno está en lo suyo y ya habrá tiempo para todo.

—Como á osté le paezca mejor. Yo lo que digo, lo digo de verda, sin pamplinas y sin arrodeos.

Sentáronse los dos amigos en la replaceta de la Torre; el tío Pacorro sacó una petaca muy grande y un libro de papel de los dos Peces de más de cuatro dedos de ancho, se puso una hoja en los labios y después de vaciar casi un puñado de tabaco en la palma de la mano derecha, los pasó á las del tío Gumersindo.

—Por lo que decíamos de la casa—continuó el manchego, reanudando la conversación—me parece á mí que en toda la huerta de Murcia habrá otra que le aventaje en anchuras y en...

—¡Ah! Eso por sabío se calla. Como la Torre de los Trillaores no se conoce otra por aquí.—contestó el tío Pacorro, con marcada prosopopeya.

—Lo creo. ¡Vaya si es hermosa!; pero también le costará buena paga al año.

—¿Paga? Ni tan siquiera un perro chico.

—¿Entonces es propiedad de usted?

—Y de osté también, güen amigo.

—Gracias y que usted la disfrute muchos años.

—Y osté que lo vea con salú.

—Eso es lo que se ha de menester. Pero á

todo esto no he visto á nadie por aquí. ¿No tiene usted familia ninguna?—continuó el segador.

—¡Ah! Si señor, Las zagalas están á por flores en un güerto que tenemos al otro lao de la carretera y el muchacho también andará por esos alreores. Aunque to sea no tardarán muncho en golver, y entrarimientras le voy á contar á osté la historia de esta casa, que viene de más de dos ú tres siglos.

—¿Si?.

—Lo que osté oye, sin desageración denguna y sin quitar ni poner un día tan siquiera.

—Pues... si, señor; empiece usted ya á contarla, que siempre me han gustado las relaciones antiguas.

El tío Pacorro tenía la fragilidad de ser un tanto vanidosillo, en lo que se refiere al abolengo de ricos labradores que disfrutaron sus antepasados y aunque pudiéramos decir que á él no le quedaba más que el compás, como á los músicos viejos, se consolaba con dar á conocer á todo el mundo las grandezas pretéritas de su familia y de su raza. Satisfecho, pues, y alborazado por las condescendencias del manchego, dió cuatro ó cinco estrujones al tabaco que tenía en la mano, miró al soslayo la vetusta fachada de su señorial vivienda y sin quitarse nunca el papel de fumar, que ondeaba en sus labios, comenzó la deseada historia en esta forma:

—Cuando venían ostés por las cuestas de

Espinardo, ¿no han reparao en un convento muy grande, con dos torres muy altas, igualiquias las dos, que se defisa á mano derecha, á cosa de un tiro de bala más arriba de Maciascoque? Pos ha de saber osté que ese monasterio, como le icen, lo mandaron hacer los frailes Jerónimos, por el año de mil y quinientos, escamaos por las resultas de una riá que anegó tuiquia la güerta, cuando vivían en la orilla de la cieca Mayor, ande está abora la ruela de la Ñora, que dicen que de tos los que se juntaban, no quearon pa contarlo más que el pae Prior y cuatro ú cinco prencipiantes.

Cuando pasó ésto, ya eran los frailes ricos de por sí; pero como los dineros son como la piedra imán, que se llaman los unos á los otros, cayó por entonces en las cercanías del convento un General retirao de la tropa, que se llamaba el General Arróniz, que, según cuentan, medía las onzas de oro por hanegas y dimpués de ayudarles á la obra del convento, les arrimó toas las tierras que hay en una legua á la reonda, dista la rambla de los Muchachos, á las mismas paeres de Espinardo.

Y le aprevento á osté que lo del General Arróniz es cosa sabía, por que en la ilesia del convento, dezaga del corazón de Jesús, hay una lápida mu grande que mienta al General con tuiquios sus pelos y señales.

Allegaron los frailes á rejuntar tanto grano de su cosecha, que cabilaron de hacer, al lao del con-

vento, en el alteronciquio del cabezo, una era muy grande, empedrá y tó, que no me dejará mentir, porque en tavía está lo mesmo que si no la jue- ran estrenao. Y entonces dijieron los frailes pa sus adentros «Lo que abora nos hace falta es un hombre de concencia que corra con tó el negocio de la trilla y nosotros estaremos á los reparos». Y dimpués de escudriñar muy bien la conduta de tos los trebajaores de sus haciendas, le echaron el ojo á un labraor jovenciquio y mozo por más señas, que era entendio y güeno porque sí, y dista los mesmos frailes le comenzaron á decir el Trillaor, y con este nombre se queó, y de aquel habemos dimanao toa la parentela de los Trillaores.

El hombre estuvo munchos años á cargo de las galveras y de las parvas, y era tanto lo que miraba por el convento, que no se perdía ni lo que se llama un granzon; pero ¡claro está! como era mozo y le tiraban las mujeres, sucedió que un día de la fiesta de San Jerónimo, vido á una labraora muy maja de Maciascoque y ensegúia se enamoriscó de ella y la estuvo rondando una temporá, dista que le dijo al pae Prior que pensaba tomar estao y tuiquios los frailes, sin dejar uno, jueron muy gustosos. Entonces le dieron á rento una hacienda de secano de más de doscientas tahullas, que son toas las que osté está viendo en estos alreos y, en mita de la tierra, le hicieron esta mesma casa ande estamos, que es de las más gran-

des y más hermosas que se conocen en la güerta.

Como es natural, el primer Trillaor tuvo hijos y luego nietos y bisnietos y á media que se aumentaba la familia se jué partiendo la hacienda, dista que tó se golvieron piazos y retales y el más grande de tuiquios era de veinte tahullas y la casa, que vino á parar á mi agüelo. Por aquella época jué la quema de los conventos y no les dejaron á los frailes ni el resuello y mi agüelo se vido y se deseó, con los que mandaban en Murcia, pá ver de quearse con la tierra á pública subasta, por no verse despedío de la vivienda que, dista su fundación, se ha llamao la Torre de los Trillaores.

Luego dimpués, ya en tiempos de mi paire, dió la casualidá de que echaran por allí riba la cieca de Churra la Nueva y con muy poco gasto, tuiquias estas tierras se golvieron de riego y las tahullas que no valían antes ni á veinticinco duros, las han estao pagando abora á cuatro y cinco mil reales.

Pa remate de cuentas, le diré á osté que al faltar mi paire me entregué de la casa y de la tierra porque no había más hijos que yo y hace cosa de veinticinco años que me puse en estao, con tan mala suerte, que la probe de mi mujer se murió el año del cólera, á juerza de estar viendo pasar tantos carros de muertos pa el camposanto, dejándome dos zagalas melguizas y un muchacho, que los tres se podían tapar con un galvillo. ¡Lo

que yo he pasao en este mundo pa criarlos, sin más ayuda que el Señor y la Virgen!... ¡Caballeros!... ¡Eso pa mi se quea!...

Y dicho esto, el tío Pacorro se despegó de los labios el papel de fumar que aun seguía flotando en los aires; amorró la cabeza, meditabundo y pensativo y se dedicó á liar el cigarro, mientras el tío Gumersindo, que había permanecido inmóvil y silencioso en el transcurso de la relación, le decía con la mayor afabilidad posible.

— Le digo á usted, que la historia no ha podido ser más interesante. Si no fuera por el remate de cuando se quedó usted viudo con tres criaturas pequeñas, sería de lo que hay que ver. Pero ¿qué le vamos á remediar? Aquellas penas ya pasaron hace mucho tiempo y ahora se encuentran ustedes con salud y disfrutando de tranquilidad y bienestar.

— En eso tiene osté razón; pero habiendo que comer y tó, he pasao munchas amarguras en este mundo.

— ¡Toma! ¿Y quién no las pasa? ¡Si aqui no hemos venido á otra cosa que á padecer hasta la muerte, lo mismo los ricos que los pobres!

III

En esto se oyeron por el otro lado de la carretera las poéticas estrofas de la *Salve* que suelen cantar las Hijas de María en los piadosos ejercicios de las flores de Mayo y que con tanta exac-

titud y fidelidad interpretó el Maestro Ramirez en su hermosa partitura de «Fuensanta», letra de Martinez Tornel. El tío Pacorro apercibióse de los cantos, y le dijo al tío Gumersindo, con muestras de tierna satisfacción:

—¿Oye osté? Pos esas son mis zagalas, que ya güelven de los naranjos.

—Sí que las siento muy bien y me parece que entonan como los mismos ruiseñores. ¡Qué alegría me dan esas canciones, en medio de esta vega tan hermosa!

—Pos lo que es á mis hijas, siempre las encontrará osté lo mesmo. Lo vengo já decir, porque ahora han dao los de la güerta en ir á los treatos y matografos de la ciudá, ande aprienden unas copliquias que es una sinvergozonería; pero las zagalas de mi casa, estoy yo bien seguro de que no me han de dar marro, ni se han de salir de palva; lo primero de tó, por la güena crianza que han recibío, y dimpués, por que si hacen la movición de cantar coplas feas, le meto á cá una cuatro ú cinco jetazos en la cara, que no se quearán arregostas pa otra ves.

—En eso le alabo á usted el gusto. Cuando las palabras no son bastante para meter en cintura á los hijos, no hay más remedio que echar mano del palo, y dicen en mi tierra, que bien te querrá el que llorar te hará.

—¡Pos claro está, hombre! Si tós los paires de familia hicieran lo mesmo, yo le aseguro á osté

que no estarían los mozos y las mozas de ahora tan salíos y picardeaos.

Los hermosos cantos se fueron oyendo cada vez con mayor claridad, hasta que los bustos de Encarnación, Rosario y Andrés se descubrieron, por encima de los trigos ya completamente desarrollados. Alguna vez cesaban las estrofas de la Salve y entonces se oían en su lugar alegres risotadas, que iban á desvanecerse en el aire encalmado de la huerta, como armoniosos gorgoros de ruiseñores.

La senda de los naranjos, como le llaman los Trillaores á la que conduce á su huerto, se desliza entre los trigos, formando ondulaciones y recodos, hasta que viene á desembocar en la carretera, enfrente de la Torre, por donde asomaron los hijos del tío Pacorro, dando señales evidentes de esa alegría retozana y juvenil que estimulan y acrecientan los bellos encantos de la huerta. Rosario y Encarnación llevaban sus delantales de colores chillones, con las puntas inferiores cogidas en la cintura, á modo de cartera, llenos de rosas de bomba, de guirnaldas de rosas del Borneo, de manojos de malvarrosa y hierba luisa, que transcendían á gloria. En las manos ostentaban sendos ramilletes de azahar, de lo más florido que encontraron en los naranjos y como si todo esto no fuese bastante, veíanse sus graciosos cabellos adornados de jazmines y pensamientos.

Detrás de sus hermanas, caminaba Andrés el Trillaor, conduciendo sobre sus hombros una buena carga de follaje de álamo y tarareando en voz baja una copla de malagueña.

Cuando llegaron á las inmediaciones de su casa, Sacramento había terminado de asearse y estaba tan hermosa y encantadora, con sus abundantes rizos ondeados sobre la frente, sus grandes ojos negros como carbunclos, de dulce y expresivo mirar; su agraciado rostro, de curvas delicadas y transparencias de arrebol, y con todas las formas de su cuerpo tan proporcionadas y esculturales, que el artista más exigente la hubiese tomado por un modelo de belleza. Lo mismo debió parecerles á las hijas del tío Pacorro, cuando aseguraron después, que en toda la huerta de Murcia existía una muchacha tan guapa y tan graciosa como ella.

Pero todas estas apreciaciones sobre la hermosura de Sacramento eran una sombra insignificante en comparación con lo que Andrés experimentó en su alma, al encontrarse de improviso con una mujer tan extraordinariamente bella. Algo de fascinador y sugestivo debió apoderarse del huertano, cuando en medio de su confusión, no acertaba á desembarazarse de la carga de álamo ni á dirigir el más pequeño saludo á los forasteros que estaban en compañía de su padre.

No quedó Sacramento menos maravillada de la gentileza de las dos huertanas, cuya natural

hermosura realzaban doblemente las preciosas flores que traían en sus cabellos. Con respecto al joven Andrés, cualquier observador diligente hubiese sorprendido en el rostro de la muchacha el azaramiento y confusión que le producían las miradas del Trillaor.

El tío Pacorro enteró minuciosamente á sus hijos de la llegada de los segadores y de cómo les había permitido que descansaran en aquel lugar, porque á primera vista comprendió que no se trataba de ningunos gitanos ambulantes y malhechores, sino de una familia trabajadora y honrada. Entonces cruzáronse entre unos y otros repetidos ofrecimientos de sincera cordialidad, hasta que Sacramento se hizo en un instante tan amiga de las huertanas como si se hubiesen criado juntas, Andrés por su parte, se desvivía por hablar con la mancheguita, como si lo inclinara hacia ella una fuerza desconocida é irresistible.

Campanearon las doce en la iglesia parroquial de Espinardo; las hijas del tío Pacorro, sacaron al anchurón del egido una mesita de cocina y unas cuantas sillas de morera, para que los segadores no tendiesen el mantel en el suelo y poco después celebraban estos su regalada comida al aire libre, en medio de las encantadoras magnificencias de la huerta, y bajo la sombra fresca y agradable de los plátanos.

Los Trillaores se retiraron también á su casa y mientras Encarnación preparaba la pequeña

mesa, en el centro de la cocina, muy cerca de la puerta del patio, para disfrutar del vientecillo que á tales horas suele levantarse, Rosario vació la puchera en una fuente vidriada de buenas proporciones y todos empezaron á comer en el mismo plato, cada uno por su lado, conforme á las costumbres establecidas entre las familias de la huerta.

Con visible impaciencia aguardó el mozo á que su padre se quitara el sombrero para dar gracias á Dios por que los había sustentado, y con la última palabra del rezo, se incorporó de su silla, besó la mano del tío Pacorro, con respetuosa veneración y salióse disimuladamente á la replaceta de la Torre, á cuatro pasos del lugar donde se encontraban los manchegos.

En aquellos momentos, el tío Gumersindo dormía sobre la hierba del egido, sirviéndole de cabecera los aparejos de la borriquilla; su mujer arreglaba el anchurón, doblando el mantel de la mesa y barriendo los desperdicios de la comida. y Sacramento fregaba, un poco más abajo, en la corriente del baden, el servicio de platos y cucharas.

La ocasión que se le presentó al Trillaor para hablar con la linda segadora, no podía ser más favorable; pero cuando ya iba á dirigirse á ella, se apoderó de su ánimo cierta pusilanimidad y temor invencibles, que lo sumieron en un océano de dudas, y mientras se rascaba la cabeza y daba

un paso hacia adelante y otro hacia atrás y tosía y volvía á toser, transcurrió mucho tiempo, y en esto llegaron sus hermanas, como los perros de fábula y dieron al traste con sus amorosos pensamientos, diciéndole Rosario con la mayor jovialidad.

—Andresiquio, muchicho, que me paece que te has queao encandilao. ¿No has sentio que te hemos estao llamando munchas veces? Anda correndiquio, nene, y mete el perigallo del corral que está apalancao en las paeres de la cuadra y arremataremos la crús, antes que se haga más tarde.

—Sí, —continuó diciendo Encarnación—y tú nos ayudarás á poner los jarros de flores. ¿No es verdad Andresiquio? Anda, anda ligero entrarimientras que nosotras convidamos á la mancheña pa que se venga á la casa, que la probe estará consumía de no hablar con naide. Oye, y no te encargo más, que lleves muncho cudiao con no hacer zurrio denguno, que no se recuerde el paire que se ha tendío abora mesmo á dormir la siesta debajo de la higuera.

La presencia de sus hermanas produjo al Trillaor los mismos efectos que si le hubiese caido una bomba; pero su disgusto desapareció por completo, convirtiéndose en risueñas esperanzas, cuando escuchó que iban á llamar á la segadora para que permaneciese con ellas algun rato.

—Estas sí que me paece á mí que han acertao,

—iba pensando Andrés, mientras se dirigía por el perigallo.—Abora se la traerán pa cá y malo ha de ser que no la pueda yo mirar bien mirá y decirle angunas palabriquias,

Lo malo será cuando le pida el compromiso y me diga que sí, y luego se entere mi paire de que no tienen ande caerse muertos y que toa su petera de casarme con una que traya al matrimonio muchas tahullas y muchos dineros, se güelva sal y agua.

¡Cudiao que es lo grande esto de que no lo dejen á uno hacer su busto, echándose una novia bien guapa, con tal que sea güena, aunque no tenga una perra chica tan siquiera. Eso no me paece á mí que esté en lo suyo, ni mucho menos.

¿Que me se dá á mi de una labraora rica, sino me tira su querer, pa que estemos siempre como los perros y los gatos?.

Y si sale que allega á salir trebajaora y mujer de su casa, vaya un punto güeno; pero mi osté que si es zarzalera y malgastaora, pongo por caso, me río yo de los dineros, que se le irán tuiquios por entre los deos, por muchos que traya. Pos nodigo ná, de esas! que yo conozco bastantes, que con la enza y la fantesía de que son ricas quieren llevar los pantalones en las casas y los maríos pintan lo mesmo que si fueran mochos de escoba... Lo más derecho es que ca uno haga su busto, que pa eso hemos de vivir con ellas toa la

vida y los paires, como dicen en las misiones, que le den un güen consejo á los hijos, cuando los vean descarriaos, y pare osté de contar.

Con este orden de ideas siguió el Trillaor rectificando el criterio que sustentaba su padre sobre el negocio del matrimonio, no acordándose él mismo de las manifestaciones que había hecho á sus hermanas aquel día, cuando le hablaron de la Geroma, y seguramente hubiese llegado á condenar por la tarde sus convicciones de la mañana, sino hubiera sido por que las muchachas, con su locuacidad sempiterna, vinieron en aquel punto y hora, á sacarlo de sus hondas cabilaciones.

Llegaron las tres cojidas del brazo, con Sacramento en medio, formando una cadena de estrechos y simpáticos eslabones y, al pisar el portal de la casa, Encarnación le preguntó á la mancheguita:

—Pero á to esto, digo yo que estamos juntas un güen ratiquio y tavía no sabemos cuala es tu gracia. Mira, á mí me dicen Encarnación y á mi hermana, Rosario, y las dos semos Trillaoras de mal nombre, como mi paire y como mi hermano. ¿Y á tí como te llaman?

—¿A mí? Como nací el día del Señor me pusieron Sacramento.

—¿Sacramento? ¡Jesús Maria! Qué nombre más hermosísimo,—dijeron las dos hermanas á la vez. ¿His oido, nene, como se llama esta?

—¡Vaya si lo he oido! ¿No habeis visto cómo

me he levantao el sombrero? ¡Pos si me daban ganas de arruillarme cuando lo ha mentao!

La segadora se puso muy ufana con las palabras del Trillaor, dibujando una sonrisa dulce y expresiva, y la afición que el mozo experimentaba hácia ella, subió de punto con la divinidad y grandeza de su nombre y con la finura y señoría de su manera de hablar.

Sin perder un instante pusieron manos á la obra de adornar la cruz con muchos jarros de flores, que iban preparando al efecto para que Andrés, subido en el perigallo, los fuese colocando en las graderías del altar lo más primorosamente posible y mientras hacían todo esto, las Trillaoras explicaban á la mancheguita la antigua y poética costumbre de la huerta de Murcia de formar y bailar las cruces todos los años en tal día como aquel, y desde luego le prometieron que, cuando llegara la noche, se divertiría de lo lindo con la fiesta que estaban preparando. Andrés por su parte, no dejaba de meter vaza en la conversación, aludiendo siempre á la segadora, con indirectas y requiebros mal disimulados.

Concluido el adorno de las flores y ya que dejaron el altar como un ramillete preciosísimo, rodeado de follage, dirigiéronse todos á una pieza inmediata, que lo mismo servía á las Trillaoras de sala y dormitorio que de tocador y guardarropa. Arrimado al testero del fondo hay un arcón enorme de morera ennegrecida por la acción de

los años, en el que antiguamente conservaban los padres del tío Pacorro las ricas madejas de seda criada é hilada en la misma casa, hasta que los adelantos de la industria por un lado, y nuestra congénita y proverbial indolencia por otro, dieron al traste con los miles y miles de tornos de torcer que funcionaban en la huerta de Murcia. Entonces perdieron los arcones sederos su verdadera y legítima aplicación y los que no transformó la ebanistería de la ciudad en soberbios muebles de lujo, para las casas de aquellos mismos propietarios que permanecieron indiferentes ante la desaparición de una industria tan importante y lucrativa como aquella, fueron á consumirse en las cocinas de los labradores arruinados ó quedaron en los rincones de las viviendas, convertidos en arcas para la ropa.

Entre Rosario y Encarnación levantaron la pesada tapa, sosteniéndola con un grueso barrote, á manera de puntal, que salía del testero de la izquierda y só pretexto de buscar la Cruz de Caravaca, vaciaron el arcón, prenda por prenda, hasta que no quedaron en el fondo más que unos tallos secos de eneldo de la sierra, varias limas ya endurecidas de la última fiesta de San Antón y cosa de cinco ó seis membrillos olorosos perfectamente disecados. La Cruz de Caravaca, que era lo primero que buscaban, fué lo último que encontraron, porque así y no de otro modo tenía que suceder para que las Trillaoras satisficiesen

esa vanidad inofensiva y pueril, ese afán que tienen todas las mujeres, de enseñar á propios y extraños, para que los vean y los admiren, todos los trapicos limpios de la casa.

Andrés subió por última vez á lo alto del perigallo; colocó sobre la mesita más pequeña del altar un gran vaso de vidrio lleno de agua cristalina y, prendiendo una hermosa Cruz de Caravaca, en medio de la cinta que había clavado por la mañana en los palos del techo, la dejó pendiente, dentro del vaso, medio sumergida en el líquido.

Con esta diligencia quedó terminada la Cruz, á falta de alumbrado y las muchachas se retiraron hácia la puerta de la calle con el fin de repasarla de nuevo, y todas la encontraron de una preciosidad incomparable.

IV

El sol recogió su rubia cabellera, transponiendo las cimas de la sierra de Espuña y los bellos celages del crepúsculo imprimieron entonaciones sonrosadas en el panorama de la huerta.

Concluidas las faenas agrícolas de la tarde, los sufridos hijos del trabajo empezaron á discurrir por sendas y vericuetos, hácia sus respectivas viviendas. Unos seguían el paso tardo de las juntas de labor y otros caminaban, entre los plantíos, con sus herramientas del trabajo en los hombros, sin que faltaran colonos rezagados que permanecieron en los bancales, recogiendo la

abundante cosecha de patatas tempranas, que el legón de los jornaleros había desenterrado y depositado en los hondos de los caballones.

Pepele el Tocaor fué uno de los últimos que dieron de mano á la jornada. Ya lucía, á través de las enramadas, e modesto alumbrado de las viviendas próximas á la casa de los Trillaores, cuando llegó á su humilde barraca, donde su anciana madre estaba preparando la cena.

Era Pepele el Tocaor uno de los mozos más populares del partido, por no haber en todos aquellos contornos baile ni serenata donde nuestro hombre no se encontrara, con su famoso violín y con su genio chistoso y bullanguero.

Tal vez por ser muy reducido el número de los violinistas panochos, el Tocaor disfrutaba de reconocida fama entre sus convecinos, siendo el común sentir de las gentes, que le hacía hablar al instrumento, lo mismo que si fuese una persona. Pero en lo que no cabe la menor duda es en que ejecutaba á cierra ojos las parrandas y las malagueñas, y remedaba á las mil maravillas el canto de los pájaros.

Aún no había concluido el violinista de embaularse la media docena de patatas cocidas al vapor, entremezcladas con frecuentes latigazos de vino, cuando se presentaron en la placeta de la barraca, donde tenía puesta la mesa, dos arrogantes mozos del partido, trajeados de media gala, con sus blusas azules, sus alpargates nuevos

y sus sombreros de color verde modernista. Uno de ellos traía en la mano una hermosa guitarra, adornada con cintas de colores en el clavijero, y el otro sujetaba, debajo del brazo, una bandurria antigua, que Dios sabe en cuantas riñas y pendencias de mozos del partido habría figurado.

—¿Con que todavía estamos así? —dijo el de la guitarra al incorporarse al Tocaor.

—¡Hola, caballeros! — Contestó el violinista sonriéndose. — Esto va ya de remate. Sentarse y echar un trago que vamos ensegua.

—Y á tó esto — continuó el de la bandurria, dirigiéndose á la madre del Tocaor — no le habemos dao las güenas noches, tia María Luisa.

—Eso es lo mesmo, hijo mio, — contestó la anciana — Que Dios nos las dé á tós mu santas y mu güenas. ¿Pero se pué saber ande vais con la música tan trempano?

—¿Ande? ¿Es que no se lo malicia osté? Vamos ca las Trillaoras á armar baile, que han hecho una crus tan remaja.

—¡Ah! Güeno, güeno. Pos que no sus metais con naide.

—Por esa parte estése osté mu tranquila, tia María Luisa, que no pasará del zurrío que metamos en la fiesta y luego ca mochuelo á su o'ivo, que tenemos que trebajar mañana.

El porrón del vino dió una ó dos vueltas entre los circunstantes; Pepele encendió su cigarro en la luz del candil que pendía de una rama de hi-

guera y entró en la vivienda con objeto de decentarse un poco y recoger su violín para la marcha.

—Ya estamos habiaos del tó—dijo al presentarse de nuevo.—Cuando sus paezca que nos vayamos...

—Pos abora mesmiquio—contestaron los dos músicos á la vez.

—Maire, quese osté con Dios y deje la puerta entorná con una silla pa cuando yo güelva.

La tía María Luisa los despidió á los tres, recomendándoles de nuevo que no movieran trifulca y siguió mojetando en el fondo de un plato hon-do, en el que habia puesto unos cuantos pimien-tos picantes con una lágrima de aceite.

Los mozos tomaron la senda que se dirige á la Torre de los Trillaores y cuando llevaban anda-da la mitad del camino, la luna llena asomó por lo más alto de las cumbres del Miravete.

En las casas de la huerta se cena ordinaria-mente muy temprano; la frugalidad de la comida del medio día, que se hace á las doce en punto, y la rudeza del trabajo á que se dedican los colo-nos en las horas de la tarde, influyen de tal modo en estas costumbres, que no hay familia que al obscurecer no se encuentre, con buen apetito, al-redeor de la mesa ó sentada en el suelo de la cocina, en torno de una gran sartenada de ga-chasmigas. Así aconteció que, cuando los tres músicos llegaron á la carretera, ya se notaba en

la Torre de los Trillaores una concurrencia extraordinaria de huertanos, predominando el elemento jóven, que siempre se encuentra dispuesto á todo género de diversiones.

Gracias á los dos quinqués, que alumbraban puestos á uno y otro lado de altar; gracias al belón, con dos pábilos encendidos, que lucía en el tinajero, la magnífica cruz resplandecía como ascua de oro, atrayendo el deseo y la curiosidad de la gente, que se apiñaba en la replaceta para contemplarla y alabarla á su gusto, con gran regocijo y alegría de las dos hermanas.

Llegaron los músicos, que habian de componer el terceto; un chicuelo revoltoso como todos los de su edad, rasgó furtivamente las cuerdas de la guitarra, denunciando así la presencia de los tocadores y entonces se produjo un movimiento espontáneo de alegría y satisfacción entre los mozos y las mozas, que ya estaban echando de menos el bailecico de ordenanza.

La gente despejó enseguida la ancha replaceta, viéndose ocupados los poyos por todas las muchachas del contorno, entre las que Sacramento llamaba la atención por su extraordinaria hermosura; los mozos se fueron colocando como pudieron, al lado de sus novias ó á la espalda de los asientos que ocupaban las mujeres, y poco después, rompieron los músicos con una malagueña encantadora, en la que Pepele el Tocaor hizo prodigiosos alardes de ejecución. El de la guitarra

cantó la primera copla, recibida con una ovación de relinchos, y Rosario fué la primera en bailar, haciendo pareja con su Andrés, porque á ella ó á su hermana les correspondía este derecho.

A las cuatro ó cinco mudanzas de la bailadora, presentóse en el ruedo, ó como sí dijéramos en la arena, otro mozo de los concurrentes, el cual se quitó el sombrero con toda la etiqueta del caso, y dirigiéndose al Trillaor le dijo: «Haga osté el favor» y éste dejó el puesto libre y el otro mozo continuó la danza con Rosario. La alegría de Andrés al verse en libertad de tomar asiento, no es para dicha ni descrita, por que en aquel momento habia un sitio desocupado junto á la segadora y no era caso de perder la ocasión que se le presentaba para hablar con ella, ya que las vacilaciones y temores que le asaltaron después de la comida, cuando la encontró fregando en el badén, habían malogrado sus ardientes propósitos. Por esta vez no le sucedió lo propio, sino que el mozo se fué al bulto como suele decirse, y ya lo tenemos al lado de Sacramento, desahogando su corazón.

Un incidente produjo la resolución del Trillaor que no pasó inadvertido para los que estaban en el secreto y fué que enseguida que Andrés tomó asiento junto á la bella segadora, la Geroma y su madre, que estaban en la reunión, se levantaron de los suyos, como alma que lleva el diablo, y so pretexto de que tenían que crecentar aquella

noche para heñir á la madrugada, tomaron las de villadiego sin preámbulos ni despedidas de ninguna clase.

La emoción que experimentaba Andrés al verse al lado de la segadora le ofuscó el entendimiento, y no sabía como dar principio á la conversación, hasta que después de una larga pausa se dirigió á ella en estos términos:

—¡Si supieras tú las ganas que yo tenía de estar pegaiquío á tí como abora! ¿Será lo güeno que no hay otra moza más boniquia y más salá que tú en tó lo reondo de la huerta?

—¡Jesús María! ¿Eso lo querrá usted decir por alabarme por que en esta tierra son las mujeres muy hermosas.

—¿Por alabancia...! Lo que yo te digo es tan verda que lo firmaríá aunque juera con la sangre de mis venas.

—Muchas gracias; pero creo que la cosa no es para tanto.

—¿Que nó? Pos lo que yo te digo á tí es que no quisiera más dicha en este mundo que vivir al lao de una serrana tan graciosa.

—¡Cuidado que está usté guasón esta noche. ¿Es para que yo me lo crea?

—Es pa decirte que cuando te vide este almedio dia, te queastes tan clavá en lo más hondo, que ya tengo puncha pa un rato. ¡Pos no digo ná cuando sentí tu nombre! ¿Y la moa de hablar tan ese y tan fina que te ha dao Dios? Será lo güeno

que ni yo mesmo sé desplicarme un querer como este en tan pecho tiempo?

—Ya se le pasará á usted. Lo que entra de pronto... Eso creo yo que es en comparación como las espigas que se corren, que no cuaja el grano siquiera.

—No creas semejante cosa, Sacramento, y perdona que te diga que andas mu inquivoca. Esto es como si se quema una galvera de miés que no se apaga con ná dista que arde la última gavilla. Pa mí que tuiquío está demás en el mundo como no sueltes una palabra y la hagas güena ande sea menester.

—¿Y qué quiere usted que yo le diga?

—¿Es queavía no lo has entendio bien á las claras? Pos no tengas cudiao denguno por eso que yo me desplicaré, y juera de arrodeas y repalandorias.

—Como usted quiera.

—Pos vamos al caso y fijate bien en lo que te hablo. Lo que yo deseo es, en una palabra... ¡vamos!, qué me digas que sí; que me quieras de verdá y con toa tu alma como yo te quiero á tí. Y ahora ¿qué dices tú á eso?

La muchacha quedó suspensa algunos minutos sin acertar con la contestación, hasta que Andrés le interrogó de nuevo.

—¿Pero és que has perdío el habla? Que te coste que lo que te he dicho ha sio con el corazón en la mano. ¿Ves esta casa tan grande y tan

hermosa, con las veinte tahullas que tenemos alreor y con el huerto del otro lao de la carretera? Pos naide más que tú tiene que ser la reina de tó.

—Muchas gracias, Andrés; pero yo no he de quererlo por lo mucho ó lo poco que tenga, sino por su persona.

—Justiquiamente de la mesma manera pienso yo y lo que te he dicho de las tierras no ha sio más que por un decir.

—Así me lo he figurado.

—Pos entonces ya puedes contestarme á la pregunta, que estoy sinsato dista que digas esta boca es mía. ¿No és verdá que me quieres con toa tu arma, como yo me pienso?

—Por mi parte, si usted está hablando de veras, no tengo inconveniente ninguno, porque al fin y al cabo, como una ya le ha tomado cariño á sus hermanas y demás...; pero lo primero que tengo que hacer es contar con mi madre y si á ella le parece bien...

—Prefetamente; de eso no me aparto yo; pero en resumías cuentas, yo puedo contar con tu querer. ¿No es eso?

—¡Ah! Sí, señor. Desde luego.. Cuando usted lo dice eso será.

—Pos entonces estamos al cabo de la calle. Mas claro ni el agua; este negocio está arreglao, por que en lo tocante á tu maire malo ha de ser que no diga que sí.

— Eso creo yo, que han de agradarle estas relaciones...

— ¡Toma! Por sabio se calla. ¡Sí tuviera yo la gloria tan cierta! Cuando á mí me dá el corazón una cosa puedes apostar á que no hay engaño denguno.

— Lo propio me estoy figurando yo.

— ¿Será lo güeno que tuiquio el gozo del mundo se quea en mantillas en comparanza del que siento abora mesmiquio con las palabras que acabas de prenunciar? Si te digo que soy el hombre más aventurao que se ha canocío y que no me cambiaría por el propio rey con su corona, me paece que tavía me queo corto y que está más de la mitad de la parva sin trillar. ¡Bendita sea la gracia que Dios te ha dao, y la maere que te ha pario y dista la tierra que te vido nacer!

Y el enamorado huertano continuó regalando los oídos á Sacramento con los más tiernos y amorosos requiebros que se le ocurrían y ella también fué exteriorizando poco á poco el cariño que le inspiraba el Trillaor. Así permanecieron largo rato, ajenos el uno y el otro á cuanto les rodeaba, hasta que, con la terminación del baile, se puso la gente en movimiento y las familias se despidieron de los Trillaores. Entonces despertó el mozo del sueño de sus ilusiones, para cumplir debidamente con los músicos, á quienes acompañó hasta un ventorrillo de la carretera.

Entre tanto, el tío Pacorro y el tío Gumer.

sindo paseaban, á la luz de la luna, por en medio del camino, sosteniendo el siguiente diálogo:

—Para nosotros —decía el segador— hasta nos sirve esto de viaje de recreo. Así como su hijo de usted va todos los años de trilla, sin necesitarlo para comer, nosotros tenemos esta costumbre de la si'ga por quitar de enmedio loa meses de Mayo y Junio. En la Motilleja, nuestro pueblo, hemos dejado diez ó doce fanegas de siembra para que se vaya granando en este tiempo y un majuelo de buena planta, de más de veinte almudes de cabida que, ya nos] dará este año sus tres mil cántaros de vino.

—Y, diga osté. ¿Tuiquias esas tierras y esas viñas son propias ú arrendás?

—Gracias á Dios y en buena hora lo diga, todo lo que tenemos es propio. La tierra viene de herencia de mi padre y el majuelo lo he ido criando yo poco á poco después de casado.

—Entonces ya veo yo que andan ostés bastante desahogaos.

—Hoy por hoy, á Dios gracias, lo pasamos regular. Mi casa es de las principales de la Motilleja. ¿Para qué vá uno á decir otra cosa? Cuando los años pintan bien le sacamos á la hacienda de cuatrocientos á quinientos duros libres.

El tio Pacorro hizo entonces muchos aspavientos de las riquezas del manchego y por su

mente revoloteó una vez más la eterna idea que acariciaba sobre el casamiento de su hijo.

Por último, regresó Andrés de la taberna. La familia del Trillaor se despidió de los manchegos no sin haberles invitado con mucha insistencia á que se quedaran á dormir con ellos en la vivienda, cosa que rehusaron los segadores, entre otras razones, porque la noche no podía ser más apropósito para pasarla á la intemperie.

Como la felicidad es comunicativa de suyo, enseguida que los Trillaores cerraron la puerta le faltó tiempo al mozo para poner á sus hermanas en antecedentes del noviazgo. A las mellizas les pareció como de perlas la resolución de su hermano, porque se habían quedado encantadas de la hermosura y condiciones de Sacramento; pero al recordar los inquebrantables propósitos que tenía el tío Pacorro de casar á su hijo con una labradora rica, no parece sino que les echaron á los tres un jarro de agua fría por la cabeza, según la contrariedad y pesadumbre que sintieron.

Preciso era salir de dudas aquella misma noche, puesto que Andrés tenía que emprender la marcha por la madrugada, y para ello se ofreció Rosario, que era la más decidida, á explorar la voluntad de su padre y no tardó en abordar el asunto, con propósitos de jugarse hasta la última carta, en favor de Sacramento.

—Paire, ¿no sabe osté lo que hay?—comenzó

por preguntar enseguida que su hermano desapareció de la escena.

—No sé de lo que piensas hablarme, Rosariquio. Explicate si te paece.

—Pos que el nene le ha pedio compromiso á la mancheña. ¡Como es tan boniquia ella y tan güena!...

—¿Es verdá lo que me estás diciendo, hija mía?

—Paire, lo que osté oye, sin qnitar ni poner una palabriquia.

—Pero qué demonio de zagales, como se enfarrunchan en un creio. ¿Y cómo se ha presentao ella?

—Tan rebien como lo ha recebio, paire. Según, le ha dicho que sí. ¡Como que han'estao platicando lao por lao desta en denantes y tuiquios los vecinos aprecibios. ¿Qué le paice á osté, paire?

—Yo no tengo na' que replicar. Si ellos se quieren y está de Dios, allá se las vayan.

—¿Pero és que no le daría á osté cudiao denguno de que el nene se casara con la mancheña?

—¿A mí? Ni chispa, hija mía, y si digo otra cosa miento.

—Yo lo preguntaba porque... como los segaores son tan probetiquios, que dista van pidiendo limosna...!

—Eso no le hace, Rosariquio. En este mundo

ca uno tiene su moa de vivir, y más vale regoldar á probe que á rico y juera de fantesías.

—¿Y qué quiere osté dar á entender con esas palabras, paire?

—¿Yo? naica absolutamente. ¿Al nene y á vosotras los llena el ojo la mancheña?

—Sí señor.

—Pos entonces no hay más que platicar. Tu hermano ya tiene años pa casarse cuando le venga bien, y á mí me se figura que esa muchacha no tiene pizca de malicia.

Tanto Rosario, que sostenia la conversación, como sus hermanos que la escuchaban ocultamente, quedaron admirados y haciéndose cruces de la conformidad y asentimiento de su padre, cuando ellos esperaban que el noviaje de Andrés produjese muchos y muy serios disgustos en el seno de la familia.

V.

Conseguido, á nuestro pobre juicio, el objeto que nos proponíamos en la presente narración, no hay para qué seguir describiendo los pormenores de un noviaje que, después de todo, no tiene nada de particular. Solo diremos que las relaciones de Andrés y Sacramento fueron formalizándose más cada día, á gusto de ambas familias, hasta quedar el matrimonio concertado.

Vinieron los meses del verano, y Andrés, aprovechando la baja de trenes de la fèria de

Albacete, hizo un viaje á la Motilleja, donde se convenció de que el tío Gumersindo era uno de los mayores contribuyentes del pueblo.

Después siguieron menudeando las cartas entre Sacramento y el Trillaor, hasta que las cosas llegaron á su punto.

El segundo día de la Pascua de Navidad de aquel mismo año, á la hora de la llegada del tren mixto, Rosario, Encarnación, Pepele el Tocaor y algunos otros amigos de Andrés, acudieron á la estación del ferrocarril de Murcia. Al cruzar la locomotora el paso á nivel de la Media luna, se oyó un silbido estridente, y todos los huertanos volvieron la mirada á la vía y se aproximaron al anden.

El mónstruo de vapor dió el último resoplido y antes de que sus ejes poderosos quedaran inmóviles, cayó el cristal de una portezuela que estaba enfrente de los huertanos, y Sacramento y Andrés asomaron por la ventanilla, con sus caras juveniles radiantes de alegría y felicidad.

A continuación del jóven matrimonio, bajaron del coche, el tío Pacorro y el tío Gumersindo. Los abrazos entre unos y otros no tuvieron límite; Sacramento, Encarnación y Rosario lloraban de alegría y los mozos obsequiaron al novio con una buena pasada de manotones.

Dos tartanas de las más grandes fueron menester para conducir á toda la comitiva hasta la torre de los Trillaores, donde ya estaban hechos los

preparativos para celebrar la torna boda, en cuya rumbosa fiesta tomaron parte todos los muchachos y muchachas de las cercanías, menos la chica la Geroma que no aceptó la invitación, por que se había levantado aquella mañana con un dolor de cabeza muy grande.





LA TARDE DE TODOS LOS SANTOS

A la distinguida y simpática Agrupación
Eureka, cultivadora y sostenedora de las
Bellas Artes murcianas.

I

El partido de X se extiende al pié de la sierra de la Fuensanta, poco más abajo de Algezares, con sus viviendas grises con terrados de láguena, como una bandada de tordos que reposan en el declive del terreno. En el centro del caserío y precisamente en la línea que separa el campo de la huerta, sobresale la antigua torrecilla de la parroquia, con boquetes arqueados á los cuatro vientos y su montera de tejas ennegrecidas por la acción de los años. Sobre un montecillo próximo, se distingue una capilla ruinososa ó Calvario, que está en comunicación con la iglesia del pue-

blo, por medio de un antiguo *via erucis*, cuyos postes de obra rústica y calcomida, se levantan de trecho en trecho, entre las espesas chumberas que viven en aquellos barrancos.

Un poco más abajo de la iglesia, en medio de las tierras de regadío, aparecen las tapias del camposanto, emplazado en aquel lugar y no en las cañadas estériles de la sierra, á causa de la obscuridad é ignorancia de los primeros habitantes de X, en materias de higiene y especulación agrícola. Luego fué extendiéndose y aumentándose el caserío por la parte de la huerta, hasta que el cementerio quedó encerrado entre las chozas y viviendas que se le aproximan por todas partes.

Como supondrán nuestros lectores, no es el camposanto de X ninguna de esas necrópolis suntuosas, donde la vanidad de los hombres perpetua la memoria de los que fueron, con soberbios panteones y mausoleos de arquitectura. Ni á un solo propietario de la ciudad se le ha ocurrido construir allí un mal panteón de familia, como sucede en otras feligresías de la huerta. El cementerio de X se reduce pues, á un cerco de tapias con una mala puerta de hierro y su gran cruz de morera, levantada en el centro.

En uno de los ángulos del cuadrilátero, hay un miserable cobertizo, donde la Cofradía de las Animas conserva el ataúd de los pobres, y en el rincón de enfrente, se ve un pequeño apartado para los niños que mueren sin bautismo, ya que

en el partido de X no hay, ni ha habido nunca, disidentes de la Religión Católica.

Tanto en el interior como en la parte de afuera, las paredes del camposanto aparecen desnudas de enlucido, sin más lápidas ni inscripciones que algunas cruces conmemorativas toscamente grabadas en los muros con la punta del azadón y algunos remiendos de yeso apalustrado, en los que se ven ciertas escrituras ilegibles, hechas con una de esas barras de lapiz que usan los albañiles y los carpinteros.

Pero en donde más se nota el descuido y abandono de los vecinos de X, es en el suelo del camposanto, donde las sepulturas, abiertas sin orden ni concierto, se ven como alfombradas de hierbujas y malezas exhuberantes, sin que haya una mano piadosa que se encargue de remediarlo. Solo el cabrero del lugar ha pensado, algunos inviernos estériles, en los pastos del camposanto; pero ¡ay de su oficio y de su porvenir, si se atreviese á profanar las tumbas con el pastoreo de sus animales!

Así como la iglesia está en comunicación con el Calvario por medio de un vericuelo estrecho y tortuoso que culebrea entre las paleras de la sierra, la parroquia se une al camposanto por un carril no menos descuidado y estrecho, en cuyas orillas palidecen hasta media docena de higueras enfermizas y desmedradas.

Cuando ocurre alguna defunción en la feligre-

sía, cosa que no sucede con frecuencia, por las buenas condiciones de salubridad del poblado, ya que no por el empleo de medidas higiénicas que jamás han conocido sus moradores, sale la parroquia en pleno, compuesta del cura y el sacristán, con el estandarte de las Animas y dos hileras muy largas de feligreses, y marcha el entierro por todo el carril abajo, hasta las mismas puertas del camposanto; de modo que si en el caserío de X se acostumbraran las esquelas de defunción, habría que consignar en ellas la siguiente advertencia: «El duelo se despide en el cementerio, después que cada uno de los concurrentes haya echado su puñadito de tierra sobre el ataúd y se hayan rezado, con las últimas legonadas del sepulturero, los tres Padrenuestros de rúbrica, por el alma del difunto.»

II

La tarde de Todos los Santos, se presentó friolera y desapacible. Las rachas de viento frío silbaban entre los matorrales, sacudiendo las ramas de los olivos y levantando densas columnas de polvo en toda la vereda del *via crucis*.

Las nubes blanquecinas, disgregadas y errantes, proyectaban sobre la falda de la sierra sombras fujitivas y tristonas, que iban pasando unas detrás de otras, con pequeños intervalos.

Los cúmulos más densos se agarraban á las al-

tas cumbres, para no ser juguete de los huracanes, donde se desvanecían como una humareda.

A pesar del mal tiempo, todos los caminos y senderos del caserío, se veían, desde las primeras horas de la tarde, cuajados de huertanos y huer-tanas, dirigiéndose al camposanto. Algunos llevaban en las manos, pequeñas velas de cera ó modestos farolillos, con candilejas de aceite, para alumbrar á sus difuntos, y otros conducían grandes ramos de esperalaúltima y de siemprevivas amarillas y blancas, para colocarlos en las sepul-turas, en testimonio de recordación y de cariño hacia los que dejaron este mundo. Una labradora del partido acariciaba y estrechaba en su pecho un cuadrito, formado con medias cañas negras, guarnecidas de flores, en el que se veía el retrato de una preciosa niña, con las niveas y angelica-les vestiduras de la primera comunión, y un gru-po de muchachos pequeños, gritaban y corrían por en medio de los barbechos y por las orillas de los brazales, cogiendo florecillas silvestres para lle-varlas al camposanto, á imitación de lo que veían en las personas mayores.

Entre la bulliciosa animación que reinaba por todo el caserío, destacabase un grupo de huer-tanos, que departían amigablemente en la placeta de la iglesia. Si hubiésemos de distinguirlos por la indumentaria que usaba cada uno, fuera punto menos que imposible, porque los tres vestían pantalon de pana, de colores acentuados; blusas

azules y largas, que les llegaban más abajo de las rodillas; mantas de Alcoy muy ligeras, rodeadas al cuello á modo de bufanda, por ser harto pequeñas para cubrir toda la caja del cuerpo, y sombreros finos de anchas alas, imitando la forma cordobesa.

Lo mejor que podemos hacer, para designarlos en el transcurso de esta historia, es apelar al mote ó sobrenombre de cada uno, prescindiendo de otros pormenores y circunstancias innecesarias, incluso de los apellidos de familia, que muchas veces ignoran hasta los propios interesados.

Así pues, diremos que aquel jaquetón de más de dos varas de altura, que se apuntala el cuerpo por la espalda con su garrote de armés, como si tuviese el convencimiento de que sus piernas no son bastante para sostenerlo, es Juaniorro el Desternillao, con cuyo mote lo confirmaron, hace algunos años, al regresar de la guerra de Cuba, donde tuvo la desgracia de que una vala insurrecta le destrozara la nariz.

Aquel otro huertano viejo, que se despereza al lado del Desternillao, abriendo la boca á cada instante, de modo que los bostezos no le dejan tiempo para hacerse crucecitas en los labios con el dedo índice, es el tío Frasquito Pelusilla, arrendador del partido, como ellos se denominan, confundiendo la significación de esta palabra con la de arrendatario; negociante en bajocas pani-

ceras y otras hortalizas de la huerta y futuro consuegro del Desternillao, por lo que sabrá después el que leyere.

El tercero de nuestros personajes se llama Bartolo Gachasmigas. En los tiempos de su juventud fué mozo de mulas en casa de los padres del Desternillao, por lo que todavía conserva buenas relaciones con su antiguo amo; después se casó con una muchacha del partido, muy graciosa por cierto, aunque de familia muy pobre, y hoy pertenece á la humilde clase de los jornaleros cargados de hijos y de trampas.

Los tres huertanos sostenían una conversación muy animada y agradable, sin secretos ni reservas de ningun género, á juzgar por lo que reían y levantaban la voz en medio del escampiado.

—Pero ¡muchicho! ¡Que suerte tan hermosa la de este demontre de Juaniorro! —decía el tío Pelusilla, con la mayor satisfacción.—¿Cómo te la has gobernao pa que te manden ese empleiquio?

—Yo, por mi parte, no se lo achaco á naide mas que á mi amo—contestó el Desternillao, más alegre que unas castañuelas.—Dista las últimas votás aquellas, cuando rompí el cachumbo de un garrotazo y estuvo en un tris que no me acrebilaran como una zaranda, que viene con la petera de municipal en el ayuntamiento; pero de esto de ahora estaba yo tan desajenao.

—Pos entonces ¿cómo lo has sabio tú?—continuó preguntándole Gachasmigas.

—¿Cómo? Pos yo te lo diré abora mesmo. Esta mañaniquia, cuando estaba regando la afalfa — prosiguió el Desternillao — vide á uno que subia pa riba con una gorra así de galones doraos, y «adios y vaya osté con Dios» y yo sin echarle sal á la cosa, dista que á la miagiquia allegó mi muier á los bancales, diciéndome que un guindilla me estaba asperando en la easa y que me subiera al contaio.

—¡Caballeros! ¡Como vienen las cosas, sin saber como ni como nó! — interrumpió el tío Pelusilla sentenciosamente.

—Pero lo güeno jué — prosiguió el Desternillao — cuando allego que allegué á mi casa y el hombre, leyendo un papel que traiba, me dijo de sopetón: ¿Es osté don Juan Botia? Así mesmo, con su don mu bien puesto y tó. — Sí, señor, pa lo que osté guste mandar. Y entonces me dijo: — Pos aquí tiene osté esta papeleta que he venio á traersela á cosiquia hecha. — ¿Y se pué saber pa qué es esto? — le pregunté. — Pa que mañana sin falta se presente osté en la Udencia, que lo han nombrao. . no ma cuerdo pa lo que dijo; perc segun se desplicó el hombre, creo que este empleo es un puntiquio mas que el mesmo jues en presona.

—¿Qué le paece á osté, tío Frasquito? — dijo Bartolo Gachasmigas. — No hay que darle güeltas á la ceña, caballeros; cuando los hombres

dicen aquí estoy yo, en un regüelo lo hacen á uno presonaje

—Tienes razón, Gachasmigas—contestó el tío Pelusilla. — Pero ¿á que ni á mí ni á tí los dá nai-de ningun empleiquio de esos, por malo que sea?

— Hay verás tú - dijo el Desternillao.— Como que to es custión de la política y yo...

— Oye, Juaniorriquio ¿y tendrá eso muncha paga?

— Yo no lo sé fijamente — respuso el empleado— pero, por lo que ha dicho el aguacil, es un duro diario tos los dias. Y segun dice, no hay que trebajar cuasi na: con estar un ratiquio en la Udencia, mu bien sentao en un sillón, y luego al remate, decir uno que sí ó que no, pa que salgan libres y sin costas, pare osté de contar.

— ¿Estás viendo, Bartolo, que suerte la de este hombre?— repitió el tío Pelusilla.

— ¡Toma! — contestó Gachasmigas— Pos si me paece que lo estoy viendo ya con una farruca mu larga y un sombrero de tres pisos, paseándose mu tranquilo con el Gobernaor...!

— Y bien que lo puedes asegurar — dijo Pelusilla — Poca vida nos ha de dar Dios pa que no lo veamos tuiquios.

— Ahora, por lo pronto, no me paece bien irme del partio, ande uno se ha criaio dista zaga-liquio — continuó diciendo Juaniorro, con marcada afectación. — Lo que tengo determinao es que ella me merque un güen sayo con los primeros

dineros que rejunte y más adelante, cuando veamos como van cayendo las pesas, en lugar de echar una tartaniquia pa ir y venir tós los días, buscaré una casa en los alreores del Almudí y juera de aperreos. ¿No sus paece que es lo mejor?

El viento se remolineaba en la placeta cada vez con más furia, dificultando la estancia de los huertanos en aquellos lugares, hasta que una racha descomunal les arrebató los sombreros, que rodaban en competencia por el camino abajo, como una carrera de automóviles. Este inesperado contratiempo puso fin al agradable diálogo, obligándolos á poner pies en polvorosa para recuperar los sombreros. Gachasmigas tuvo la desgracia de que el suyo cayera en un azarbe lleno de aguas muertas, dando lugar á que los otros dos, eelebraran el percance de lo lindo.

Ya no tenían nuestros hombres porqué volver á la placeta de la iglesia y se dejaron llevar por la corriente de las muchas familias que se dirigian al cementerio, en donde entraron poco después, con toda la formalidad y veneración que el caso requiere.

La concurrencia que habia en el camposanto puede calificarse de extraordinaria, puesto que se encontraban reunidos allí la mayor parte de los vecinos del caserío. Unos permanecían sentados al pié de las sepulturas, cuidando piadosamente de los farolillos que chisporroteaban semiocultos entre la hierba y otros encendian una y

otra vez los modestos cabos de cera que sostenían clavados en el suelo al lado de las tumbas. En los lienzos de las paredes se veían algunos paños negros adornados con las mismas cintas y con las mismas iniciales de cartón que llevó el ataúd del difunto, cuyas hermosas prendas estaban comentando, con lágrimas en los ojos, las familias y los allegados.

Salvo las pocas viejas que se acurrucaban en los rincones para librarse de la ventolina, el resto de la gente iba de un lado para otro, siguiendo á la cuadrilla de cantores de la feligresía, que por el humilde estipendio de cinco céntimos, entonaba una salve de difuntos, alrededor de cada sepultura.

Pelusilla, Gachasmigas y el Desternillao, fueron visitando las de los suyos, teniendo este último necesidad de pararse á cada instante por las enhorabuenas que recibía; después acompañaron á los cantores un buen espacio de tiempo y por último, como las impresiones de la muerte producen en el ánimo de muchas personas efectos contrarios de los que debe producir, escitándolas á los placeres y goces de la vida, resolvieron emplear el resto de la tarde en algo, que más bien que con las penas del purgatorio, se relacionara con las exigencias del estómago.

Gachasmigas hizo á sus compañeros algunas proposiciones de punchas ó meriendas más ó menos económicas y tabernarias, que fueron im-

pugnadas por el tío Pelusilla, hasta que viendo el Desternillao que perdían el tiempo, sin caer en la cuenta del empleo, se paró de pronto, conforme iba caminando por el carril adelante y se desmbozó la manta para hablar con más libertad y expedición.

—Lo que me parece á mi es que ya se ha platicao demás en este negocio. ¿No estará bien que ahora mesmo nos vayamos pa mi casa, ande tengo unas panochiquias mu güenas, pa remojar bien lo del emplec?

—Mira, lo que te digo yo Juaniorro—se apresuró á contestar Bartolo Gachasmigas muy alborozado—que en toa tu vida has encarruchao tan derechiquio como ahora.

—Dices bien, Gachasmiga—continuó el tío Frasquito—El tiempo no está pa otra cosa que pa meterse en una cocina, con güena lumbreciquia y lo que se quiera traer.

—Pos lo dicho dicho—insinuó el Desternillao, mientras se embozaba de nuevo—y cuanto antes es tarde, que no se puede resistir esta ventolera tan pesá.

Y diciendo y haciendo, tomaron los tres por una senda abierta entre dos rastrojos de panizo, el uno detrás del otro, cuidando de llevar los sombreros bien encasquetados y sujetos por el ala, para que las carreras de automóviles no se reprodujesen.

III

La vivienda de Juaniorro es una de las más grandes y espaciosas del caserío. En la fachada principal hay un balconcillo de madera, con horcos de panochas y rastras de pimientos de apure, colgados en el pasamano. Muy cerca de la placeta, entre los habares recién nacidos, se alza un hermoso limonero de Berna, al que, algunos años, le quita el Desternillao muy buenos cuartos, amén del abastecimiento de la familia, completando la pintoresca decoración, varios árboles frutales, ya casi desnudos de hoja, que se agrupan en los alrededores de la casa.

En el interior de la vivienda y muy cerca del portal de la calle, para librarse del viento, se encontraba la esposa de Juaniorro jugando alegremente á la peregila, con otras vecinas del caserío, alrededor de una mesita de pino, que no levantaba más de tres palmos, y en la penumbra de la habitación, á cierta distancia de las jugadoras, galanteaba, al lado de su novio, la hija mayor del Desternillao.

Rosalía se llamaba la muchacha y puede asegurarse que le cogía el nombre por entero, porque era bella y encantadora como las propias rosas. Vestía falda de lana azul sin adornos de ninguna clase; chaqueta de cretona amarilla, con mangas de pernil ó de farol, que en esto no andamos muy seguros, y pañuelo de pelo de cabra

de color verde aceite, con lo que iba tan elegante y tan vistosa. Sin embargo; lo que más le adornaba y favorecía era un manojo de pensamientos delicados que llevaba graciosamente entre las negras y lustrosas madejas de sus cabellos.

El novio se llamaba Frasquito Marin como su padre; pero nadie le conocía en el caserío más que por el apodo de Pelusilla el chico, por ser hijo de aquel otro Pelusilla que ya hemos visto con Gachasmigas y el Desternillao.

En cuanto al modo de vestir de Frasquito, es el único mozo del partido que pasea, los domingos y días de fiesta, su buen traje de elasticotin, con americana larga; sus botas de becerro amarilló, adquiridas en las tiendas de los valencianos; su pañuelo de seda en el cuello y su cadena de reloj, de plata de ley, que pesa lo menos una cuarta.

La mujer de Juaniorro habia hecho parejas de reyes y treinta y una, y todas celebraban la jugada, con gran estrépito de risas y comentarios, de modo que no se entendian unas con otras, cuando el Desternillao, Gachasmigas y Pelusilla se presentaron en la casa. Entonces suspendieron las mujeres el juego, para recibir á los visitantes con todo el aquél de la cortesía, siquiera fuese porque figuraba entre los recién llegados una persona tan merecedora de consideraciones como el tío Pelusilla.

El carmín de Rosalía subió de punto con la presencia de su futuro suegro, á quien no se

atrevió á saludar de puro vergüenza, y el novio agachóse el ala del sombrero, como si tampoco quisiera ser visto por su padre, ocultando en el respaldo de la silla el cigarro puro que ardía y humeaba entre sus dedos.

Cumplidas por una y otra parte las fórmulas de la etiqueta huertana, en las que salieron á relucir muchas enhorabuenas para la mujer del Desternillao, por las noticias del empleo; después de las graciosas chanzas que gastó Gachasmigas sobre el porvenir de los novios y que estos resistieron con cierta sofocación y aturdimiento, Juaniorro y sus dos amigos entraron en la cocina de la casa, con propósito de encender ellos mismos la lumbre, y así lo hubieran hecho de no apercibirse Mariquita y poner manos á la obra, entrando de cerral dos ó tres gavilas de leña de morera, que luego acomodó en el fogón, donde, cinco minutos después, revasaba la campana de la chimenea una llamarada crepitante.

El Desternillao subió á la cámara de su vivienda, donde guardaba el panizo de la cosecha y bajó hasta medio capazo de mazorcas, ya desperfolladas y secas, de las mejores que habia en el montón. Las mujeres se encargaron de desgranarlas, una á una, y terminada esta diligencia, el mismo Juaniorro se hizo cargo de la sarten más grande de la casa y vaciando en ella una buena medida de panizo, la cegó por el mango con sus manazas de gigante, imprimiéndole, sobre

las llamas, un movimiento circulatorio, como si fuese un remolino.

La mujer del Desternillao firmó la operación que estaba haciendo su marido, con un buen chorro de aceite de la alcuza y un espolvoreo de sal, para que los tostones resultaran con todo lo suyo; Cachasmigas se encargó, como siempre, de una calabaza muy grande para traer el vino del ventorrillo más próximo; el tío Pelusilla se quedó sentado en un rincón de la cocina, alimentando la lumbre con ramitas secas de morera y su hijo acabó por despedirse de la novia, por no estorbar lo más mínimo en la reunión y broma donde se encontraba su padre.

Después de una sartenada de tostones se hizo otra mayor, siendo de ver, ó mejor dicho, de olfatear y saborear, el olorcillo apetitoso que transcendía hasta la calle.

Por último; se vaciaron en la caldeada sartén dos ó tres puñados de panizo moruno; Juaniorro, que sudaba la gota gorda á fuerza de estar mucho tiempo abocado sobre la lumbre, le dió las vueltas suficientes para que se recalentaran los diminutos y apretados granos, y cuando estuvieron á punto de saltar, se colocó un hacho encendido en medio de la habitación, sobre el cual puso el Desternillao la sartén y, momentos después, quedó el suelo alfombrado de blanquisimas flores, con gran alegría y divertimento de todos.

En una mesita pequeña, puesta en medio de la cocina, colocó la mujer del Desternillao la fuente de los tostones y dos vasos de cristal, como de medio cuartillo; la gente hizo corro, unos sentados y otros de pié, alrededor de la mesa, y Gachasmigas guardaba la calabaza disponiéndose á repartir el vino, hasta que Juaniorro acabó de limpiarse el sudor con las mangas de la blusa que llevaba puesta, y cogiendo un puñado de tostones que aun le quemaban en la mano, dijo, á manera de invitación: «Caballeros, esto es pa comer» y todos imitaron su ejemplo.

El vaso del vino corria de mano en mano con más frecuencia de la que fuera menester, procurando Gachasmigas que se cumpliese al pié de la letra el consejo vulgar que dice: «Reparte Martin y deja para ti» y poco á poco fué en aumento la locuacidad irresistible que produce el alcohol, en los bebedores, hasta que la cocina del Desternillao se convirtió en algo parecido á un gallinero.

Con la puesta del sol calmó la borrasca; pero la noche se echó encima con lluvia tranquila y abundante, que no llevaba camino de cesar en muchas horas, según la opinión autorizada del tío Pelusilla. Entonces se resolvieron los convidados á echar el último trago, y puestos de acuerdo con el Desternillao para acompañarle al día siguiente á la toma de posesión del empleo, se despidieron de la familia, con todo el ceremonial

que requieren los estómagos agradecidos y se lanzaron á la calle, no sin cubrirse los sombreros con el pañuelo del bolsillo para que no se les mojaran. Con la miagica de la broma y con la mucha sed que le produjeron los tostones, bebió tanto Gachasmigas, que á pesar de no saber escribir, iba por el camino, hacia su casa, trazando con las piernas unas eses mayúsculas muy grandes.

IV

A la mañana siguiente muy temprano, la mujer del Desternillao tenia abierta de par en par la puerta de su casa, que en lo de madrugar para sus quehaceres domésticos, no hay quien les dispute la primacia á las diligentes labradoras de la huerta de Murcia. Encendiendo la lumbre estaba Mariquita para templar el agua y hacer el salvado á sus gallinas, cuando Pelusilla y Gachasmigas se presentaron en la vivienda, arreglados y dispuestos para el viaje. Poco después salió Juaniorro del cuarto, donde tenian el arca de la ropa y la cama de matrimonio. En vez de la blusa del dia anterior, se habia puesto, por mejor parecer, una chaqueta negra de paño muy corta de talle, porque la conservaba desde la época en que los huertanos la llevaron así y no tan larga como ahora, y en lugar de la gruesa garrota de armés que ya conocemos, manejaba en la mano un vástago muy flexible de membrillero.

El Desternillao saludó cariñosamente á sus amigos y mientras doblaba con sumo cuidado la citación del alguacil, les dijo:

—Cuando sus paezca nos podemos estar yendo.

—Pero, Juaniorro, —preguntó su mujer— ¿Es que no se vais á esperar al almuerzo?

—Déjalo, Mariquita—contestó el Desternillao dirigiéndose para la calle—Almuerza tú cuando te paezca, que nosotros nos arreglaremos por Mur ia.

—¡Claro!—contestó Pelusilla—¡Al cabo que no hay allí recaó por toas partes! Por lo menos saldremos hoy de las gachasmigas.

—Pos no los encargo na;—continuó Mariquita—que no se metais en ningun puesto malo. Y enseguia que arremates, con las mismas, te vienes pa la casa ligeriquio, que sepa yo las resultas del emp eo, y que allegueis en güena hora.

—Eso es lo que sa menester—contestó Gachasmigas—que sea tarde pero acertao. ¿No es verdad Juaniorro?

Los tres amigos tomaron por la senda que conduce al carril, sin atender á otra cosa que á fijar los piés sobre seguro para librarse de resbalones y caidas, hasta que salieron al camino. Entonces le preguntó Juaniorro á Gachasmigas:

—Bartolo, ¿cómo te la gobernastes anoche pa llegar á tu casa de aquella moa?

—¿Como?—contestó el interpelado—Rescuelléndome y dando traspieses por el barro. Lo

malo jue dimpués. ¡Caballeros que remolino! ¡Yo que allego á mi casa y voy y cierro la puerta y ya no me daba el aireciquio de la calle y empren-
cipian á menearse tos los trastos y á dar güeltas como unas devanaeras.....!

—¡Güena se pondria tu mujer al verte mario-
lo!—exclamó el Desternillao.

—Al prencipio no se enteró de ná, porque estaba durmiendo en la cocina; pero...; ¡amigo! me voy al cuarto derechiquio y alli jué lo que hubo que ver.

—Cuéntalo, hombre, cuéntalo—le indicó el tío Frasquito.

—Yo vide encima del arca un tazón con cuatro ú cinco luceciquias, y la cama muy bufá que alle-
gaba cerca de las colañas del techo; pero sin caer en la cuenta de las Animas, y pa mi que to aque-
llo era una figuración.

—Pero ¡hombre! ¡hombre!—replicó el tío Pe-
jusilla—¿No sabes tú que en la noche de Tos los Santos ponen los tablaos de esa conformidá pa que descansen las Animas benditas?

—¡Junema!—contestó Gachasmigas—¿No lo tengo que saber? Pero vaya á que uno esté tras-
cordao, como á osté le habrá sucedido angunas veces.

—Pero, en resumias cuentas—interrumpió Jua-
niorro—tavía no has conta lo que te pasó.

—Pos ná. Que allegué al cuarto y pa subirme á la cama tuve que poner una silla ú dos. Al

prencipio tan tranquilo y tan bien, encima de la sábena y del cobertol, sin taparme ni ná; pero...; ¡caballeros! ensegúa que entorné lcs ojos dice la cama allá voy yo, y se armó una de dar regüeltas como si juera por los aires, y yo venga afianzarme bien afianzao á la cabecera y al corchón, y ella venga como un remolino, dista que me dí un cerpazo en el suelo que me queé tendío como una rana. Entonces se recordó mi mujer zullia de miedo y emprencipió á chillar: «El dulcísimo nombre de Jesús» y á llamarme con toa su juerza y yo haciéndome el zorro sin rechistar una palabriquia y saliéndome sangre de la escalabraura.

En fin; ella me labó la cabeza con un trape mojado y me echó una grapá de pimienta molio, gruñendo ó sin gruñir, y luego me dijo, dice: «Vente á dormir á la coc'na» y yo le dije, digo: «¿Pero es que esta noche se han metio en la casa los demonios del infierno en presona?» y ella me asegundó con muncha pesambre: «Si bebieras solimán, pa que reventaras con él, verias como tos nos queábamos mú tranquilos».

Tanto el Desternillao como Pelusilla celebraron el relato de Gachasmigas y se deshiciéron por darle buenos consejos para que no abusara del vino y Pacorro les daba la razón en todo, acordándose de la escalabradura, la cual no podia echar en olvido aunque quisiera, porque el dolor le mortificaba bastante.

Pero, como del dicho al hecho va mucho trecho, sucedió que llegaron á un ventorrillo, que se vé á la derecha del camino, y el tío Frasquito Pelusilla, que habia sido el primero en aconsejar, lo fué también en dirigirse á la tabernuela y en decirles á sus compañeros:

—Vamos á tomar una perriquia, á ver si me se quita la garraspera que tengo en el galillo.

Después de consumir aquella pócima de los diablos que llamaban ellos lechanís, pagó Pelusilla la cuenta, haciéndose el remolón todo lo que pudo, por si se adelantaba á saldarla el Desternillao, y continuaron el camino de Murcia en amigable conversación.

Aún no habían sonado las nueve cuando llegaron á la puerta del Almudí, como denominan en toda la huerta al antiguo caserón donde se encuentra establecida la Audiencia, por haber sido mercado de cereales en los tiempos pasados y continuar siéndolo todavía, y nuestros hombres tuvieron que esperar más de dos horas, dando vueltas y revueltas por el Plano de San Francisco, entreteniéndose en oír los romances que referían los ciegos en medio de la plaza y los discursos de los charlatanes que pregonaban, al aire libre, sus maravillosos específicos. El Desternillao, sin embargo, no perdió el tiempo inútilmente, porque en aquellas idas y venidas estuvo fijándose en las casas de los alrededores y formando su composición de

lugar, sobre el cambio de residencia que tenía en proyecto.

Llegó por fin la hora deseada. En el estrecho vestibulo del salón, donde se constituye el Tribunal de la Audiencia, se notaba una concurrencia heterogénea de obreros y menestrales de la ciudad, que acuden á las vistas públicas á matar el tiempo; de colonos de la huerta, que van en calidad de testigos ó como deudos y parientes del procesado; de ciudadanos de la clase media y de la clase baja, llamados á ejercer las altas funciones del Jurado, á pesar de que su instrucción resulta deficiente ó negativa; de Letrados y Procuradores en ejercicio y hasta de muchachos del arroyo y golfos de profesión, que rebullen y hormiguan por todas partes.

De vez en cuando salía una voz de la puerta de la escalera y la gente se replegaba á un lado y á otro, con los sombreros en las manos, en testimonio de respeto á los dignos representantes de la Justicia, abriendo paso al señor Presidente de la Audiencia ó á alguno de los señores Magistrados.

Luego atravesó el vestibulo, custodiado por dos guardias civiles, un hombre jóven, que llevaba las manos atadas con una cuerda y la cara llena de cicatrices, insignia y señal de su carácter pendenciero, y seguido de un buen número de huertanos, entre los que aparecían algunas mujeres muy afligidas y llorosas.

Constituido el tribunal de derecho; colocados en sus respectivos pupitres los representantes de la defensa y la acusación privada; puesto el Secretario en su mesa, enfrente del tribunal, y el procesado en el infamante banquillo, desde la puerta del vetusto salón comenzó el alguacil á vocear los nombres de los señores jurados, que iban entrando uno á uno y ocupando sus escaños á derecha é izquierda de la presidencia. En estos momentos supremos, el corazón de Juaniorro latía violentamente y Pelusilla y Gachasmigas estaban tan atentos á lo que allí pasaba, que procuraban contener la respiración.

Después de citar varios nombres consecutivos, gritó el ugier con su acostumbrado sonsonete:

— Don Juan Botia Cerezo.

Silencio sepulcral en el vestíbulo.

— Don Juan Botia Cerezo — volvió á repetir el alguacil.

— Anda, muchicho, que es á ti, Juaniorro — dijo entonces el tio Frasquito Pelusilla, empujando á su camarada.

— ¡Ah! Si que es verdá — contestó el Dester-nillao, saliendo de su apoteosis — ¡Presente!

Y se dirigió al salón, tan confuso y atolondrado, que tuvo que recordarle el alguacil que se quitara el sombrero. Pelusilla y Gachasmigas hicieron intento de seguirle; pero el ugier

les indicó que entrasen por donde entraba el público, dándoles con la puerta en las narices.

Subió Juaniorro al estrado y, cuando iba tan campante á tomar asiento en uno de los escaños vacíos, se fijó en él el Presidente y algo revelador de analfabetismo é ignorancia debió notar en su semblante, cuando le preguntó á boca de jarro:

—¿Sabe usted leer y escribir?

Aquí fué donde el Desternillao se atribuló y se vió negro para contestar. En el salón no se escuchaba ni el vuelo de una mosca y el pobre Juaniorro era el blanco de todas las miradas. Por fin se rehizo un tanto y respondió con el mayor azaramiento:

—Como saber escribir no señor; pero ahí juera está el tío Frasquito Pelusilla, que ha venio conmigo y firmará por mí ande se ofresca.

Dicho esto, salió de la tribuna del público una carcajada general, y Pelusilla y Gachasmigas se pusieron muy incomodados y rabiosos.

El Presidente llamó al orden con la campanilla y dirigiéndose á Juaniorro que permanecía de pié, porque la tierra no habia querido tragárselo como él deseaba, le dijo terminantemente:

—Puesto que el señor jurado no sabe leer ni escribir, puede retirarse ahora mismo.

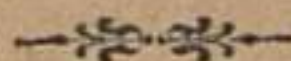
Y el Desternillao salió tambaleándose y tropezando en mesas y tarimas. Gachasmigas y Pelusilla hicieron lo propio, y los tres se reunie-

ron de nuevo en el vestibulo de la Audiencia, de donde se marcharon para el caserío de X, refunfuñando y maldiciendo, como alma que lleva el diablo.





Amor huertano



A las bellísimas señoritas y distingui-
das jóvenes, que forman el Congresillo
del Casino, donde se cultivan los santos
principios de la Caridad, por medio del
Arte.

I

Era un domingo de Marzo. A la hora del medio día calmó el viento frío que estuvo soplando durante la mañana, y los habitantes de la ciudad encontráronse de improviso con una tarde serena y deliciosa.

Aun no se habia inaugurado el Parque de Ruiz Hidalgo, donde ahora se reconcentra la gente en los dias de fiesta, y nuestro clásico Malecón se vió, desde las primeras horas de la tarde, extraordinariamente concurrido.

Allí acudieron á solazarse todos los alumnos de los Colegios de Murcia, luciendo sus gorritas galoneadas y alborotando sin cesar y por allí

discurrían también, de arriba para abajo, las jóvenes más hermosas y elegantes de la ciudad, formando como un rosario interminable de bellezas. Los hombres más graves y distinguidos de la aristocracia y la política, marchaban reposadamente, en columna de honor, arreglando el país á su gusto, y las gentes de la clase baja, los humildes y pacíficos moradores de las Ericas de Belchí y demás barrios extremos de la ciudad, rebullían entre el señorío, ya que todos somos iguales ante la magestad del astro rey, cuyos templados rayos prodigaba sin privilegios ni distinciones de ninguna clase.

Los poyos de sillería que corren á uno y otro lado del paseo veíanse también guarnecidos por la muchedumbre que descansaba, completando el pintoresco y delicioso cuadro, por una parte, las fértiles orillas del Segura y por otra, los amenos y frondosos jardines del Malecón, que empezaban á florecer con los asomos de la primavera.

Pero la verdadera nota de color, la nota saliente de vida y alegría la daban aquella tarde al paseo las criadas de servicio, discurriendo en grupos numerosos á lo largo del Malecón, con sus vestidos graciosísimos y pintorescos de huertanas rectificadas y sus grandes manojos de rosas en la cabeza. A cada tanda ó cuadrilla de domésticas correspondía una corte de mozos labradores, que las acompañaban, con esa plácida

ilusión de los enamorados, que no logran de quince á quince días, más que una sola tarde para refocilarse con sus novias.

Los jóvenes pretendientes se reconcentraron, concluido de comer, en el paseo de la Glorieta, donde todos los domingos tienen su punto de reunión, y acelerando las muchachas sus quehaceres domésticos más de lo prudencial, á costa de los vasos y los platos que se quiebran en los fregadores de la cocina, fueron acudiendo á la cita, como las abejas á la miel.

Luego que mediaron entre ellos y ellas los saludos y chicoleos de rúbrica y cuando iban á trazar el itinerario de la tarde, hubo un mozo que se dirigió á sus compañeros, diciéndoles:

—Pero... ¡re junema! ¿me vais á dejar que hable yo? Ande tenemos que ir, es á convidar á nuestras novias á lechubas, á parte ajuera de la Sartén, que son como el agua de tiernas.

—No has pensao mal Jeromiquio—contestó muy entusiasmado otro de los presentes—Nos iremos tos juntos por el Malecón alante, con el soleciquio de cara, y verás lo que nos divertimos.

Y dirigiéndose á los demás, añadió:

—¿No sus parece que hagamos sin arrodeas nengunas lo que ha dicho Jeromiquio?

Los huertanos aceptaron la proposición por unanimidad y fueron replegándose hacia la puer-

ta de la Glorieta, que desemboca en la explanada del Puente. Minutos después, algunas criadas de servicio salían cogidas del brazo, formando una cadena, y las otras marchaban á continuación, con sus respectivos pretendientes al lado, dejándose regalar los oídos con la mezcla de barbaridades y lindezas que estos les dirigían.

Jeromo abría la marcha, acompañando á su novia, más airoso que un lechuguino, con la blusa de guínga azul desabotonada de arriba abajo, para que luciesen bien, el pañuelo de seda que traía puesto en el cuello y la cadena de reloj que brillaba en su chaleco de pana; con su cayado de armés enganchado en el hombro y su tabuquillo fuerte del estanco en los labios, con lo que resultaba, á su juicio, el mozo más jaquetón que se pasea por la huerta de Murcia.

Sin embargo; eran tantas y tan extraordinarias las bellezas de la doméstica á quien galanteaba, que todas las arrogancias y gallardías del mancebo se eclipsaban ante su hermosura. La novia de Jeromo, en efecto, no llevaba en la ciudad más que unos cuantos meses de residencia y ya tenía fama de ser la muchacha más preciosa de la huerta, donde las mujeres y las flores rivalizan, sin vencerse jamás, en todo género de admirables encantos.

Aquella tarde iba la linda Patricia, que así se llamaba la prometida de Jeromo, tan encantadora y elegante, con su gracioso vestido de merino

y su niveo delantal de batista, guarnecido de anchas y rizadas puntillas; con su hermoso rostro de color trigueño, aterciopelado, un tanto esclarecido y transparente, y sobre todo, con sus grandes ojos negros, rasgados y subyugadores, que las gentes del Malecón se detenían para verla, como si se tratara de una imagen.

El paso triunfal de Patricia, á través de la muchedumbre, lejos de satisfacer á Jeromo, le produjo cierta zozobra é inquietud, que no dejaron de acosarlo. La imaginación del mozo vino también á echar leña al fuego, con mil visajes y quimeras inverosímiles, que le robaron la tranquilidad y el buen humor, hasta que, notándolo Patricia, le dirigió la palabra en lenguaje huertano, aunque en sus conversaciones con las gentes de la ciudad se expresara más correctamente:

—Pero... ¿quieres ascucharme, Jeromo? De mi ya sabes que no tienes que taparte de ná. ¿Se pué saber lo que te ha pasao, pa que vayas tan cabiloso?

—¿Cabiloso? Eso será una figuración tuya, porque lo que es á mi, no me ha sucedido denguna cosa.

—Si, si. Haste el desimulao; ¡como si yo juera alguna tontucia! Lo que es que no me lo quieres contar; pero si tuviera yo la gloria tan cierta como que vas pensando en algo malo...

—Pos mira, Patricia, ya que me estás arrepretando, te voy á decir el hecho de la verdad.

—¿Estás viendo como no me he equivocado? ¡La que me se escape á mí que venga otra y la recoja!

—En eso te doy la razón; pero no vayas á pensarte que me ha sucedido alguna cosa ú algo. A la contra; que estoy mu sastifecho de lo guapísima que vienes esta tarde.

—¡Güeno, güeno! Abora déjate de asnerías y cuéntamelo tuiquío, que yo lo sepa.

Jeromo volvió la cabeza antes de contestar y como viese que las compañeras de Patricia estaban muy próximas, respondió:

—¿Sabes porqué no te lo digo ahora? Porque vienen esas encimiquia y no hace falta que se enteren de ná. Luego, cuando golvamos pa Murcia y nos queemos dezaga, platicaremos á nuestro despacio y con que tú cumplas lo que yo tengo determinao, se arrematan las cabilaciones.

Un avellanero ambulante interrumpió la conversación, ofreciendo á los novios su apetitosa mercancía, á la que las gentes de la huerta son muy aficionadas.

—Echele osté á esta corderiquia, en el pañuelo de la mano, un perro gordo de avelanas y otro de michirones torraos—díjole Jeromo al vendedor.—Y si apetece tuiquío lo que lleva osté en los capazos, aquí estoy yo pa la cuenta, güen amigo.

Los otros mozos, que venían á la espalda, por no ser menos que Jeromo, convidaron también

á sus novias, y una vez llenos los bolsillos de los delantales, se puso en marcha la comitiva, *rustiando* cascaruja gozosamente, mientras el avellanero continuaba su tarea, por el Malecón abajo, gritando sin cesar: «¡¡¡Calenticas, calientes!!!»

II

Entre las tapias de la calle de la Muralla y los cimientos de piedra de la Sartén del Malecon, existe una pequeña rinconada, que no tendrá más de cuatro tahullas de tierra moreral, con su casita de labranza, orientada al Mediodía y provista de un frondoso emparrado, que algunos postes de obra rústica sostienen á la altura de la techumbre.

Gran calculador y economista agrario debe ser el colono que lleva estas tierras en cultivo, porque ningún año deja sus plantaciones de lechugas largas, que luego, en las tardes de cuaresma, vá despachando entre sus numerosos parroquianos.

Como no se dá el caso de una explotación, por insignificante que sea, que no tenga sus competidores y en los cuatro extremos de la ciudad se plantan y se venden lechugas, el tío Paco el lechuguero, que así debe llamarse nuestro hortelano de allende la Muralla, sostiene á fuerza de exquisitos cuidados y abundantes abonos, de la mejor calidad posible, la fama y nombradía de sus lechugas, que en lo de jugosas y tiernas no

hay quien le aventaje en todos los alrededores de Murcia.

La tarde á que nos referimos, conjeturando el tío Paco que habia de ser de venta extraordinaria, por tratarse de un dia festivo, de templanza primaveral, tan pronto como acabó de comer despojóse de la blusa que llevaba puesta, para estar más desembarazado; cogió un capacillo de esparto, en el que puso un hocete de los que se emplean para los injertos y fué á situarse muy temprano en la misma orilla del bancale, junto á la senda que baja del Malecón.

Cuando Patricia y Jeromo revasaron la puerta de la Sartén, seguidos del resto de la comitiva, ya se veian como un hormiguero las cuestecillas y bajadas escalonadas que se hacen á la derecha del paseo, por donde unos subian deshojando las acogolladas lechugas hasta descubrir las hojas verdiblancas del interior y otros bajaban mirando los frondosos tablares y eligiendo en su pensamiento las que parecian más desarrolladas y pomposas.

Fijóse Jerómo en unas muy robustas que sobresalían en lo alto de un caballón, á las que el tío Paco habia puesto unos cabos de esparto para que se mantuviesen más recogidas, y sin pérdida de momento, por si otro parroquiano del mismo gusto se le adelantaba, se dirigió al tío Paco, diciéndole:

—Cójale osté cuanto antes á esta güena mo-

za, aquellas dos lechubas que se ven engavillás con cordeta.

—¿Dices aquellas de arriba?—contestó el hortelano sin apartar la atención de los céntimos que los muchachos iban entregándole—¡Güeno! Se las arreglaré ensegüía; pero no vayas á pensarte que esas valen á perra pequeña como las de al lao. Si las quieres, me ties que dar un perro gordo por cá una.

—Anque me costaran un doblon. Osté no tiene que hacer más que cortarlas ensegüía y ponérselas en la mano. ¿Es que la nenica no se merece lo mejor que haya en el bancal?

—¡Hombre! Hablemos por deos; en eso no te hago la contra; pero... ¡como uno viene escamao de azaga...! Na menos que el otro domingo, cuando emprencipié el tablar de esa orilla, allegó un mociquio mu rumbón, que no diré quien ni quien no, con una cuadrilla de muchachas y el hombre mandó una ocena de las mejores, que tuve que ir esfloreado tó el bancal, y luego cuando le dije que valían doce perros gordos, se queó más amarillo que la cera y el probe me llamó aparte pa decirme mu aturullao que era un compromiso, que pa él que las lechubas valian menos y que no llevaba dineros bastantes. Mira si yo lo veria sofocao y aturdío, que encima le dije que si nesecitaba algunos cuartos que no se apurara por eso, como seria capaz de hacerlo con-

tigo mismo, pongo por caso, ó con otra presona cualsiquiera, aunque no la conozca ni ná.

En este dlscurso no se estuvo parado el tio Paco, sino que, diciendo y haciendo, iba y venia de la senda al bancal y del bancal á la senda, despachando primero á Patricia y después á cada una de sus compañeras. Terminada la compra, cada uno de los mozos fué abonando su importe y cuando le llegó la vez á Jeromo, sacó los cuatro duros en cuatro piezas que llevaba en el bolsillo del chaleco, procurando que le sonaran en la mano, y dirigiéndose al tio Paco le dijo vanidosamente:

—Escoja osté el que le paezca mejor pa cambiarlo, que yo no vengo tan desnudo como ese probetiquio que ha mentao.

Las mozas de servicio celebraron las palabras del huertano y dirigieron á Patricia algunas indirectas sobre el porvenir de labradora ricachona que le esperaba; el lechuguero le devolvió á Jeromo la calderilla sobrante, tomándola del capacillo de esparto que le servia de caja de candelas, y poco después, todo el grupo entraba de regreso por la puerta de la Sartén, con sendas lechugas en las manos, que fueron engulléndose hoja tras hoja, á lo largo del Malecón, lleno todavía de paseantes, sin dar tregua á los estrepitosos relinchos y carcajadas que menudeaban entre ellos.

So pretexto de ir comiéndose una misma

lechuga entre los dos, Jeromo y Patricia fueron entreteniéndose y retrasando el paso, hasta quedar á bastante distancia de sus compañeros. Entonces inició ella la anhelada conversación, dirigiéndose á Jeromo con mucho interés y curiosidad:

—Anda, Jeromiquio, ya puedes contarme to eso. Ahora no dirás que va á sentir naide una palabriquia tan siquíera.

—Eso es lo que yo queria decirte cuando te he tirao de las senaguas pa que nos vayamas queando de zaga. Asin es que ya podemos platicar sin reparo denguno. ¿Te acuerdas de la petera que me se metió en la cabeza el año pasao, pa que te pusieras á servir?

—¡Vaya si me acuerdo! Como que no queria yo venirme ni á tiros, por no dejar sola á mi máire, y bien sabe Dios que si lo hice no fué más que por darte busto.

—Pos mis entinciones en aquell'a echa no podían ser más güenas de lo que eran. El alma me se caía á los pies al verte tan aperreá por la güerta, plantando pimientos á jornal, cogiendo hoja de las moreras y cebando busanos en las casas, mal comía y mal mirá, que daba compasión de verte. Si te digo que angunas veces me se ponía la cara colorá..!

—¡Hombre! Tanto como eso no. Si yo trebajaba de esa moa era pa mantener á mi máire, y á muncha honra.

—En eso estamos á parte ajuera. Pero demasiao sabes tú lo que son las presonas, que en oliendo que güelan que cualquiera está con falta, aunque uno sea más güeno que el pan, es lo bastante pa que le den de lao ande se presente.

—Es verdá, Jeromiquio, que sin ir más lenjos, á mi mesma me está pasando. Abora cuando voy al partio con estas vestimentas que paezco justiquamente una señorita, toas las vecinas de mi casa se desviven por ir á verme cuanto antes...

¡Claro esta! ¿No te lo estoy diciendo yo? Ande se presenta uno bien majo, por mas que sea hombre ó mujer de mal vivir, tuiquio el mundo le hace rancho ensegua. Pero vamos al negocio prencipal y con la verdad por delante. O semos ó no semos ¡junema!

—Casualmente, eso mesmo era lo que pensaba decirte, que nos dejemos de arrodeas y vayamos al grano como aquel que dice.

—Pos mira lo que yo te digo, Patricia: que estoy mas arrepentío que de mis pecaos, de que te pusieras á servir en Murcia.

—¿Te burlas, Jeromiquio? ¿Que alimalejo te ha picao esta semana?

—Denguno, gracias á Dios. Na más que así como entonces me se puso en la cabeza que te vinieras, abora me se ha encasquetao lo contrario y ca uno se aabe sus cuentas.

—Lo que es yo, por mi parte, no te compriendo ni chispa. ¿No juistes tú el que me estuvo

golviendo loca un dia y otro dia pa que me pusiera á servir?

—Si que es verdá; pero como uno no es dengún rio, me he güelto atrás esta tarde mesmo.

—¿Pero que demontres ha pasao, pa que se remueva tuiquio esto?

—Mira; una vez puesto, vamos á eehar el agua de una. La cosa es mu cencilla. Primeramente, que ya estoy harto de no poder hablar contigo más que de quince en quince dias un ratiquio si acaso y pa eso me cuesta más de veinte achicharramientos de sangre con tu ama.

¡Vamos,..! ¡No lo puedo remediar, Patricia; pero ca ves que ma cuerdo de la pasá que me jugó 'a señorita cuando la fiesta de la Virgen, no premitiendo que te vinieras á pasar el día con tu maire y tanto como se lo rogué...! Si te digo que dista entonces no puedo tragarla, me queo corto.

Y á última hora, eso lo pasaría yo por alto y llévete el demonio; pero hay aqui otra cosa por medio que ya te la maliciarás tú, y por eso no paso aunque me espiacen.

—¡Bamos, ya paeció aquello! ¿Es que te piensas tú que la inderecta que me tirastes los otros días ha caido en saco roto? Pos bastante que lloré aquella noche á mis solas. Eso de tener celos de mí es una mala figuración, ni más ni menos.

—¿Figuración? ¿Sabes lo que te digo yo ahora que ha llegao el caso? que si no te quisiera dista el güeso, maldita la pena que me tomaría por tí.

Uno podrá haber nacido en los tórmos y tuiquío lo que se quiera, pero á míno me se escapa ná.

¿Es que puedo yo vivir en el mundo, tranquilo y descudiao, cuando de dos ó tres meses á esta parte. dista que te se cayó el soleciquio de la cara y te se ha güelto la cintura tan amanosiquia y tan delgá y luego esos vestíos tan majos, te has puesto que da gloria verte?

Demasiao sabemos aqui, aunque tú te empeñes en negarlo, que te van roncelando muchos señoritos de Murcia y cuando sales á la calle vengán piropos á más y mejor, á pique de que el menor día me pille de malas y esuelle al primero que se presente. Asin es que pa devitar compromisos, mañana mesmo bien trempano que venga tu maire. á por ti y pleito rematao.

—¿Pero no comprendes tú, que eso de salirme de ca mi ama sin motivo denguno, va á ser una mala partia?

—Mira, Patricia, no vayas á emprencipiar á quemarme la sangre con esas arrodeas ¿Estás en seguir queriéndome como antes? Pos tuiquío lo que gastes en hacerme la contra es tiempo perdido. Tú te güelves á tu casa más que á la carrera porque lo digo yo, y mira de no tentarme la paciencia. ¿Lo oyes?

Y Jeromo reforzó su brusco mandato con una de esas palabrotas horribles que la vellaquería y la sinrazón ponen con harta frecuencia en labios de los hombres ineducados, para dar

más eficacia y validez á sus argumentaciones.

Con esto sintiose Patricia muy herida en sus sencillos y nobles sentimientos y estuvo si se resolvía ó nó á protestar de aquel lenguaje despótico y grosero que tanto la repugnaba; pero un asomo de prudencia mal entendida, ó tal vez la falta de valor y energia para reprenderle y censurarle, hizo que la muchacha contuviese sus primeras intenciones, limitándose á contestarle con mal fingida serenidad:

—Güeno, hombre, güeno. Pa eso no sa menester que tomemos pesambre denguna ni que mientes de esa manera que dá miedo, las cosas más sagrás. Si porfías en que me vaya otra vez al partio, me iré sin rechistar una palabra; pero te advierto que ha de ser con los conques de no trebajar en la tierra tan atosigá como antes.

—Eso ya lo tengo yo engarruchao—contestó pacíficamente Jerómo—Ande vas á ir á trebajar, entranimientras que se cria la tahulla de pimientos pa que nos echen las cruces, va á ser á la frábica de la sea y por las noches te arrecogerás en tu casa y platicaremos un ratiquio.

La novia quedose pensativa con la solución de Jerómo, que ella no había podido sospochar ni remotamente y comprendiendo que le ofrecía las ventajas, de dar gusto á su Jeromiquio, á quien amaba con todo su corazón; de vivir en su propia vivienda, al todo de su idolatrada madre, y de apartarse de los trabajos agoviadores é in-

fructuosos de la huerta, le pareció tan excelente y peregrina, que no tuvo por menos que prestarle su aprobación y asentimiento.

Holgóse también Jerónimo del triunfo conseguido sobre el ánimo de la muchacha, y los negros visajes que le presentaba su imaginación, en forma de señoritos conquistadores, se fueron disipando poco á poco, hasta que la aurora de la felicidad resurgió en su espíritu, inundándolo de tiernas y placenteras alegrías.

Y el mozo siguió compartiendo con su novia las últimas hojas de la lechuga, por en medio del Malecón, y cuando notaba que los jóvenes de la ciudad ponían los ojos en el rostro de Patricia, se sonreía maliciosamente y exclamaba para sus adentros, como hacen los muchachos con las golosinas: «La verás pero no la catarás».

Con la puesta del sol empezó á sentirse la destemplanza de la noche, que se aproximaba; las copas de los cipreses y los penachos de las palmeras, que abundan en las cercanías del Malecón, se agitaban con el viento, que se había levantado de nuevo, y la concurrencia del paseo se disolvió como por encanto, repartiéndose y diseminándose por todas las calles de la ciudad.

No funcionando aquella noche ningún cinematógrafo, nuestros huertanos siguieron el ejemplo de la muchedumbre, y mientras las criadas de servicio volvían á sus respectivos hogares, los mozos de la huerta tomaron por el Barrio del Car-

men, para llegar antes que abanzara la noche, á sus retiradas viviendas del partido de San Benito.

III

Ha sido la Naturaleza tan pródiga con el suelo murciano, que no incurrimos en apasionamientos ni exageraciones al afirmar que el valle del Segura es de lo más encantador y delicioso que existe en los ámbitos de la península. El magnífico panorama de la huerta, que inspiró las sublimes estrofas »De Murcia al cielo», se ofrece á la contemplación de los espíritus delicados, como un paraíso de bellezas indescriptibles.

Pero, he aquí que las rosas, por frescas y lindas que sean, están erizadas de espinas; he aquí que, al abrigo de esas inmensas arboledas de naranjos, moreras, y frutales que se extienden por la llanura, descúbrense las rústicas viviendas del labriego, donde tienen su morada y asiento muchas miserias y penalidades de la vida.

Es verdad que las aguas del río y las corrientes cristalinas de las acequias, deslizándose por entre los frondosos cañaverales, murmuran plácidas y sonrientes canciones; es verdad que el dulce y melodioso trinar de los mirlos y los ruiseñores amenizan las deleitosas enramadas; pero no es menos cierto que entre tantos y tan sugestivos raudales de poesía, se escuchan los ayes angustiosos de un pueblo trabajador, que va

dejando sobre los surcos de la tierra toda la sangre que circula por sus venas.

No; no hay que buscar entre los moradores de la huerta de Murcia esa felicidad soñada á que parece que tienen derecho los habitantes de un paraíso lleno de admirables encantos.

Las continuas divisiones y subdivisiones que se hacen de las tahullas de la huerta, á medida que se multiplican las familias arrendatarias, ha hecho que los últimos descendientes de aquellos ricos labradores de antaño, no dispongan en nuestro tiempo ni aún de la hacienda necesaria para cosechar el pan de cada día, viéndose reducidos á la humilde condición de braceros. Si á esto añadimos que las necesidades de la vida moderna se dejan sentir en los pueblos de la vega lo mismo que en las grandes capitales; que las plagas de la agricultura murciana, ya crónicas é irremediables por lo visto, malogran y aniquilan los frutos más remuneradores, y que el fisco apremia y atosiga cada día más, con nuevos y onerosos impuestos, se verá cómo la situación de la huerta, á pesar de su flora maravillosa, no puede ser más deplorable.

Y si al menos contáramos aquí con las industrias agrarias que las condiciones de la vega están reclamando, como medio de favorecer la riqueza y dar ocupación definitiva á tantos braceros sin jornal y á tantas mujeres desocupadas, la honda crisis que vienen atravesando las cosechas,

tendrían su debida compensación con nuevos y valiosos recursos. Pero es el caso, que el establecimiento de talleres y fábricas donde se elaboren nuestras primeras materias no podemos esperararlo de la penuria é ignorancia de los propios colonos, ni surgen por ninguna parte el capital y la inteligencia que han de emprender esta obra de redención agrícola.

Así sucede lastimosamente que, al concluir el otoño, se inicia la emigración en los poblados de la huerta, y todos hemos visto á nuestros pobres jornaleros con sus bultillos á la espalda, subiendo el Puerto de la Cadena con rumbo á las minas de La Unión, en busca del sustento de la familia.

A parte de la pequeña temporada de la freza y de los escasos dias que se invierten en las plantaciones de pimientos, tampoco hay en la huerta de Murcia dónde colocar á muchas hijas de familias humildes que necesitan del trabajo para subvenir á sus necesidades. El único refugio de estas pobrecillas obreras está en el servicio doméstico ó en las fábricas de seda de la ciudad, á donde acuden, en grupos numerosos, desde cinco kilómetros á la redonda y á donde fué tambien á parar la encantadora Patricia, dando á su novio una nueva prueba de complacencia y de cariño.

Todas las madrugadas pues, se incorporaba la fabricanta, en las cruces de los senderos, á sus compañeras de profesión, llevando al brazo una cestilla de mimbre con el almuerzo y la co-

mida del medio día y luego, bien entrada la noche, regresaba á su vivienda del partido, donde Jeromo la galanteaba, hasta el toque de ánimas.

Las relaciones de nuestros huertanos entraron con esto en un hermoso periodo de felicidad. Para Jeromo se concluyeron de una vez los inquietantes celos y preocupaciones que tanto le abatían, desde que su novia se dedicó al servicio doméstico y hasta la faz amenazadora y terrible de aquella implacable señorita, que jamás lo había visto con agrado en los portales de su casa, acabó por desvanecerse y sepultarse en los rincones de su memoria.

En cuanto á Patricia, si bien es cierto que había perdido con el cambio de profesión el regalado trato que tenía en casa de su ama, y sobre todo, las veleidosas, aunque siempre grandes satisfacciones para una muchacha, de verse ataviada con el lujo de ropas y adornos que tanto realzaban su hermosura, en cambio experimentó el grato placer de ver á su novio más atento y amoroso con ella, y tuvo la gran dicha de incorporarse de nuevo al deseado rincón de la huerta, donde había nacido y donde su anciana madre la esperaba con los brazos abiertos.

Así transcurrió el tiempo, y mientras se criaba la tahulla de pimentones que Jeromo tenía en cultivo para principio de casa y la hacendosa Patricia iba adquiriendo, con sus modestas economías, el pequeño ajuar que las costumbres de la

huerta exigen á la novia, nuestros dichosos enamorado no vivian más que para idolatrarse mutuamente y para remontar juntos, hasta lo infinito, el vuelo de sus doradas ilusiones.

Pero ¡ay de los que confían en la felicidad de este mundo! ¡Ay de los que suponen que las dichas terrenas son imperederas, que no tardan mucho tiempo en encontrarse con la triste realidad de los desengaños. La vida es como un sendero desconocido, que alguna vez atraviesa campiñas deliciosas, para perderse muy pronto en negras y dilatadas escabrosidades.

Cuando la existencia de Patricia se deslizaba más risueña y alhagadora; cuando creía que sus dulces ensueños iban á realizarse, compartiendo con el huertano de sus amores la suerte y la ventura del porvenir, un suceso inesperado y terrible vino á cortar de pronto el hilo de su felicidad.

Un día, á la hora de la comida, numerosos grupos de hilanderas de la Fábrica grande, situada en la Puerta de Castilla, discurrían alegres y retozonas por la calle de San Antón, aguardando que sonara la hora del trabajo. Las más rezagadas continuaban sentadas en el suelo, á lo largo de los muros del establecimiento y en los portales de la acera de enfrente, con sus cestillas de mimbres por delante, amenizando con mil ocurrencias y chascarrillos la frugal comida, que nunca suele ascender más que á un pedazo de pan casero, un poco de atún ó bacalao y alguna

Vida Huertana

que otra naranja de postres. Entre las más entrometidas y regocijadas veíase á la novia de Jeromo, la cual no llegaba nunca al último bocado á fuerza de tanto reirse.

Luego comenzó la chimeneade la fábrica á vomitar densas bocanadas de humo; la sirena que se emplea para llamar á las obreras dejóse oír en los aires como un rugido monstruoso y, pocos minutos despues, quedó la calle de San Antón completamente despejada y silenciosa.

Las hilanderas fueron ocupando las dos grandes filas de asientos que se ven en cada taller, á lo largo de las bancadas de peroles humeantes, donde los capillos, sumergidos en agua hirviendo, van soltando su enmarañada hebra, para liarse despues, con las manipulaciones de las operarias, en una serie de aspas giratorias que ruedan al alcance de la mano. La complicada maquinaria empezó á funcionar enseguida, con movimientos acelerados y uniformes; una de las maestras encargadas inició el primer verso de un hermoso canto religioso y más de cincuenta voces unísonas inundaron la espaciosa filatura de bellas armonías, siguiendo el ritmo acompasado de los ejes de acero que rechinaban en sus cojinetes y de lasruedas y engranages que crujían en los extremos de las bancadas.

Por falta de ejercicio, aun no habia adquirido Patricia la categoría de hilandera propiamente dicha. Al ingresar en la fábrica la destinaron á

la clasificación del capillo, que es como si dijéramos el alfabeto de la profesión, y después ascendió al grado de batidora, que ostentaba el día á que venimos refiriéndonos.

Nadie ha podido averiguar el origen de la desgracia que vamos á describir ahora; pero es lo cierto que la infortunada Patricia se entretenía aquella tarde, como las anteriores, en abastecer de capillos ya preparados, á las hilanderas que los iban necesitando. En una de sus vueltas y revueltas por la filatura y quizá en el momento más solemne del canto, que continuaban las obreras, debió colocarse tan cerca de la transmisión que mueve los aparatos, que inopinadamente se sintió cogida por los extremos de su delantal.

Entonces un impulso ciego y momentáneo le hizo alargar el brazo para defender la prenda enganchada; pero con tan mala fortuna que todos los huesos de la mano le recrugaron bajo la terrible opresión de la correa. Un grito de supremo dolor resonó por la filatura, llevando la confusión y el espanto al ánimo de las obreras y la desgraciada Patricia cayó al suelo con un desvanecimiento profundo.

La marcha del obrador quedó interrumpida en el acto no siendo suficiente la autoridad de maestras y celadoras para contener el desorden que produjeron las operarias, abandonando sus puestos y dirigiéndose, llenas de terror, al punto donde Patricia había caído.

Momentos después se presentó el señor Director con algunos empleados; se dispuso y se llevó á cabo la primera cura, con el mayor esmero posible, por haber resultado Patricia con la mano derecha completamente destrozada, y, sin esperar á que recobrase el conocimiento, fué conducida al hospital de San Juan de Dios, en el primer carruaje que pasó por el camino de Espinardo.

IV

Saliendo de la ciudad de Murcia por la carretera de Cartagena, antes de llegar á la Innovadora, se abre, á mano izquierda, entre dos huertos de naranjos, un estrecho sendero por el que difícilmente puede transitar una caballería de labor, á causa de los muchos recortes y lamidos que los labradores de uno y otro lado vienen haciendo en sus orillas. La antigua y maltrecha servidumbre va describiendo una línea quebrada de infinitos ángulos y rodeos, á través de las estensas plantaciones de moreras y frutales, de trigos y hortalizas, que se dilatan por aquellos sitios, hasta que los quijeros de una acequia, con sus bancos de arena y sus frondosos cañaverales, vienen á interceptarle el paso. Entonces se dirige aguas arriba, bordeando los recodos y ondulaciones del cañar; se oculta bajo el ramaje de una larga fila de higueras corpulentas, que viven en la orilla del agua; atraviesa un puentecillo de palos

que no á poca distancia se descubre y continúa serpenteando hacia el Mediodía con dirección á un grupito de viviendas pobres que se destaca á lo lejos, entre otros muchos edificios diseminados.

Habitan en aquel oculto rincón del partido de San Benito, hasta media docena de familias desheredadas, que no disponen en todo el año de más rentas ni beneficios que los pocos jornales que pueden diligenciarse en los trabajos de la agricultura. De este minúsculo vecindario forma parte la pobre viuda de Gaspariquio el Bolero, llamado así entre sus convecinos, no por que profesara el arte de Terpsícore, sino por que en sus buenos tiempos habia sido el mejor tirador de bolos que se paseaba por la huerta. El malogrado Gaspariquio falleció en sus mejores años, á consecuencia de una mala caída desde lo alto de una higuera, dejando en la más triste orfandad á su única é idolatrada hija Patricia, cuando apenas habia salido de la infancia. Sin embargo, el amor acendrado y enérgico de una madre trabajadora y virtuosa, que todavia le quedaba en el mundo, luchó tan valerosamente contra las continuas asechanzas de la miseria, que la inocente huerfanita llegó á ser mujer sin haber echado de menos el pan de cada día.

La madre de Patricia ocupa una de las viviendas más humildes del caserío, por cuya confrontación discurre un brazalillo de riego con las es-

trechas márgenes guarnecidas de siscas y cañotas y en las que viven y florecen además, algunos granados y membrilleros.

A un lado de la puerta de entrada, se levanta el pequeño horno de pan cocer, sobre una vieja cimentación de adobes, con su boca semicircular ennegrecida por el humo y su achatada bóveda rebocada con una mezcla de barro y paja menuda para darle mayor consistencia. Hija fué esta obra de albañilería rudimentaria de la noble previsión y laboriosidad de Gaspariquio, que dejó con ella á su mujer y á su hija una hacienda libre y reproductiva, porque no existiendo por allí más horno que el de la Bolera, á él acudían los amasijos de todos los alrededores, y no pasaba día en el mundo sin que el agradecimiento huertano dejase de entrar por las puertas de la viuda, en forma de tortas calientes.

La mañana en que visitamos la casa de Patricia, dos meses despues del accidente ocurrido en la fábrica de la seda, acababa de consumir el horno una buena gavilla de palos y ramas de escarda; entre dos sillas de morera, puestas en medio de la replaceta, la una enfrente de la otra, se veía una hermosa tabla de panes sin cocer, cubierta con unas maseras de lino más blancas que la nieve, mientras Remedios la Pimentonera, dueña del amasijo y mujer de un traficante en pequeña escala de aquellas inmediaciones, se entretenía en limpiar el suelo del horno con un pe-

queño barredor. En el mismo quijero del brazal, á la sombra de los granados, platicaban animosamente unas cuantas mujeres del caserío, entre las que se distinguía la bella y desventurada Patricia, que acababa de salir del hospital.

Cubría la pobre muchacha su graciosa cabeza con un pañuelo de color obscuro, haciendo resaltar doblemente la palidez de su rostro, en el que las penas y los sufrimientos habían hecho no pocos estragos, y sostenía el muñón de la mano amputada, cubierto aún de algodones y ligaduras, entre los dobleces de un segundo pañuelo que le bajaba de los hombros, á manera de cabestrillo. Las formas de su cuerpo se habían enflaquecido y aplanado considerablemente; el dulce metal de su voz perdió aquella fluidez y sonoridad que tanto le agraciaban, y sus hermosos ojos adquirieron cierta expresión de misticismo y de tristeza que los hacía más interesantes y encantadores.

En el corro de las mujeres se hablaba, pues, de la desgracia de Patricia, y Remedios la Pimentonera, sin abandonar la puerta del horno, tomó parte en la conversación:

—¿Pero es de verdá lo que se zurre por aquí, de que Jeromo no ha sío tan siquiera pa arrimarse por las puertas del hospital?

—En lo tocante á eso, no tiene la gente razón —contestó la muchacha ingénuamente— Dista el mesmo día en que me cortaron la mano se estuvo

pasando las horas muertas en la cabecera de mi cama, como la presona más allegá.

— Si que estuvo yendo á ca instante;—replicó la madre con visible disgusto—pero en seguía que te vido con el brazo manco ya no se remane-
ció por allí y hasta esta bendita hora. ¡Lo que es esa acción la tengo yo aquí bien clavá y no me se quitará la pesambre tan ainas!

—Osté le podrá guardar rencor á Jeromo tui-
quia la vida si le paece - añadió muy sentencio-
samente otra de las interlocutoras, llamada María Salud.—A la fin y á la postre el cariño de una hija está por encima de tuiquio;perono dejará osté de comprender que en el mero hecho de quearse Patricia manca de una mano, sin más arrimos que sus brazos pa trebajar, no es caso de que Jeromo siga las relaciones con ella, y el hombre se ha ido ladeando poco á poco

—Claro está—respondió la muchacha, con expresión de convencimiento.—¡Si se lo vengo diciendo á mi maire sin parar!: «No se caliente osté la cabeza, maire, que el noviaje se arremató el mesmo dia que me pillé la mano en la frábica. ¿A qué viene que una moza á quien le faltan sus remos, se ponga en estao con un probe trebajaor, pa que no le sirva de ná?» Pero mi maire ni por esas.

—Pos lo que es tú si has dao en el clavo ende-
rezando de esa moa —se apresuró á contestar la Pimentonera—Dista que el mundo es mundo han

sio lo mesmo tuiquios los mozos de la huerta. Paece que te quieren meter en el corazon y ca uno de por sí no va mas que á su convenencia. ¿No se acordais de cuando Perucho el de la Olma platicaba con Socorriquio la Beatris? Pos luego se vido que to aquello no era más que por la vállda del par de vacas de su paere, que tan pronto como los alimalíquios se cayeron al gorgo y se ennuclaron. Perucho se golvió bisivilo y dista la hora presente.

—¡Toma! Pa un caso parecio no tenemos necesidad de ir tan lenjos—respondió María Salud— A mi propia me pasó con mi hombre cuando platicabamos de mociquios, que mi paire se habia hecho de un par de burras mu güenas pa ver de ayudarse con el arao y tan pronto como se enteró mi marío, venga á hacer asomás por mi casa y á rondarme á hora y á deshora, dista que le dije que sí; por cierto que me estará pesando toa mi vida. Por lo visto, él se dejó decir en alguna parte que si me hablaba ó no me hablaba era por que se habia enamorado de las burriquias; pero mi paire se enteró del dicho y se la tuvo bien guarda. A los cinco ú seis meses dijo del casamiento y cuando en mi casa le pusieron el reparo de la bebia, contestó el mu trapalón que ni catarla, y arrematemos por casarnos, y á otro dia por la mañana bien trempaniquio arreó mi paire pa Murcia con las burras, sin que se enterara la tierra y las espachó en un boleó, pa los dineros

del ajuar. Cuando se enteró mi marío tocaba el cielo con las manos y aquella noche vino á mi casa mas borracho que la uva y jué la primera paliza que me dió; pero él se hizo la pascua mú bien hecha, que no se vido en el logro de arrearle á las burras ni una sola vez tan siquiera.

—Pos mira lo que te digo yo ahora — objetó la madre de Patricia— que na de tó lo que has habiao viene á cuento; eso seria güeno siempre y cuando juéramos tenío en mi casa algunos pares de mulas ú algo, pa que Jeromiquio se enamorara de mi zagala por el interés; pero como tú comprenderás, con nuestra pröbeza no hay caso.

—Eso por sabío se calla — contestó la Pimentonera, metiendo los primeros panes en el horno.— Demasio conocemos toas que Jeromo ha platicao con su hija de osté por ser la más boniquia y la más graciosa del partío; pero vamos á que el hombre haya pensao dimpues, que con la hermosura no se vive, y como Patricia está imposibilitá pa trebajar, que se la esté gobernando por otro lao.

—Eso tampoco me lo creo yo de Jeromo aunque te pusieras en crus — respuso la tia Bolera con los brazos abiertos— ¡Jesús Maria...! ¿Es que mi Patricia tiene algo pa que la desprecie denguno?

—¡Cuidiao que dice unas cosas mi maire! ¿Qué tiene de particular que Jeromo se eche otra novia ahora mesmo, si nosotros hemos arrematao ya pa siempre?

—Y mucho que tiene de particular. ¡Ya lo creo!
—continuó la tía Bolera—Si mu enhoramala no te juera sonsacao de ca tu señorita pa que te metieras en la frábica, vaya un punto güeno; pero teniendo él la culpa de tó...

—¿La culpa?—respondió la hija suspirando—El me encaminó pa la frábica con la mejor güena fin del mundo, por las picardías de la vida y otras cosas; pero nó con la entinción de que me li siara. ¡Las cosas hay que mirarlas como son! ¿No es verdá Remedios?

—¡Vaya si lo es! ¡Y tanto!—dijo la Pimentonera, incorporándose al corro—Pero, hija, se conoce que tu maire vive entusiasmá con Jeromo y no dará su braciquio á torcer dista que le metamos las cosas con un gucharón.

Y dirigiéndose á la tía Bolera continuó resueltamente:

—¿Y si yo le contara á osté como Patricia lo sabe tambien, que dista la procesión de la Samaritana viene platicando con Josefiquia la Mocho? Y no se vaya osté á pensar que lo han llevao de escondite ni mucho menos, que bien ese y bien arbulloso iba Jeromo pa Murcia con toas ellas, á la mesma una el dia, estando la probe de Patricia en un grito, y güenos cartuchos de caramelos que le mercó á la güelta.

—¿Pero es de verdá tuiquio eso que estás mentando, Remedios?—preguntó la madre de Patricia apresuradamente.

— ¡Jesús María — dijo la Pimentonera medio ofendida. — Por na de lo del mundo soy yo capaz de hablar una cosa por otra. Lo que osté ha oido es como lo que se celebra en la misa y sino aquí están las presentes que no me dejarán mentir! ¡Yo no se como son las cosas, que tuiquio el mundo lo sabe en el partío menos osté!

Las afirmaciones de Remedios produjeron en el ánimo de la tía Bolera un efecto desconsolador. Ella vivía tan creída en que Jeromo se casaba con su hija, á pesar del accidente de la fábrica, que lo hubiese jurado una y mil veces sin temor á condenarse; pero es que la pobre mujer no discurría, sobre el porvenir de su hija, con las luces del entendimiento, sino con los ciegos impulsos y dictados de su corazón de madre. La triste realidad de los hechos se impuso al fin con las ingenuas explicaciones de Remedios, y entonces pudo analizar bien á las claras la infame conducta que había observado Jeromo (dedicándose á nuevos galanteos, mientras su hija luchaba con indecibles dolores en una cama del hospital.

— ¡Que concencia tan negra, Dios mio! — exclamó la madre de Patricia, en medio de sus tristes desengaños. Pa mi que el querer de angunas presonas es como el que lleva un estorbo en la faltriquera y lo tira al brazal cuando le da la gana! Pero no te se dé cudiao nenguno, hija mía, que, mientras tu maire tenga el resuello en el cuerpo, no te faltará que comer.

Estas y otras consideraciones de la tía Bolera pusieron fin á la conversaci3n, y todas las mujeres guardaron respetuoso silencio, y en la placeta del caserío no se escuchaba otro rumor que el de las hojas de los membrilleros, al ser agitadas por el aire. Remedios se dirigi3 á la boca del horno, donde ya la reclamaba el olorcillo del pan caliente y, como Patricia diera señales de desfallecimiento y de cansancio, entre su madre y la otra vecina la ayudaron á ponerse de pie y la condujeron al interior de la vivienda.

Dos gruesas lágrimas que resbalaron entonces por las mejillas de Patricia y dos secas maldiciones, lanzadas por su madre sobre todas las Monchos de la vecindad y sobre toda la parentela de Jeromo, sirvieron de triste epílogo á unos amores huertanos, dignos de más venturoso desenlace.





Ciecas arriba

A las bellas y distinguidas señoritas Violante y Angeles Diaz Domenech, en memoria de su ilustre tío el señor D. Pedro Diaz Cassou, notable escritor que fué, y consumado Maestro en Literatura huertana.

I

La noticia del agua de gracia cayó en el Llano de Brujas como una bendición del cielo. Aun recuerda el señor Maestro del partido lo contento y alborozado que se puso Juan Riquelme, pedáneo del lugar, cuando se presentó en la escuela á que le leyera el oficio de la Alcaldía. Si no hubiese sido por que el señor cura se encontraba aquella mañana en el convento de San Jerónimo, haciendo ejercicios espirituales, de seguro que se echan las campanas al vuelo; pero Juan Riquelme no podía invadir las atribuciones de la Iglesia y se conformó con pregonar la buena nueva por todo el caserío, infundiendo las más ri-

sueñas esperanzas en los corazones abatidos.

La pertinaz sequía de todo un verano había hecho que desapareciera por completo la mansa corriente del Segura, quedando sus golgos y remansos convertidos en charcas, cuanto menos que circulara por las colas de las acequias ni una lágrima refrigerante.

Es cierto que las tahullas del Llano de Brujas, aparecían cubiertas de vejetación, por que la intensidad de los cultivos requiere que el labrador arroje la semilla en el surco, sin curarse de las contingencias del verano; pero luego á luego se echaron encima los calores de Agosto y los panizos á medio granar² doblaron sus copas, y las higueras, abrasadas por el fuego de la canícula, desprendieron su fruto antes de la madurez, y los naranjos y limoneros abarquillaron y retorcieron sus hojas y en todos los demás árboles y plantas del parage se dejaron sentir mucho los estragos de la sequía.

Entonces, los pobres labradores del Llano acudieron al Ayuntamiento en demanda de socorro; el Alcalde de la ciudad celebró una larga conferencia con el señor Gobernador y este se puso al habla con todos los pueblos ribereños de dentro y fuera de la provincia, hasta conseguir que las aguas del río discurriesen libremente, por espacio de tres dias, desde su nacimiento á la Contraparada, y desde la Contraparada á los terrenos damnificados.

No se contentó Juan Riquelme con hacer pública la noticia del agua de gracia, sino que, alocionado de años anteriores, quiso establecer en las acequias principales cierta guardería y vigilancia contra las frecuentes usurpaciones de agua que los colonos de la huerta de arriba suelen cometer en estos casos, y al efecto, convocó á los mayores contribuyentes del partido á una reunión extraordinaria, que habia de celebrarse aquella misma tarde, á la hora del obscurecer, en el ventorrillo del Chulo.

La casa de comidas y bebidas, como el Chulo denomina pomposamente su miserable tabernucha, desde que se promulgó la hermosa Ley del descanso dominical, está situada en el punto más céntrico del partido de Brujas, junto al camino viejo de Orihuela, entre unos antiguos cipreses diseminados por allí. Un rústico sombraje de cañas defiende la puerta de la calle contra los rigores del sol y por todo menage y aparato de tienda se ve en el interior de la casuca una mesita de cocina, con su palangana de agua sucia, un porrón de aguardiente con perifollos de papel de colores en la boca; unas cuantas botellas de limonada gaseosa y hasta media docena de vasos de cristal, para el servicio de los parroquianos.

Sobre un poyo de adobes mal forjado en un testero de la misma entrada, aparecen dos orzas mugrientas y viejísimas, como dos ánforas de las ruinas de Pompeya, con grifos en el fondo y ta-

paderas de pino, donde conserva el ventorrillero su nauseabunda mercancía y por encima de estas vasijas, al alcance de la mano, corre una estrecha leja de yeso, en la que se distinguen dos ó tres botes de cristal, con algunos bizcochos bañados y otros fósiles de confitería.

Un mal quinqué de petróleo, con vaso de porcelana y armadura de alambre, colgado en el techo, entre dos manojos indecentes de matas mosqueras, y unas cuantas sillas desvencijadas é inservibles, completan el mobiliario del establecimiento.

A uno y otro lado de las orzas, tiene abiertos el Chulo sus libros de contabilidad, en el lienzo de la pared, donde figuran las cuentas de sus parroquianos, en forma de círculos y rayas de carbón, que él interpreta y ajusta á las mil maravillas, sin que jamás se haya dado el caso de que se equivoque en contra suya.

En el momento en que lo observamos estaba echando el balance del día, y en la duda de si eran tres ó cuatro los jarros de vino que su compadre se había llevado por la mañana le consignó cinco rayas bien largas en la cuenta, por si en otra ocasión se había distraído y le había puesto algún cuartillo de menos.

Hecho esto, y viendo el ventorrillero que sudaba á más no poder, por el calor extraordinario que se dejaba sentir en la taberna, salióse á la orilla del camino, en calzoncillos blancos y en

mangas de camisa, conforme estaba en su vivienda, con propósitos de esperar á sus convecinos.

Llegada la hora del obscurecer, el primero que se remaneció por allí fué Juan Riquelme, el cual vestía el mismo traje de verano que el Chulo, sin más aditamentos que una mala blusa de percal, que llevaba sobre el hombro. Despues fueron asomando, por atajos y senderos, otros labradores del partido, hasta que llegaron á reunirse quince ó veinte. Entre ellos había muchos que, por no perder la costumbre, traían en las manos un pedazo de pan, con acompañamiento de cebollas y tomates, para cenar en el ventorrillo.

Despues de los saludos de rúbrica y obediendo las indicaciones de Juan Riquelme, quedó constituida la Asamblea al aire libre, en la confrontación del ventorrillo, donde todos se acomodaron en el suelo, quien en cuclillas, con la espalda apoyada en la pared; quien sentado sobre la hierba, con las piernas cruzadas, y quien tendido boca arriba, como si fuese á contar las estrellas, que en aquel punto y hora comenzaban á brillar, con las primeras sombras de la noche.

Juan Riquelme se colocó en medio de todos, como Presidente indiscutible de aquella reunión, sentado tambien en el suelo, con las piernas estiradas y erguida la cabeza, y mientras el Chulo servía á sus parroquianos, entrando y saliendo en el ventorrillo, declaró abierta la sesión con estas palabras:

— Aunque ya se lo maliciareis gusotros, sus diró que los he rejuntao pa la custión del agua de gracia, que mañana mesmo prencipiará á bajar por la cieca grande, como reza el papel que me ha envíaio el Alcalde primero.

Y lo que tenemos que devitar abora, es que los arrendaiores de la parte arriba no los güelvan á empreñar de segundas, como el año pasao, que los muy zorros se mamaron tuiquia la avenía, y nosotros asperando el agua tan confiaos, y no allegó aquí más que un correntaliquio de tres deos. ¿Se acordais?

Pos... por lo tanto mesmo y pa que veais que á mi no me se escapa denguna, he pensao pa mis adentros, que si esta madrugá que viene salimos que allegamos á salir por la cieca arriba una güena cuadrilla de gente y tuiquios al acecho de los molinos, pa que no hagan rafa en los tres dias, y á escudriñar bien escudriñás las ventanas y los partiores, pa que no se escabulla ni una vota, tendremos agua sobrá pa que se rinchan los panizos, dista que el Señor y la Virgen de la Juensanta quieran que llueva bien llovío.

Como al negocio de guardar el agua no podemos ir tuiquios juntos, lo más acertao será que mañana se puen quear aquí los de la tanda y al otro dia subían ellos á la cieca pa que rieguen los otros y de esta moa nos ayudaremos tos sin prejuicio de naide.

Abora vusotros direis si está bien pensao tui-

quió esto, y sinó, con golverme atrás de lo dicho basta, que no es el primero que la yerra.

El discurso de Riquelme les pareció á todos muy acertado, y ya estaban dispuestos á prestarle su aprobación, sin enmiendas ni distingos de ninguna clase, cuando el ladino del ventorrillero, aprovechando la oportunidad para lisonjear al orador, rompió el silencio con estas ó parecidas adulaciones:

—¡Caballeros, qué hombre! ¿Habeis oido gustos en el mundo otro sermón con tanto moral y tanto ese? ¡Cudiao que lo ha dicho tó bien encarruchao y bien aprendió, que paece mentira que le cojan tantas palabras en la cabeza!

Y no los vayais á pensar que lo digo por alabancia ni mucho menos; lo que es que Riquelme ha nació pa desplicarse como un pedricaor y me queo corto.

Y el Chulo amenizó su panegírico con unas cuantas risotadas intercaladas en el texto, y toda la Asamblea se adhirió á sus juicios y manifestaciones.

Despues se concretaron los acuerdos de la expedición, fijando la salida para las tres de la madrugada, y ya iban los huertanos á retirarse á sus viviendas, cuando el ventorrillero se dirigió á Riquelme, echándole el brazo por el hombro:

—¿No te paece que debemos arremojjar el agua de gracia con una ronda de medios de vino, antes que se vayan escabullendo tuiquios estos?

II

Todos los terrenos comprendidos entre los lados del ángulo que describe el Segura, en la desviación de la Contraparada, constituyen una magnífica hacienda, propiedad de los señores Diaz Cassou, denominada «Felices del Villar», por haber pertenecido en otros tiempos al Marquesado de este nombre.

En una suave pendiente que forma el terreno, cerca de la vereda, se levanta la espaciosa Torre de la finca, con edificaciones accesorias á la espalda, para viviendas de colonos; con su hermosa capilla á la derecha de la entrada donde se conserva, entre otras riquezas piadosas, un magnífico relicario con una espina de la corona de Nuestro Señor Jesucristo; sus amplias y señoriales habitaciones en el piso principal, y su alto miranete en el ángulo de la izquierda, dominando el risueño vallejo de «Los Felices» desde el cauce del río, guarnecido de álamos y tarayes, á las cumbres de los cabezos inmediatos, donde los dueños de la hacienda han hecho muy recientemente grandes plantaciones de pinos.

En las faldas y ramblizos del monte se desarrollan extensos y frondosos olivares de secano, completando el resto de la hacienda un gran número de tahullas de la mejor calidad, que las aguas de la acequia Mayor, elevadas por medio de ruedas y norias, fertilizan copiosamente, dan-

do origen á muchos y muy pintorescos huertecillos de naranjos y melocotoneros.

Aparte de las piezas de olivos que se cultivan por administración, la hacienda de «Los Felices» está dividida en predios más ó menos extensos, que muchos colonos de la Ñora y Javalí-Viejo llevan en arrendamiento, según los usos y costumbres de la huerta de Murcia.

En la estación de los frios, cuando hecha la sementera, se paralizan los trabajos de la Agricultura, las familias de nuestros labradores permanecen en los caseríos, aguantando el mal tiempo y sosteniéndose con los pocos jornales que se devengan en la huerta; pero tan pronto como pasa el mes de Abril y se barruntan los primeros calores del verano, emigran con aperos y caballerías, para establecerse en las chozas y barracones de la hacienda, donde hacen una vida independiente y selvática, como las tribus nómadas, hasta que las revueltas del Otoño las espantan y obligan á refugiarse en los poblados.

Es tan grande la afición que sienten los huertanos por este veraneo de icioso, que si no tienen á donde dirigirse, por no llevar tierras en cultivo, subarriendan temporalmente aunque no sea más que un rincón de media tahulla, siendo muchos los que se conforman con unas pobres higueras en los sotos del río ó en los quijeros de la acequia, con tal de que dispongan de la anchura necesaria para acomodarse. De los medios de vida que

han de emplear estas pobres gentes en el transcurso del verano, no hay para qué ocuparse: ellos saben muy bien que el proverbio vulgar que dice: «En el tiempo del higo no hay amigo» no se ha hecho para la huerta de Murcia, donde la generosidad de sus moradores corre parejas con los inagotables rendimientos del suelo.

Una de las familias que veraneaban en «Los Felices» el año á que se refiere nuestra historia, era la de Patricio el Gorrión, llamado así porque se pasaba la vida merodeando por la huerta como los pájaros y picando aquí y acullá, sin otras aficiones que la de acudir al ventorrillo en busca de gangas y la de tumbarse á dormir horas y más horas, en la primera orilla que se le viene á la mano.

Como nunca falta un roto para un descosido, el Gorrión encontró su media naranja en una muchacha pordiosera, de los casones del Javalí, la cual se daba tanta maña para conmover á las gentes caritativas, con mil fingimientos y supercherías, que en la temporada del invierno, cuando escasean los frutos de la huerta, ella se encargaba de proporcionar los alimentos de la familia, mendigando por las calles de la ciudad, con el auxilio de sus pequeños hijos Antonio y Concepción, de siete y nueve años respectivamente, á quienes alecciona en las artes y marrullerías del oficio, con unos resultados tan asombrosos, que

en otra disciplina educativa, el mismo Pestalozzi los hubiera querido para sí.

Toda la hacienda que poseía el Gorrión en «Los Felices», estaba reducida á un estrecho cornijal que forman los terrenos del soto entre el azarbón de Osuna y la acequia Mayor, al lado opuesto á la fuentequilla que brota por allí. Patricio estableció su barraca con palos de corona entrecruzados y cubiertos de albardines, en la misma orilla de los cañares, y el resto del cornijal lo plantó de melones de agua, con simiente de la Ribera de Molina, donde es fama que se cosechan las mejores sandías de la huerta.

El primer día del agua de gracia madrugó la familia de Gorrión más que lo de ordinario, y así como los pájaros abandonan su nido en busca del sustento, nuestros dichosos veraneantes no tuvieron que hacer otra cosa para encontrar el desayuno, que dirigirse á unas higueras inmediatas, que estaban negreando de higos. Patricio trepó á lo alto de la más frondosa y corpulenta y fué engulléndose los más rayados y apetitosos, mientras la mujer se las arreglaba, para sí y para sus hijos, con una brevera muy grande siendo lo más divertido del caso, que despues del hartazón que se proporcionó, fué sacudiendo los higos con el extremo de la caña, para que los muchachos los recibieran en la boca y no se les escapaba ninguno.

Hecha esta primera diligencia del almuerzo,

el Gorrión descendió por el tronco del árbol, como el que desciende de lo alto de una cucaña, y los cuatro individuos de la familia regresaron al tambalillo.

El agua de gracia había empezado á discurrir por la acequia Mayor, rebosando hasta la altura de los quijeros, y tan pronto como Patricio se hizo cargo de la avenida concibió la idea de regar los melones, que estaban á punto de secarse, por la mucha fuerza de calor.

—¿Sabes lo que estoy pensando, Lorenza?— exclamó, dirigiéndose á su mujer.—Que entranti-mientras que tú labas esos mengajos que me has dicho, le voy á echar el agua al bancal y en menos de un creó...

—Como falta si que le hace munchísima, que se están queando las matas como si fueran de secano; pero acuérdate del año pasao, que los guardias te llevaron los dineros por lo mesmo.

—Güeno, si que es verdad; pero ahora no pasa naide por aquí y cuando se vengán á regolver ya están los melones encharcaos. ¿No te paece que es una lástima que se pierdan?

—Si yo no te hago la contra ni ná; pero como la tanda no es de «Los Felices» y amén de eso, estamos escocíos de antes, te lo aprevengo pa que te sirva de gobierno.

—Pos entonces, ya puedes tú arrear con los zagales pa la cieca y si el guardia se remanepiera

por alguna parte, das tres ú cuatro chillíos bien daos. pa que yo los sienta y ya veremos.

Lorenza no replicó una palabra más, sino que tomando un bulto de ropa que al pie de la barraca se veía y echando á sus dos hijos por delante, subió la cuestecilla del terrero, perdiéndose entre los panizos que abundaban por allí, mientras su marido, con el legón al hombro y los pantalones arremangados hasta las corvas, se dirigió á la ventana del brazal, que se abre un poco más abajo, en los quijeros de la acequia Mayor.

La operación de arrodillarse en la arena y abocarse al pie de la toma para quitar los dos primeros ladrillos que la tapaban, haciendo que saltara el agua en abundancia por encima de los demás, fué cosa tan lijera y tan breve para el Gorrión, que se necesita más tiempo para contarlo que para hacerlo.

Tampoco fué obra de romanos que la corriente llegara al melonar, encharcándolo por parejo, hasta la altura de los caballones, por si al Gorrión no se le presentaba otra coyuntura como aquella en el transcurso del verano.

Una vez hecho su agosto, se dirigió Patricio á tapar la ventana de riego, con esa zozobra y precipitación de los transgresores de la Ley y ya estaba á punto de poner en su sitio uno de los ladrillos que antes había quitado, cuando á la parte abajo de los espesos cañares que guarnecen las márgenes de la acequia, se escucharon rumo-

res de conversación. Entonces quiso Patricio acelerar su maniobra para no ser descubierto por nadie; pero como el delito y la pena suelen ir aparejados en este mundo, no pudo evitar que la cuadrilla de regantes del Llano de Brujas lo cogiesen en el hecho.

—Riquelme, que caminaba á la cabeza de sus compañeros, fué el primero en descubrir la fechoría del hortelano y sin pararse en otros razonamientos ni advertencias, aceleró la marcha, dirigiéndose hacia él y gritándole:

—Si haces que llegas á hacer la movición de menearte, te güele la cabeza á pólvora.

El Gorrión quedó inmóvil en lo alto del quijero, con las rodillas clavadas en la arena y con el ladrillo en la mano, viendo el cordón de gente que se le echaba encima y sin voluntad ni decisión para incorporarse.

—Aquí te queria yo pillar, so granuja—prosiguió Antón Riquelme, dirigiéndose al Gorrión mientras los otros labradores fueron acorralándolo. De moa y manera que tuiquio el santo verano estamos nosotros empeñándonos con el Gobernaor y el Alcalde, y vengan viajes á Murcia con el rechichero y la esa, pa que tú vengas aborra con tus manos limpias á robarnos el agua?

—Poco á poco, caballeros, que yo no le he pillao el agua á naide - contestó el Gorrión, incorporándose pausadamente.—Lo que hasucedio aquí es que el portillo se ha escapao él solo, son-

regándome aquel roal de melones que era una hermosura como iban y puede que ahora se agusanen y se pudran tuiquios sin quear uno, y los prejuicios no serán más que pa mi, que me estaba mirando en las matas.

— Lo que eres tú—prosiguió Antón Riquelme— es un embustero trapalón. Si juera verdá lo que dices, no estarían esos ladrillos ahí en lo alto, sino en el hondo del brazal y se jueran echo quina del golpe.

— Entonces—continuó el Gorrión— si no voy á ser creido por ostés ¿pa qué vamos á gastar más tiempo?

Y Patricio hizo el ademán de agacharse para recojer el legón que habia dejado junto á la ventana, con intenciones de marcharse á su tambalillo, cuando, entre los del corro, hubo uno que dijo levantando la voz:

— Pero ¿es que se va á escapar este de aquí sin que le demos un güen baño en la cieca?

— Sí, sí, al agua, al agua—exclamaron todos á la vez, dispuestos á realizar el pensamiento.

— Vaya una valentía que vais á hacer—contestó Patricio sin dar señales de temor.— Veinte contra uno! Esas no son acciones de hombres.

— Tiene razón que le sobra, caballeros—se apresuró á decir Antón Riquelme.— Y pa que vea que con uno de nosotros hay bastante, dejármelo á mí de mi cuenta, que á otros mejor plantaos que este les he roto yo la cara á guantazos.

—Eso que tú estás diciendo será lo que será—
respuso el Gorrión sin acobardarse.

—¿Que no? —contestó Riquelme levantando la mano y descargándole una tremenda bofetada.

Patricio trató de defenderse con sus puños de acero, contestando á la agresión de que habia sido objeto; pero se encontró súbitamente cojido por los brazos, y más de veinte astiles de palas y azadillas se esgrimieron sobre su cabeza.

Ante la superioridad del número, el huertano se vió en el caso de capitular con sus enemigos; pero no se alejó hacia la barraca, sin dirigir á Riquelme este juramento:

—Te aseguro, por la leche que mamé, que me las has de pagar, aunque se juntara el cielo con la tierra.

Burláronse los brujeros de las amenazas del Gorrión, y despues de tapar la boca de riego, embadurnando con tarquín las coyunturas de los ladrillos, continuaron en hilera por la senda arriba, con dirección á la Contraparada, donde se proponían desarenar la toma de la acequia Mayor, para que absorviera todo el caudal de agua que bajaba por el río.

Entre tanto, llegó el Gorrión á su tambalillo hecho una fiera, sin desistir de su juramento y acto seguido fué á descolgar una escopeta vieja que guardaba entre el ramaje de un chopo cercano; sobre la crecida carga que ya tenía, le añadió media docena de postas, y, saltando por

aquel mismo lugar el azarbe de Osuna, ganó la orilla del terrero, que se extiende á todo lo largo de «Los Felices», perdiéndose poco despues, como un fugitivo, entre los espesos higuerales y demás plantaciones del soto.

Patricio había condenado á Riquelme á la última pena, y allá iban el juez y el verdugo, confundidos en una misma persona y dejados de la mano de Dios, á ejecutar la terrible sentencia.

III

Enfrente de la Torre de «Los Felices», y en la misma orilla de la acequia Mayor, que corre á unos cien metros más abajo de la casa, se levanta, por encima de los arbolados, el pino más corpulento y más hermoso que existe en la huerta de Murcia. Una ilustre ascendiente de los Marqueses del Villar tuvo la feliz ocurrencia de plantarlo, por el último tercio del siglo XVIII, para que ahora sirva de enseñanza y ejemplo á los que nos interesamos por la repoblación forestal, bajo las nobles y entusiastas predicaciones del señor Don Ricardo Codorniu.

En la fresca sombra del pino hizo alto la mujer del Gorrión, descargándose del bulto de ropa que llevaba sobre la cabeza, y despues de limpiarse el sudor, que le rezumaba por la frente, se acomodó en un llenador ó abrevadero suave, que en la orilla de la acequia se veia, para dar

principio á su lavijo, resguardada de los rayos del sol, que ya calentaban bastante.

Los hijos de Lorenza dedicáronse á sus juegos infantiles, dando vueltas y más vueltas alrededor del tronco del pino, sin apartarse de la vista de su madre, hasta que, en el quijero de la acequia, surgió una linda mariposilla, que caracoleaba sobre la hierba y entonces se dieron á perseguirla, movidos de la mayor alegría y entusiasmo.

Ya iba Concepción á aprisionarla entre sus dedos, mientras permanecía oculta entre los pétalos de una margarita silvestre, cuando la pobre mariposa alzó su vuelo con nuevas energías, trasladándose á la orilla opuesta de la acequia. Entonces atravesaron los dos muchachos el puente que se abre en las inmediaciones del pino, y continuaron gritando y corriendo, aguas abajo, por el lomo resbaladizo y peligroso de los tarquines de la monda, hasta que la perdieron de vista.

En esto se habían alejado mucho del sitio donde su madre se encontraba; pero acostumbrados á esa libertad onnimoda que disfrutaban los hijos de nuestros huertanos, libertad que no ha sido nunca refrenada ni corregida por los padres de familia, á pesar de que todos los veranos se ahoga algún niño en los cauces de riego, los muchachos de Lorenza continuaron su marcha por aquellos temibles andurriales. Como las piernecitas y la lengua de los niños se mueven con el mismo resorte, Antonio y Concepción iban ha-

blando por los codos y riéndose hasta más no poder, de la cosa más insignificante.

—¡Vaya si me gustan las moras, Antoñiquio. decía Concepción entre risotada y risotada.—¿No te acuerdas de aquel día que te subistes á una morera y me echastes una delantará mu grande?

—Vaya si me acuerdo de aquello—respondió su hermanito.

—Pero la risa jué cuando bajastes de lo alto, que te habías pintao con las moras un bigote grandísimo y me decias que eras el capitán de los soldaos, y tú ibas en un caballo de caña. ¿Te acuerdas qué risa, Antoñiquio?

—Sí que es verdad; pero las moras que yo digo son las de las zarzas aquellas de allá abajo, ande está el chopo aquel. ¡Si vieras qué mauras y qué güenas!...

—Pos entonces vámonos correndiquio pa allá y cojeremos bastantes pa los dos, y si te parece, le llevaremos á la mamá un güen puñao.

—Sí, sí; anda lijeriquia y no cojas más flores de esas de baladre, mira que dice el papá que son de veneno.

Los dos hermanitos salieron cojidos de las manos y en cosa de cinco minutos llegaron al punto que se proponían. Un chopo, cubierto desde el suelo á la copa, de flexibles y quebradizos retoños, daba á los aires su lozano follaje en el quijero de la acequia, y al pie de su elevado tronco se extendía una enmarañada zarza-mora, cuyos

múltiples y pinchosos tallos, cuajados de negros racimos, llegaban hasta la superficie del agua.

La admiración y alegría que el encuentro produjo en los muchachos fueron tales, que bailaban y palmoteaban á presencia de la golosina. Enseguida se dedicaron á coger todas las moras sazonadas que se veían al alcance de sus manos; pero no fueran los niños como son, sino mostrasen caprichoso y decidido empeño por alcanzar aquellos hermosos racimos, que se estremecían encima de la corriente, sin fijarse en lo arriesgado de la operación.

Con semejante idea, hizo Antonio algunas intentonas para atraer hacia el quijero los codiciados tallos y no pudiéndolo conseguir, á pesar de todos sus esfuerzos, acabó por situarse en el declive del quijero, entre el chopo y la lengua del agua, que es como si dijéramos en el borde del abismo y asiéndose con una mano, á uno de los tiernos pollizos del árbol, abocó el cuerpo hacia la acequia, estirando, todo lo que pudo el brazo que tenía libre, hasta que llegó á tocar la fruta con las extremidades de los dedos.

A todo esto Concepción permanecía de pie en lo más alto del ribazo, sin apartar la mirada de su hermanito y como viese que ya estaba si alcanzaba ó no alcanzaba los copiosos racimos, le infundió nuevos ánimos diciéndole:

—Anda, Antoñiquio, que ya no te falta más

que cosa de un deo pa alcanzarlas; pero agárrate bien agarrao que no vayas á rescullirte.

Y el muchacho hizo el último esfuerzo, resbalando un poco la mano por el rahijo en que se apoyaba para darle más alcance á la otra, cuando el maldito vástago crujió inopinadamente, y el pobre muchacho, una vez perdido el equilibrio, fué á parar enmedio de la acequia.

Los ayes de suprema angustia que lanzaba la pobre Concepción, siguiendo el curso de las aguas, que envolvían y arrastraban á su hermanito, solo un corazón acostumbrado á las grandes amarguras de la vida, puede traducirlos y comprenderlos.

La Providencia salvadora, más bien que una fútil ó vana casualidad, hizo que en aquellos instantes de apuro llegaran, por la orilla opuesta, al lugar del suceso los regantes del Llano de Brujas, que, como hemos dicho más arriba, se dirigían á la Contraparada.

Antón Riquelme, que iba á la cabeza de todos como director de la expedición, escuchó los primeros gritos de la niña y adelantándose ahora también á sus compañeros, se puso al habla con ella, preguntándole:

— ¿Que ha sío, zagaliquia? ¿Que ha sío?

— ¡Mi... mi... mi hermano, mi hermano que se ha caido! Por allí vá, por allí vá. Mire osté como asoma la maneciquia. ¡Ay! ¡Ay, Dios mio..!

Riquelme repasó entonces el cauce con la vista

y viendo que el pobre muchacho iba dando tumbos entre dos aguas, no perdió más tiempo que el necesario para dejar en la senda la azadilla que traía en la mano, y se arrojó en medio de la acequia, asiendo al inocente náufrago por la cintura y remolcándolo, en cosa de pocos segundos, á la orilla, donde ya se encontraban sus compañeros dispuestos para recibirle.

El niño había perdido el conocimiento; pero conservaba el varejón del chopo muy apretado entre sus manos.

La hermanita de Antonio, tan pronto como salvaron á este, debió dirigirse á toda prisa hacia donde estaba su madre, porque luego empezaron á oirse á lo lejos unos alaridos tan quejumbrosos y tristes que partían los corazones y poco despues asomó la atribulada mujer por las orillas de la acequia, con su Concepción de la mano, y cuanto más se aproximaba al lugar del suceso, más hondas y más dignas de compasión resultaban sus lamentaciones.

La infeliz Lorenza se abrazó con locura febril al cuerpo de su hijo y algo de su propia vida y de su propia alma debió comunicarle con aquellos besos y tiernas caricias que le prodigaba, cuando el chico volvió en sí y abrió los ojos, en el regazo de su madre.

IV

Así como los lirios de los campos florecen sin

cultivo alguno en la soledad de los matorrales, se da el caso de que en el corazón de las gentes de la huerta, á pesar de su rusticidad é incultura, se abriguen sentimientos elevados y nobles, que no necesitan de los esmeros y sutilezas de la educación para alcanzar el mayor grado de desenvolvimiento.

Gracias á esta hermosa circunstancia, sucedió, que tanto los del Llano de Brujas como los demás labradores del contorno, que acudieron á los angustiosos gritos de Lorenza, viendo á la pobre mujer tan atribulada y dolorida, sintiéronse movidos de profunda compasión y la acompañaron hasta su barraca. Entonces comprendieron los del Llano de Brujas que se trataba de la familia del Gorrión; pero no era caso de sacar á relucir el incidente de aquella mañana y esperaron la marcha de los acontecimientos.

Lorenza, por su parte, se deshacía en muestras de gratitud hacia Antón Ríquielme, y notando que su marido no se encontraba en el tambalillo, se apresuró á darle unas cuantas voces, concluyendo por mandar á su Concepción á que lo buscara á toda prisa, para darle cuenta del suceso.

La muchacha anduvo correteando y voceando por todas las sendas y guaridas de «Los Felices» hasta que, muy cerca del azud de la Contraparrada, se tropezó con un jornalero que le dijo:

—Zagaliquia ¿es que vás en busca de tu paire?

—Sí, señor; que mi mamá me ha dicho que se vaya enseguida pa la barraca.

—Pos mira lo que te digo yo: que tu paire tiene que haberse güelto loco, porque hace mucho tiempo que lo vide corriendo por ahí, por el azarbón del Derramaor, con una escopeta en la mano. ¡Cuede que fuera á pescar ranas á tiro limpio!

El Derramador es un muro levantado en el cauce de la acequia Mayor, á corta distancia de la toma, cuya rasante sirve de nivelación para las aguas. Cuando, por efecto de las avenidas del río, entra por la embocadura de la acequia un caudal superior del que le corresponde, se vierte el exceso por el Derramador, evitando que la acequia pueda desbordarse por ningún sitio. Supone este marco un estudio tan perfecto de la canalización y topografía de la huerta, que á juicio de los inteligentes, es obra de incomparable mérito.

La niña bajó entonces á la desembocadura del azarbón é introduciéndose como una ardilla por el espeso boscaje de mimbres, adelfas y carrizos que lo llenan todo, fué á parar al extremo opuesto, junto al muro del Derramador, donde su padre se encontraba apostado, en unas cimentaciones antiguas que hay en lo más hondo, esperando á que los del Llano de Brujas pasaran por la orilla de la acequia, para vengarse de Riquelme.

Por la relación que la muchacha le hizo de lo

sucedido y por las señas que le dió de los hombres que habían salvado á su hermano, vino en conocimiento de todo, y abandonando aquella guarida siniestra, á donde tan criminales propósitos le habian dirigido, se encaminó á toda prisa hacia su barraca, meditando sobre lo que habia de hacer antes de llegar, para que nadie le viese armado de escopeta.

Con muestras de sofocación y azaramiento saludó Patricio, con un «Dios guarde á ostés», á todos los que habian acudido á su vivienda y dirigiéndose á su mujer, que derramaba juntamente lágrimas de pena y alegría, añadió entrecortado:

—¿Que es lo que ha pasao aquí?

—¡Cállate, que no quiero acordarme Patricio! El zagal que se ha caido á la cieca grande y si no es por ese hombre, que se ha tirao á cosa hecha á sacarlo... ¡Ay! ¡Probetiquio hijo mío!!!

Entonces el Gorrión se dirigió al pie del terrero, donde Riquelme se habia colocado para que se le secara la ropa, diciéndole con la mayor ingenuidad:

—Munchas gracias, amigo, por haberle salvao la vida á mi zagal, y váyase una cosa por la otra. Si en algo los puedo servir con mi probeza, en preguntando por el Gorrión, tuiquio el mundo me conoce en estos alreores.

Y el Gorrión se volvió hacia donde su hijo se encontraba, colmándolo de besos y caricias; y Lorenza ayudaba á su marido en lo de expresar

eterna gratitud á todos los que estaban presentes; y los del Llano de Brujas se despidieron muy contentos y satisfechos; y la mujer de Patricio no se enteró jamás de la cuestión que, pocas horas antes, había tenido con ellos su marido.





La fiesta de S. Cayetano



A la bella y aristócrata dama la distinguida señora Doña María Luisa de Borbón,
de Gonzalez Conde.

I

Transcurría una de las siestas más calurosas del mes de Agosto. El sol derramaba hachos de fuego sobre la huerta de Murcia, caldeando y enrareciendo el ambiente; las hojas de los panizos, ya bastante altos, se veían abarquilladas y rugosas por la fuerza del calor, sin que el más ligero soplo de la brisa las estremeciese. Los sufridos labradores estaban entregados al descanso, en las sombreadas replacetas de las viviendas ó bajo la fresca espesura de los árboles.

Por la carretera del Palmar, procedentes de los campos de Sangonera, bajaban multitud de

familias alegres y regocijadas, formando como una peregrinación interminable y pintoresca. Unos llenaban esos carros enormes y desmantelados que suelen tener en las cortijadas para el servicio de la agricultura; otros iban montados en sus caballerías de labor, con dos ó tres muchachos repartidos entre la delantera y la grupa, y no pocos hacían el viaje donosamente en las suelas de sus alpargatas, sin que por esto dejaran de ir tan contentos y alborozados como los demás.

Por los senderos y carriles que desembocan en la carretera iban afluyendo también numerosos huertanos y huertanas, que, uniéndose al grueso de la romería, aumentaban cada vez más su bulliciosa animación.

Una columna de polvo de la carretera, esfumaba el paso de los caminantes y la sombra de los umbrosos plátanos los defendía contra los rigores del sol.

El silencio que habitualmente se nota á tales horas de la siesta en los caseríos rurales, era interrumpido por la estrepitosa cencerrada con que obsequiaban los muchachos á los transeúntes del camino, soplando por acá y por allá en esos canutos de caña que producen notas estridentes y graves, como el mugido de las caracolas; golpeando las palas de los legones viejos y las rejas de arado, pendientes de una cuerda, para darles mayor sonoridad; agitando ince-

santemente las colleras del ganado de tiro, guar necidas de cascabeles, ó bien, repicando con extremada furia los cencerros y los almireces.

Y de vez en cuando se escuchaban, entre la algarabía de la cencerrada, los gritos y preguntas que algunos socarrones dirigían á los caminantes:

—¿Ande vais? ¿Ande vais?

—A San Cayetano —contestaban los de la comitiva, entre chanzas y risotadas no menos intencionales y burlonas.

Y en efecto; á San Cayetano se dirigía toda aquella gente, á tomar parte en la fiesta más renombrada y popular de la huerta de Murcia, que se celebra todos los años en la feligresía de Monteagudo, al pie del histórico castillo, el primer domingo que viene á continuación del siete de Agosto.

II

En uno de los ángulos que describe la carretera del Palmar al cruzarse con el Reguerón, se levanta una casita pobre, de un solo cuerpo, con su rústico tambalillo de zarzos y troncos de morera adosado á la espalda; su parral enmarañado é inculto; su grupito de media docena de árboles frutales á un costado, y su retal de tierra de regadío, que no pasará de tahulla y media, rodeando la vivienda por todas partes. El actual arrendatario de esta finca, viéndose reducido á tan pequeña superficie, tomó la resolución de

suprimir el patio de la casa, haciendo desaparecer los cañizos que lo cercaban para convertirlo en suelo laborable. Así sucede, que se entra en la vivienda por la puerta que mira á la carretera y por la otra de adentro se sale al escampiado, sin obstáculos de ningún género.

En el terreno que antes fué corral y desahogo de la casa crecen ahora unos tablares de melones de año, como no hay otros en la huerta; á continuación del melonar se ve una pieza larga de panizo, que á medida que se aleja de la vivienda se vá estrechando poco á poco, hasta concluir en punta, en la mota del Reguerón, donde se levanta la noguera más corpulenta y productiva que se conoce en aquellos contornos.

En el tambalillo de la vivienda, completamente ageno á la bulla de la cencerrada, encontrábase Domingo el Comediante muy afanado en sus quehaceres.

Era nuestro protagonista un muchacho de catorce á quince años de edad, bajo de estatura y consumido de cuerpo, como esos jóvenes endebles que no adquieren el debido desarrollo por haberse dedicado prematuramente al trabajo. Tenía los ojos pequeños y vivos, con fulgores de picardía; la cara cuajada de pecas diminutas y el cabello castaño y lacio, con un menchoncito abundante que se había dejado crecer en la parte superior de la frente.

Aquella tarde debía salir con sus abuelos para

la fiesta de San Cayetano y lo primero que hizo, concluido de comer, fué vestirse de pies á cabeza con la ropa de los domingos y dedicarse á preparar un carrito pequeño, de varales, que en la casa había, colocándole cuatro palitroques en los ángulos, para sujetar las cuatro puntas de una manta mulera, con lo que improvisó un sombraje ó toldilla muy bien dispuesta y acondicionada. Hecho esto, dedicóse al arreglo y composición de los arreos, empalmando con gruesos nudos las cuerdas de cáñamo que habían de servir á la caballería de tirantes y barriguera, y por último, dirigió toda su atención á reanimar la escuálida borriquilla, que dormitaba á la sombra del tambalillo, sin alientos para incorporarse.

Terminados los preparativos de marcha y viendo el zagalón que ya transitaba mucha gente por la carretera, dirigióse al interior de la vivienda, donde su abuela Pepa Antonia se entretenía en encharcar muy bien el tinajero, á cuyos procedimientos de limpieza son muy aficionadas las huertanas

—Ma Pepa—empezó diciendo el muchacho—ya lo tengo tuiquío apreveníó y abora voy á recordar al agüelo, antes que se haga más tarde.

—¿Pero, ... si tavía es mu trempano, muchacho—contestó la tía Pepa Antonia.—¿No ves el rechichero que hace, que se frien dista los pájaros?

—Mi osté como pasa por el camino real tuiquia

la gente, sin reparo denguno! ¿Lo recuerdo ya ma Pepa?

—Mira, Dominguillo, has lo que te se antoje; pero nosotras no habemos tomao dineros á cuenta de prisa, y abora hay tiempo de ir y gol-ver de Roma en una tarde.

Domingo no escuchó las razones de su abuela y tomando la senda que se abre por la orilla del melonar y del panizo, se dirigió hacia la nogue-rá. Sobre la fresca hierba, que florece debajo del corpulento árbol, tendido cuan largo era, con la cabeza apoyada al pie del tronco, el ancho som-brero de fieltro encima de la cara para librarse de los mosquitos; los estrechos calzoncillos arre-mangados hasta la rodilla y el camisón de lienzo crudo completamente desabrochado, el bueno del tío Juan Lorenzo dormía profundamente, como si el alboroto de la cencerrada se convirtiese pa-ra él en una canción deleitable y arrulladora.

Llamólo Dominguillo repetidas veces, dicién-dole á voz en grito que se levantara, que era ya muy tarde para emprender el viaje á San Caye-tano, y entonces se incorporó el abuelo, un tanto satisfecho y complaciente.

—No sabes cuanto me alegro—le dijo á su nietecillo—de que me hayas recordao de esta echa, porque estaba pasando las de Cain con media ocena de granujas que se habían metío en el bancal á robar los melones.

—No, señor—contestó con viveza el muchacho

— Si no se ~~ha~~ metió naide en el bancal! Tuiquia la siesta la he pasao en el tambalillo acechando.

— No es eso Dominguiquio—continuó el abuelo mientras se ponía de pie.— Es que estaba ensoñando con una pesadilla tan remala.

— ¡Ah! Ya lo he comprendió, agüelo. A mí tambien me ha pasao angunas veces. Na menos que antenoche ensoñé que me había encontrao una peseta, y yo venga apretar el puño pa gastármela mañana en San Cayetano y vide á la madrugá que era mentira y me dió una pesambre...

— Sí; me lo creo, Dominguiquio; eso nos pasa muy á menuo, sin contar las munchas veces que estamos recordaos y ensoñando la mar de cosas.

— Si que es verdad, pa Juan Lorenza. Pero... si á osté le paece, vámonos pa la casa, que ya tengo el carro aprevenío.

El tío Juan Lorenzo entró en la vivienda pidiéndole la ropa á su mujer, la cual no tardó mucho en abrir el arca, que á un testero del cuarto donde tenían la cama se veía, sacando de ella un par de alpargatas nuevas, unos pantalones de algodón azul y una blusa de lo mismo, un sombrero de felpas en muy buen uso y un camión de lenzo sin planchar, más blanco que la nieve.

Puesta la tía Pepa Antonia en el navego de la ropa, quiso concluir de una vez, y no cerró el arca sin apartar las enaguas listadas con estrechas

franjas de azul claro y azul oscuro y bordadas con una cenefa en seda de vistosos colores, que provenía de sus mocedades; el pañuelo encarnado, con estampaciones en blanco, que había de colocarse al cuello, sin echar en olvido una bolsita no muy grande, donde guardaba sus ahorrillos, que la abuela ocultó muy sigilosamente entre los emballenados de su armador.

Mientras tanto, enganizó Domingo la borrica, no sin colocar previamente sobre el tablero del carro dos sillas pequeñas para que se acomodaran sus abuelos, y después lo condujo á la puerta principal de la vivienda, con toda la prisa y celeridad que su impaciencia de muchacho le demandaba.

Ya se habían colocado el tío Juan Lorenzo y la tía Pepa Antonia en sus respectivos asientos y ya había puesto el muchacho lo que se dice el pie en el estrivo para romper la marcha, cuando un incidente inesperado vino á torcer y acibarar las ilusiones de nuestros viajeros. Por el puentecillo sobre el baden, que pone la carretera en comunicación con la vivienda, cruzaron en aquel momento supremo tres hombres mal humorados y sospechosos. El que iba delante llevaba colgada en el hombro una de esas carteras de munición que usan los soldados en el Ejército; el segundo traía en la mano varias carpetas de cartón con muchos papeles y recibos, y el último ostentaba una gorra galoneada y adorna-

da con el escudo del Ayuntamiento, como representante de la autoridad municipal. Una bomba de dinamita ó una nube de piedra no hubiese causado entre nuestros huertanos tanto sobresalto y disgusto como la presencia de aquellos pájaros de mal agüero.

El de la cartera dió las buenas tardes tan ásperamente, que la tía Pepa Antonia, toda soliviantada y recelosa, cerró los ojos por no verlo. El tío Juan Lorenzo, sin embargo, contestó con mal fingida cortesía al saludo de los visitantes, haciéndose mil juicios sobre las intenciones que pudieran traer y Domingullo, no sospechando tampoco nada bueno, permaneció como petrificado al pie de la vara del carro, con las ramaleras en la mano, esperando los acontecimientos.

—Como nos dijo usted—exclamó el de la cartera dirigiéndose al tío Juan Lorenzo—que viniéramos á fin de esta semana, no hemos querido resultar por aquí hasta el último día, por dejarle más cuello.

—Munchas gracias por haber rezagao el viaje—contestó el tío Juan Lorenzo, con el mayor agrado posible.—Pero la verdad sea dicha, caballeros: ahora mesmonopodemos salir de la cuenta.

—Pues no hay más remedio que pagar—respondió el recaudador.

—Estamos conformes. ¿Es que se piensa osté que yo me aparto de la paga? No, señor; ni mucho menos. El que paga descansa. Pero lo

que ha pasao es que los tratos que me hacía el compraor de los melones eran una ruina, y yo lo que dije entonces, digo ahora: Pa perder siempre estamos á tiempo. ¿Se hace osté cargo?

—Yo no tengo que hacerme cargo de nada.

—¿Pero es que quiere osté que me eche una sogá al cuello y que me ahorque?

—Yo lo que quiero es que se baje usted del carro ahora mismo y me pague el medio año de los consumos que tiene usted atrasado.

—Pero, hombre de Dios, tenga osté una miajiquia de pacencia. ¿Que más le dá llevarse los dineros ahora que en pasando cuatro ú cinco dias?

—No se canse usted, abuelo, que todas las explicaciones están demás. O paga los recibos esta misma tarde, ó al embargo. De modo que usted dirá.

—¿Embargar? ¿Ha dicho osté de embargar?— interrumpió la tía Pepa Antonia, cansada de tragar saliva.—El que sea más hombre que haga la movición si se le autoja. ¡Vaya unos tíos estafaores sin concencia!

—Que vea usted lo que habla, abuela, que aquí no somos ningunos perdíos. ¿Lo oye usted? ¡Pues vaya con la vieja! ¡Ahora es cuando me voy á poner yo en lo firme! Oye muchacho ya estás desenganchando la burra.

Entonces se movió entre los unos y los otros una algarabía indescriptible. Los abuelos se apearon del carro, profiriendo mil insultos y mal-

diciones, y todos gritaban y forcejeaban por apoderarse de la burra.

Dominguillo se puso lívido con los propósitos de los recaudadores. Quitarle su borrica era lo mismo que matarlo, y desbaratar el viaje de Monteagudo equivalía á convertir su corazón de muchacho en un cementerio de risueñas ilusiones. Entonces viendo el cuento mal parado, y ciego de ira por los insultos que los comisionados dirigían á su abuela, desapareció del grupo sin ser visto, y un momento despues salió de la vivienda, echándose la escopeta de su abuelo á la cara y gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—O dejan ostés la burra ahora mesmo ó al primero que se presente lo abraso.

Los comisionados retrocedieron ante el peligro que les amenazaba, echando mano á las armas que llevaban encima; la tía Pepa Antonia sufrió un síncope al ver á su nieto con la escopeta, y el tío Juan Lorenzo se desgañitaba á chillar, aconsejando á los recaudadores que se marchasen enseguida, que iban á buscarse una perdición, porque el muchacho no tenía conocimiento y si mataba á uno sería el muerto el que perdería, dirigiéndoles además otros razonamientos no menos atendibles y persuasivos.

Los consumidores acabaron por hacerse cargo de la situación y, sin perder de vista á Domingui-
llo, que continuaba apuntándoles, pusieron tierra

de por medio, alejándose y perdiéndose de vista, á lo largo de la carretera.

A la tía Pepa Antonia se le pasó enseguida el desmayo, que al decir verdad, tuvo más de fingimiento que de otra cosa; el muchacho volvió la escopeta á su sitio, muy satisfecho de su arriesgada determinación; el tío Juan Lorenzo recogió las dos sillas, que se habían caído al suelo en medio de la trifulca, y todos volvieron á acomodarse en el carro, bajo la sombra del toldo, enderezando hacia la carretera, donde los dejaremos en marcha para Monteagudo, mientras damos algunos pormenores sobre la familia de Domingo, que hacen al caso para la buena inteligencia de nuestra historia.

III

A la caída de una tarde del mes de Julio de 1904, cinco años antes de que sucedieran los hechos descritos en las anteriores páginas, salía del poblado de Aljucer, por el camino que se dirige á la carretera, un sacerdote anciano y venerable, revestido con roquete y estola, conduciendo el Sagrado Viático. Delante del señor cura caminaba un muchacho con un farol encendido en la mano, haciendo sonar pausadamente una campanilla de bronce. Detrás del respetable ministro de la Iglesia, se veía al tío Juan Lorenzo, con el sombrero debajo del brazo, la cabeza inclinada sobre el pecho y la tristeza en el rostro,

como si una profunda pena embargara su corazón. A uno y otro lado del camino, en las tierras cubiertas de hortalizas y pimentonares, en los rastrojos y barbechos de trigo que se estaban regando ó labrando para la siembra del maiz; en las eras de trilla, rodeadas de pequeñas galveras que se veían por aquellos contornos, y en las casitas labriegas diseminadas por todas partes, se notaba esa pintoresca, risueña é indescriptible animación que ofrece la vega de Murcia en las tardes de verano. Pero al sonido de la campanilla fueron suspendiéndose las tareas de la agricultura, cesaron los cantos de trilladores y gañanes y todos se prosternaron de rodillas, al paso del Señor del Mundo.

Algunas piadosas labradoras abandonaban sus quehaceres domésticos para incorporarse al pobre y reducido acompañamiento. De los hombres que trabajaban en una era próxima, destacáronse dos jóvenes braceros, que también formaron parte de la comitiva. Tres días antes se había retirado de aquella misma era, con una insolación gravísima, el pobre enfermo á quien iban á viaticar y el dueño de la palva quiso darle aquella prueba de amistad y compañerismo, ya que las gentes no suelen acompañar al Señor en público por ser Dios quien es, sino por miras y conveniencias humanas.

El Santo Viático cruzó la carretera del Palmar tomando por la senda de la Cadena, hasta llegar á

una casita pobre, que ofrecía señales evidentes de haber sido barraca en otros tiempos.

Un tabique de tres varas de altura, que no llegaba á encontrarse con los palos del techo, separaba la habitación del enfermo del resto de la vivienda. A un lado de la cama se había improvisado un altar, utilizando una mesita de cocina vestida de blanco, un modesto cuadro de la Virgen de la Fuensanta apoyado en la pared, dos ramitos de flores colocados en vasos de vidrio y dos cabos de vela encendidos, uno á cada lado de la estampa. A la cabecera del lecho se veía á la tía Pepa Antonia, la mujer del tío Juan Lorenzo, con los ojos arrasados en lágrimas, mirando de hito en hito al moribundo, cuya respiración se hacía cada vez más fatigosa, y oprimiendo entre sus brazos amorosos al inocente Dominguito.

Cumplido su santo ministerio, el venerable sacerdote regresó á la parroquia, cuando iba el sol á ocultarse en el ocaso y cuando el pobre enfermo iba también á abandonar este valle de lágrimas. Con la entrada de la noche le recargó la calentura extraordinariamente. Un sudor frío, precursor de la agonía, bañaba su rostro amorado; el delirio trastornó su cabeza, haciéndole proferir frases incoherentes, en las que repetía el nombre de su hijo y, cuando daba el toque de ánimas en los pueblos inmediatos, exhaló el último suspiro.

El tío Juan Lorenzo y la tía Pepa Antonia no habían tenido más hijos que el que acababa de morir, el cual se había puesto en estado en tan mala hora, que antes del año de matrimonio faltó su buena mujer, dejándolo atado de pies y manos á la cuna de Dominguillo.

Al día siguiente del entierro se le dijo la misa de difuntos, en la iglesia parroquial de Aljucer, sin esperar á que transcurriera el novenario que en estos casos suele guardarse en la ciudad. A los piadosos funerales concurrieron, además de la familia del tío Juan Lorenzo, en la que figuraba una cuñada del difunto llamada Cayetana, que residía en Monteagudo, muchos amigos y allegados de la vecindad y no pocas muchachas ataviadas con las antiguas basquiñas de sus abuelas.

Al salir de la iglesia se dirigió la comitiva á la casa mortuoria, acompañando á los dolientes. Las mujeres penetraron en el interior de la vivienda, tomando parte activa en los llantos y desconsuelos de la tía Pepa Antonia y los hombres se quedaron en la replaceta, guardando profundo silencio, hasta que uno de los más ancianos se puso en el quicial de la entrada y, quitándose la montera, exclamó en voz alta:

—Recemos una estación por el alma del difunto.

Después se rezó también un credo al Santo Cristo de las Penas y un padre nuestro por el

primero que faltara de los presentes, y dió principio el desfile de los invitados.

Aún no eran las ocho de la mañana cuando el tío Juan Lorenzo, su mujer, Dominguillo y la tía Cayetana se quedaron solos en la casa mortuoria y, en aquella misma hora, resolvieron hacer el viaje que tenían proyectado á la ciudad, con objeto de dar cuenta al amo, de la desgracia de su hijo, pidiéndole que pusiera á cabeza de los abuelos la tierra que llevaba el difunto en arrendamiento, hasta que el muchacho estuviera en edad de gobernarse.

Allanadas estas importantes diligencias, que aseguraron el porvenir de Domingo, se desocupó la casa del difunto, trasladando los muebles y enseres á la vivienda del tío Juan Lorenzo. A la borrica del muchacho, que tambien era herencia de su padre, se le improvisó el tambalillo que ya conocemos, y allí quedaron escondidas, junto á la senda de Cadenas, como un nido abandonado, las cuatro paredes de la casa natal de Dominguillo.

El muchacho abrazó entonces la libre profesión de basurero andante, y todas las mañanas al amanecer se le veía detrás de su burrica por la carretera abajo, con dirección á la ciudad.

Así se educó Dominguillo, llamado tambien el Comediante, por cierto suceso que oiremos de sus propios labios, hasta que, llegadas las vísperas de la fiesta de San Cayetano, los invitó su

tía Cayetana á que pasaran el día en Monteagudo, para donde los hemos visto salir, despues del incidente ocurrido con los recaudadores de consumos.

IV

La casa de la tía Cayetana está situada á orillas del camino del Cabezo de Torres, en una pequeña ladera, muy próxima al caserío de Monteagudo. Enfrente de la fachada se dilata la extensión de la vega, como una sábana de verdura, hasta perderse de vista allá en los muros de la ciudad, donde la torre de Santa María se difuminaba, con los vapores de la tarde, en la línea del horizonte. Por la espalda de la vivienda se extienden en declive las faldas de los cabezos próximos, desarrollando una serie de bancales escalonados cubiertos de chumberas y un poco más abajo se levanta la gigantesca mole del castillo, con sus viejas fortificaciones destruidas, cobijando la iglesia y el caserío de Monteagudo.

Ya habia doblado la tarde, cuando la familia del tío Juan Lorenzo se encontraba en la puerta de Cayetana, descansando de la caminata y disfrutando plácidamente de las primeras caricias de la brisa, que comenzó á soplar en aquellos momentos. La animación que se notaba, tanto en el caserío de Monteagudo como en las afueras y alrededores del castillo, era de todo punto indes-

criptible. Las entradas del pueblo, lo mismo que los egidos y barbechos de las inmediaciones, se llenaron de vehículos de diferentes clases, desde los pequeños carritos que usan las lavanderas desahogadas para transportar las ropas á la ciudad, á esos pesados galerones de lanza, que usan en las grandes haciendas del campo. En toda la ancha zona de huerta que se vé á la parte de Poniente, no existía ni un solo árbol que no tuviese algunas caballerías atadas en el tronco, sin que nadie se curara del daño que pudiesen hacer en los cultivos. Numerosas familias de campesinos y huertanos hormigueaban continuamente por sendas y veredas, dando muestras de regocijo. Otros aparecían sentados en largas hileras ó formando grandes corros, en las orillas de los ribazos ó en las rinconadas del pueblo, donde se divertían á sus anchas, merendando en familia ó improvisando músicas y bailoteos.

Escitada la curiosidad de la tía Pepa Antonia con el ameno y pintoresco cuadro que á su vista se ofrecía, y un tanto repuesta de la caminata, no tardó mucho en hacer la siguiente proposición:

—Ya que habemos descansao y se ha removío este aireciquio tan hermoso ¿no sus parece que nos podemos ir á ver al Santo?

—Yo por mi parte - contestó la tía Cayetana— lo que ostés endeterminen doy por hecho.

—¿Y á tí que te parece, Juan Lorenzo?— siguió preguntando la mujer.

—A mí lo mismo me se dá una cosa que otra. Haremos lo que tú quieras.

—Pos entonces —contestó la tía Pepa Antonia— nos acercaremos á la islesia, antes que se haga más tarde y de paso veremos tuiquío lo que haya por ahí.

Y diciendo y haciendo, Cayetana metió las sillás dentro de la casa, sin permitir que le ayudaran los convidados; el tío Juan Lorenzo se puso la blusa al hombro, por ir más fresco y desembaizado; Domingo echó una mirada á la burra, que descansaba tranquilamente en el patio y todos en amor y compañía se marcharon hacia la parroquia, siguiendo el camino del Cabezo de Torres, para tomar despues por la calle principal del pueblo, en la que numerosos vendedores de sandías y de higos chumbos, de cascaruja y de agua de limón, colocados á lo largo de las aceras, interceptaban el tránsito con sus rústicos y desaliñados tenderetes.

La calle Mayor de Monteagudo sube por las faldas del castillo describiendo una línea espiral, cuyo extremo superior empalma con la célebre cuesta de San Cayetano, por donde muchas devotas del Santo subían, con las rodillas por el suelo, hasta las mismas puertas de la parroquia. Nuestros huertanos discurrieron pesada y dificultosamente por todos estos sitios; atravesaron entre los palos del castillo de fuegos artificiales que llenaban la plaza y fueron á dete-

nerse en el portal de la escuela de niños, establecida en aquellas saludables alturas, donde un charamitero de Beniel, rodeado de muchachos, estaba amenizando la fiesta.

Satisfecha la curiosidad musical de Domingullo entraron en el santuario, no sin que la tía Pepa Antonia y Cayetana se pusieran sus pañuelos en la cabeza. Empujando y repretando á los muchos fieles que llenaban la iglesia, visitaron una por una todas las capillas y Cayetana les servía de *Cicerone* explicándoles á su manera los cuentos y tradiciones que andan de boca en boca, sobre el rey moro del castillo y sobre la aparición del Santo en una cueva, que todavía se conserva dentro de la iglesia para que la pueda ver todo el mundo.

A la derecha del altar mayor, sobre una mesa vestida con paños encarnados, estaba la veneranda imagen del Santo en su hermsso trono, con media docena de velas encendidas. Multitud de mujeres se prosternaban al pie del altar alabando y glorificando á la sagrada imagen, y despues se dirigian á la sacristía á depositar sus piadosas ofrendas, consistentes en cantidades en dinero, en remijones de trigo; en figuritas de cera fundida, representando piernas y brazos humanos; en muletas usadas por tullidos y paralíticos y en otros objetos que simbolizaban veneración y agradecimiento.

Pero lo más chocante de todo fué, que una

mocetona de la huerta, rubia como el oro y encarnada como los ababoles, se colocó delante del Santo, mientras se ponía con la mayor naturalidad unas hermosas castañuelas. A su lado apareció enseguida el arrogante mozo que había de servirle de pareja. Un viejo huertano que los acompañaba con otras mujeres, se colocó su cayado de armés á guisa de guitarra, remedando el trasteo de las cuerdas, y cuando le pareció conveniente, dió principio la música con una copla de malagueña. Terminado el último verso rompieron los dos jóvenes el baile con la misma soltura y agilidad que si estuviesen en su propia casa.

No acostumbrada la tia Pepa Antonia á semejantes espectáculos, extrañóse muchísimo de ello, y en su afán de enterarse de todo, se propuso averiguar las razones de tan inusitado baile, para lo cual fué aproximándose poco á poco al viejo cantador, hasta que terminada la danza, le faltó tiempo para preguntarle:

—Oya osté, güen hombre: ¿Se pué saber por qué han bailao de esa moa?

—¡Toma! Por que lo tenían ofrecio.

—¿Es que tamien se encomiendan baileciquios á los santos?

—¿Y por qué no se han de encomendar, alma é Dios? ¡Como se conoce que no es osté de estos parajes!

—¡Ah! No, señor. Nosotros semos del lugar

de Don Juan. ¿Sabe osté una casiquia que está cuasi á la orilla del puente del Reguerón? Pos de allí mesmiquio. ¿Y ostés de qué partío son, aunque esté mal preguntao?

—De allá abajote, de la Urdenca, ande se crián las nispolas. ¿Entiende osté? En preguntando en to aquello por el tío Juan Mandurria, tuiquio el mundo le dará razón.

—Ya, ya. Pero osté si sabrá por qué han ofrecido esos mozos el baileciquio á San Cayetano.

—¡Claro está! ¿No lo tengo que saber? ¡Si el que ha bailao con su novia es el zagal de mi casa!

—Entonces... demasiao. Osté dirá con razón que eso á mí no me va ni me viene; pero no es más que por el gusto de saberlo.

—¡Ah! Sí, señora; yo se lo contaré á osté en un creio. Mi zagal le viene hablando á esa muchacha que ha bailao con él, hace lo menos tres ú cuatro años. En las Carrestolendas pasás entró en suertes y dista muncho antes que allegara el sorteo ya estaba la muchacha ejarrándose á llorar por sí se lo llevaban al servicio. Y tuiquios los días cabilando en lo mesmo, y qué haré y qué no haré, y queándose como las pajuelas y con los ojos como dos malacatones de hinchaos.

Y vá y la noche antes del sorteo le dice á mi Flugencio, cuando jué á platicar con ella:—«¿Sabes que estoy muy esperanzá de que no vás á caer soldao?» —«¿Y por qué me dices eso á mí, Lorenciquia?» Y entonces ella le dijo, dice:—«Por

que á fuerza de devanarme el sentío, le he hecho á San Cayetano la promesa de que si sacas, que allegas á sacar el último número, tenemos que ir el día de la función á bailarle tres coplas de malagueña.

Y, mire osté güena mujer; yo no digo que sí ni que no; pero jué lo grande que á otro día se emprecipia el sorteo y venga á salir números bajos, y el que cantaba [los nombres venga á mentar á tuiquios los quintos del partío menos á mi Flugencio, y yo y su maire estábamos que nos podian ahogar con un cabello, dista que vá el tío y nombra á mi zagal y pa que vea osté, por lo que dicen de las promesas, le vino á caer apuriquiamente el número más alto.

Como lo que se debe se paga y uno no se pué quear con ná de naide, abora habemos venío á cumplirle al Santo la promesa, que bien se la ha ganao, y el que no se lo crea y tenga que hablar que hable, que contra tuiquio eso, ahí está mi Flugencio vivo y sano y más libre de servir al Rey que la maire que lo ha parío.

Con esto concluyó el huertano su historia, y como ya se acercaba el obscurecer, la tía Cayetana propuso á sus convidados que se marchasen á su casa, para adelantar un pocola cena y estar dispuestos á la hora de quemar el castillo de fuegos artificiales, que dicho sea en honor de la verdad, es el más grande y afamado de cuantos se celebran en la huerta de Murcia.

Por el comedio de la calle Mayor encontráronse nuestros personajes con unas vecinas de la tía María Antonia y lo que se alegraron todos de verse juntos por allí, no es para dicho ni pensado. Pero lo que más le llamó la atención á Cayetana fué, que siempre que aquellas mujeres nombraban á su sobrino Domingo le decian el Comediante, cosa que ella trató de averiguar despues, preguntádoselo al muchacho:

—Ascucha una razón, Dominguiquio. ¿Por qué te dicen esas el Comediante?

¿Lo está osté viendo? Pos no le eche osté la culpa á naide, que la tengo yo por hablaor.

—No comprendo lo que me quiés decir...

—Por un pasage que me sucedió en Murcia hace ya cuatro ú cinco años y á mí me faltó tiempo pa darle á la lengua y contarlo en el partío, y dista aquella maldita hora emprençipiaron á decirme el Comediante y con eso me he queao pa tuiquia mi vida.

—Bien decia yo—continuó la tía Cayetana—que estaba ignorante de tal cosa. ¡Como que no he güelto por aquel vecindao dista que salimos á misa de tu paire!... Pero tú me contarás el sucedió cuando estemos despació... ¿no es verdad Dominguiquio?

—¿No se lo he de contar á osté? Enseguía que alleguemos á la casa.

—¡...!

V

Cayetana era una solterona de cuarenta y cinco años largos que, desde la muerte de su madre y perdidas ya las ilusiones de la juventud, se habia resignado á vivir sola con su trabajo, el cual daba principio á primeros de Julio con la madurez de los higos de pala. Llegada esta época del año, la buena mujer se levantaba todos los dias con las estrellas á recolectar, en las paleras de su propiedad, los chumbos necesarios para la venta del dia, y todos la hemos visto por las calles de Murcia con un capacillo en la mano, corriendo de un lado para otro y voceando con toda la fuerza de sus pulmones: «¡¡¡Higos de pala!!! ¡¡¡Frescos y güenos, á cinco la perra!!!

El dia á que nos referimos madrugó más que lo de costumbre, con objeto de regresar al pueblo al medio dia, para recibir á sus invitados. Saliéronle sus planes tan á pedir de boca, que antes de la una de la tarde, despues de haber comido tranquilamente, habia frito, para la cena, un hermoso par de conejos con tomate y puesto á remojo en un lebrillo limpio, para que se fuesen refrescando, hasta medio ciento de higos chumbos de los más gordos y sazonados que encontró en sus paleras. Con tan diligente previsión pudo sorprender muy agradablemente á sus convidados, poniendo la mesa en medio de la placeta de la casa, tan pronto como regresaron de la parroquia.

Dieron los aplicados comensales tan buena cuenta de la abundante fritada, que á los diez minutos de estar sopeteando y rebañando en la fuente, quedó esta tan limpia como sinó la hubiesen estrenado. Después arrastró la tía Cayetana el barreño de los higos de pala hasta los mismos pies de la mesa; le dió cuatro ó cinco afilones á la navajilla que sacó de su faltriquera, y mucha prisa se dieron los huertanos en engullir higos y más higos; pero mayor era todavía la presteza de la mujer en pelárselos y ofrecérselos. Momentos hubo en que los tres se encontraron con la boca llena y con un higo en cada mano, teniendo la habilidosa peladora que suspender su tarea por algunos instantes, mientras se desembarazaban de la fruta.

En esto se extinguieron los últimos resplandores del crepúsculo; la luna en lleno empezó á bañar la huerta con su luz argentina; el vientecillo de Levante fué haciéndose cada vez más fresco y delicioso y nuestros felices personajes continuaron hablando de sobremesa, en la placeta de la vivienda, hasta que la tía Cayetana encontró una oportunidad para dirigirse á su sobrino:

—Mira lo que he pensao, Dominguiquío, que nunca mejor que ahora pa que me cuentes la estrá de Murcia.

—¡Hombre! ¡Pos no faltaría más!—replicó la tía Pepa Antonia.—Anda, nene, ya puedes estar

emprenciando y que no te se olvide ningún requilorio.

Domingo hizo un ademán de asentimiento; rasgóse la cabeza dos ó tres veces seguidas; miró al disco de la luna que brillaba en el cielo, como solicitando inspiración, y después de una breve sonrisa, comenzó á decir de esta manera:

—No se vaya osté á pensar que de esto hace un dia ni dos. Por aquel entonces era yo un zagaliquio sin conocimiento como aquel que dice, y si juera sío ahora, cuando uno sabe muy bien que to lo de las comedias es mentira, no lo juera yo tomao por lo serio, ahorrándome que se guasearan de mí en tuiquio el partío.

La custión jué, que un sábao por la tarde iba yo mu retranquilo por dezaga del treato Romea, con mi burriquia por delante, cuando sentí que emprenció á llamarme un tío mu alto y mu feo, con una gorra de guindilla en la cabeza. Yo entonces me escondí la picaciquia bien escondía en la cintura, por si acaso me la quitaba, aunque no había rascao con ella ni una chispa por denguna calle; metí las dos ansas del capazo por esta muñeca pa no soltarlo tan ainas y haciendome el desimulao, emprencié á guiscarle á la burra pa que corriera muncho, temiendo que me zamparan en las arrecojías con carga y tó, que no es la primera vez que han pagao justos por pecagres.

Y á to esto, el tío de la gorra venga á llamarme y hacerme moviciones con las manos pa

que lo asperara, y yo sordo que sordo, correndiquio pa mi camino, dista que sentí que se reiba y me decia: «Basurero, muchicho, aspérate y no tengas cudiao, que no es pa na malo». Entonces pensé lo que pensé y determiné de pararme; y ensegua que allegó el hombre me dijo que era pa ver si queria llevar la burra al trato el domingo por la tarde, que daban dos pesetas y que estaria desocupao en un ratiquio.

Dimpues de enterarme yo bien de tó el negocio cerremos el trato, y á otro dia, con el último bocaio, aparejé la burra y pa Murcia á los cuatro pies, con la enza de los ocho reales.

Cuando allegué que allegué al trato, empren-
cipiaban á entrar por la puerta de azaga una
pandilla de churubitos, aunque tuiquios llevaban
las caras afeitadas sin bigote y sin ná como los jornaleros de la huerta, y munchas señoritas mu bien vestias con unas casacas mu largas que tenian que ser de sus paires, y luego vengan músicos con violines y con pitos de toas castas, que se iban metiendo pa dentro, dista que al remate vino el tío de la gorra y me llevó á una entrá mu grandisima, con rileras de luces léctricas de arriba abajo y con muchos trastos de toas clases al reor de las paeres, que aquello no tenia comparanza con el baratillo.

¿Y de hombres traginando por tos laos que paecia que estaban jugando al escondite, y otros subios en lo alto con un balaguero de cordeles

como si fueran abruzaeras pa tirar de unas esas mu anchonas y mú largas, que subian y bajaban ?

Y á tuiquío esto, yo con la burra bien agarrá del ramal pa ver de que no se espantara de to aquello; pero cuando estaba mas descudiao em-
prenció á tocar la música á parte ajuera y el alimal vengán repullos y pares de coces del susto, que no la podia gobernar tan ainas. Yo no se si los tios aquellos repararian dimpues en el estrozo que hizo, pero lo menos cuatro veces metió las patas de atras en unos cuadros mu grandes que estaban allí en un rincon, dejándolos tuiquíos ejarraos como una bilocha. La suerte que yo tuve jué que no lo vido el amo ni naide, que si allegan á aprecibirse al contaó, conque nos fueran vendio á mi y á la burra, no sacan pa los daños y prejuicios.

Pos á renglon seguio encomienzan las comedias y estaba yo reparando en uno que vide allí en medio, encerrao en un cachirulo asi de alto, con una veliquia encendia y un libro en la mano, que tenia que ser el maestro de tos, cuando vino mu acelerao el tio de la gorra y se metió la pollina pa dentro sin decirme una palabriquia siquiera. Al pronto me estuve yo allí tan tranquilo, sin pensar en denguna cosa mala; pero dimpues me puse á cabilar sobre la burra y á mirar por toas partes y ná; como si se la fuera tragao la tierra. Entónces tuiquío soliviantao y zullío de miedo por si me jugaban anguna trastá,

me puse'á buscarla por tos laos y apuriquiamente vine á defisarla allí en medio, acorrallá de gitanos, como si yo juera mandao que la trasquilaran.

El susto que me rapé es pa darselo al mas pintao, cuando, estando yo sin apartar el ojo de mi burra, vide que allegó un señorito y emprencipian á tratar de venderla y el hombre no queria comprarla ni á tiros; pero los jitanos venga á meter-sela por los hocicos á la fuerza, viendo que el señorito no llevaba en la faltriquera más que venticuatro reales, por esos menos dineros se la dieron. ¡Caro! Como que á ellos no les costaba na!.

Yo estaba que un color me se iba y otro me se venia, sin saber que camino tomar; pero ¡leñe! cuando vide que el tio churubito se llevaba la burra pa su casa y que el pobre alímal no quería irse con naide, no gasté más tiempo que dar un blinco y plantificarme en el cenario, como dimpues me dijeron que se llamaba aquello, diciendole al de la burra:

—Oya osté, güen amigo, ¿á quien le ha pedio oste premiso pa llevarse esa burriquia. Ya la puede osté soltar ahora mesmo, que mi agüelo no es consiente de que los gitanos se la vendan.

Y ensegüía me tiré al ramal pa quitársela; pero tal cosa no juera hecho, por que en aquel mesmo interín se armó una trifulca de gritos, de silbíos y de patás en la maera por los puestos, que paecía la fin del mundo. Y los guindillas se ti-

raron pa mi como leones pa llevarme á las arrecogías, pero yo tuiquió menos soltar el ramal, aunque me jueran hecho piazos

Mire osté la que se armaría allí, que se arremataron las comedias y por mu güenos apaños nos echaron á la calle á mí y á la burra, y tuve que dar por perdías las dos pesetas y mucho cuidiao con no golver la cabeza pa zaga.

Fué tanto lo que Cayetana celebró la narración, más que por la gracia que pudiera tener en sí, por tratarse de la vida y milagros de su sobrino, que no hubiese concluido tan pronto de saborearla y comentarla, si la primera campanada del toque de ánimas no trajese á su pensamiento el recuerdo de los fuegos artificiales que iban á dispararse en la plaza de Monteagudo.

Entonces dirigiéndose á sus convidados, les dijo:

—¿Oyen ostés como campaneán las ánimas? Pos de aquí á una miajiquia le pegarán juego al castillo y si quieren que lo veamos mejor que naide, tenemos que bajarnos de seguía á pillar lao enfrente de la islesia.

—En eso haremos lo que tú digas, Cayetana— contestó la tía Pepa Antonia, incorporándose de su asiento para que no se le hiciera tarde.—Ya que habemos hecho el viaje, que veamos la función de pólvora, que icen que es tan güena. ¿No es verdá, Juan Lorenzo?

—¡Claro!—contestó su marido resueltamente.

—Al cabo que no es cosa digna de ver! ¡Pos si el castillo de San Cayetano tiene fama!

Esta segunda vez ayudaron todos á trasladar al interior de la vivienda los utensilios de la cena y, sin perder tiempo, marcháronse por el camino abajo, hacia el lugar que había señalado Cayetana.

Momentos despues volteaban alegremente las campanas de la parroquia; la banda de música de Beniaján subía por la calle Mayor ejecutando un brillante pasodoble y en uno de los balcones de la escuela de niños se disparó el primer cohete, que fué recibido por la multitud con exclamaciones de entusiasmo.

Consumida la primera tanda de voladores, apareció en el balcón de la escuela una lucecita amarilla y se escuchó la voz retumbante del pirotécnico que decía:

—¡Este vá en favor del señor Alcalde del pueblo!

—¡¡¡Vivaaaa....!!!—contestó simultáneamente la muchedumbre que presenciaba la fiesta, mientras el roncador ascendía por encima de los tejados, culebreando y silbando como una serpiente de fuego. (1)

Despues de los seis favores de rúbrica, dedica-

(1) En el artículo titulado «El regalo de novia», de la primera série de esta obra, se describe detalladamente el espectáculo de los fuegos artificiales; por lo que el autor no lo hace de nuevo en el presente cuadro.

dos al padre predicador, al señor cura de la parroquia, á los devotos y feligreses de San Cayetano y otras personalidades no menos dignas y merecedoras, el castillo de fuegos artificiales empezó á lucir y á detonar por los cuatro costados y, en medio de aquel infierno indescripible, se veía al ingenioso pirotécnico, con su gorra encasquetada hasta las orejas, dirigiendo la maniobra y gritando de vez en cuando:

—¡¡¡Vá güenooo...!!!

—¡¡¡Güeno váaaa!!!—contestaban á una voz las miles y miles de personas que lo presenciaban.

VI

No le extrañó á Cayetana, que terminado el castillo se dispusieran los convidados á regresar á su vivienda, porque la mayoría de los huertanos siguen esta costumbre. Sin embargo; la buena mujer hizo por cumplir de algun modo con sus parientes, y mientras Dominguillo preparaba el vehículo, se deshizo en requerimientos y protestas para que se quedasen hasta el día siguiente ponderándoles la procesión tan hermosa que iban á perderse, en la que sacan á San Cayetano por la calle Mayor donde los *torraeros* obsequian al Santo, tirándole muchos puñados de almendras y abellanas finas.

Tanto la tía Pepa Antonia como el tío Juan Lorenzo correspondieron á los ofrecimientos de

Cayetana con palabras de agradecimiento; pero enseguida que Dominguillo tuvo el carro prevenido y libre de la manta mulera, se despidieron de Cayetana con la mayor efusión y poco despues desembocaban en la carretera, por donde ya discurrían otros muchos devotos del Santo.

La hermosa claridad de la luna les acompañaba por el camino, en el silencio de la noche y cuando llegaron á su vivienda sonaba en la iglesia del Palmar el primer toque para la misa de alba.



ÍNDICE

	<u>PAGINAS</u>
Las cruces en la Huerta.	3
La tarde de Todos los Santos	53
Amor huertano	79
Ciecas arriba.	113
La fiesta de San Cayetano.	139

